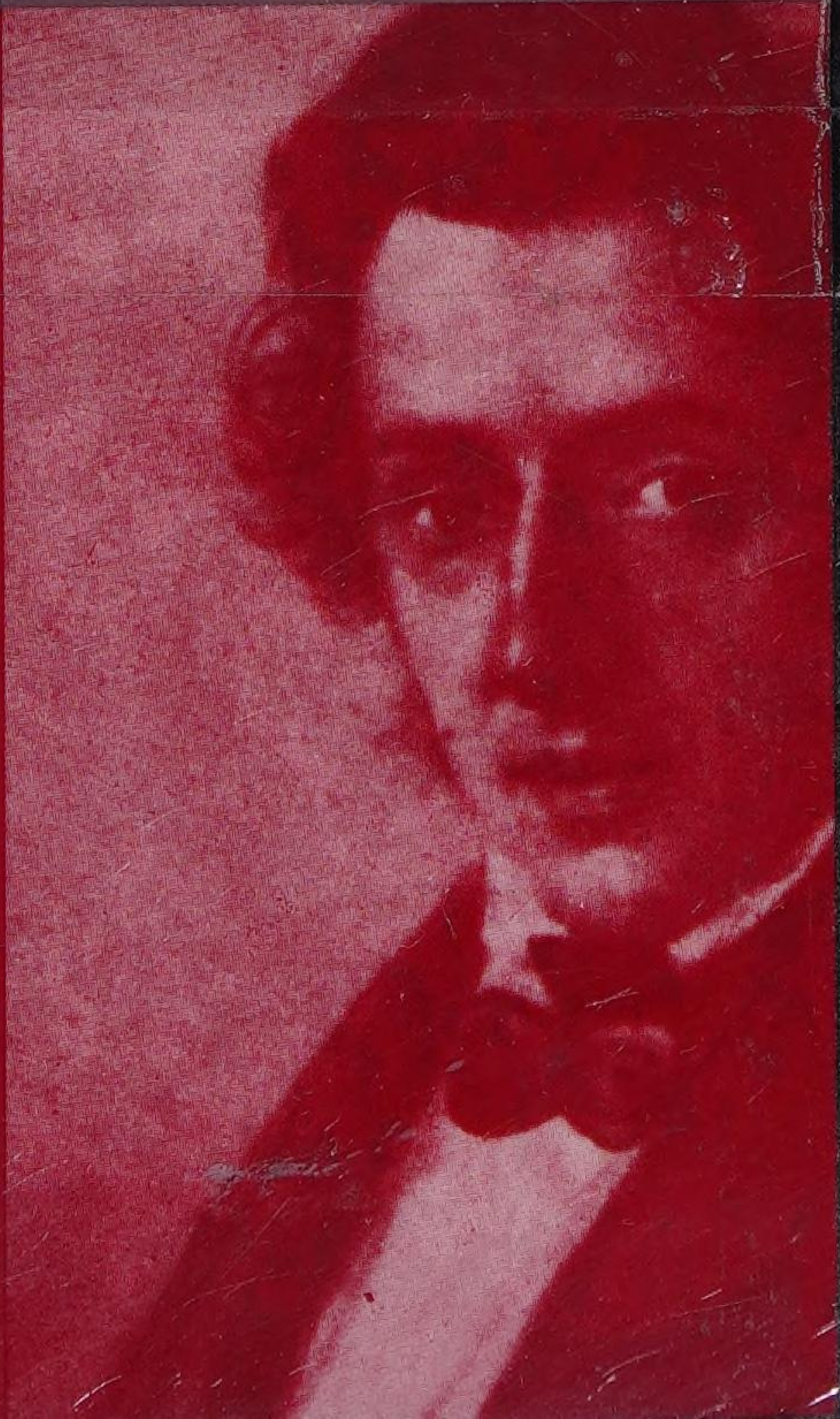
George Sand y Frédéric Chopin

Fernando Díaz-Plaja

PAREJAS QUE HICIERON HISTORIA



Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/georgesandyfrede0000fern

PAREJAS QUE HICIERON HISTORIA

PLAZA PJ JANÉS

Fernando Díaz-Plaja es doctor en historia por la Universidad de Madrid, donde reside actualmente. Ha dedicado su vida a la docencia en diversas universidades de Estados Unidos, Italia, Alemania, Austria y Brasil; a viajar por todo el mundo y a escribir libros, muchísimos libros sobre temas diversos, entre los que destacan *Los grandes procesos de la Guerra Civil española*, *Anecdotario de la Guerra Civil española*, *El español y los siete pecados capitales*, *Otra historia de España*, *Anecdotario de la España franquista*, etc., que han sido traducidos a varios idiomas.

PAREJAS
QUE HICIERON
HISTORIA

George Sand y Frédéric Chopin

3 1489 00458 7877

PLAZA & JANÉS EDITORES, S.A.

Diseño de la colección: Egge Associats
Fotografía de la portada: Index y A.G.E. FotoStock

Primera edición: noviembre, 1999

© 1999, Fernando Díaz-Plaja
© de la presente edición: 1999, Plaza & Janés Editores, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-01-54079-8
Depósito legal: B. 42.681 - 1999

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L.

Impreso en Litografia Rosés, S. A.
Progrés, 54-60. Gavà (Barcelona)

L 540798

A nuestra buena amiga
brasileña Marília, amante
de las letras y de la música

EL ALBA Y LA MAÑANA
(DE ELLA)

Mucho antes de la llegada de Chopin a su vida, George Sand ya estaba unida a Polonia por lazos de sangre. Su padre, Maurice, llevaba el nombre de su antecesor Maurice de Sajonia, hijo natural de Federico Augusto de Sajonia, que fue proclamado rey de Polonia. Ese linaje ilustre se mantiene en la familia paterna, porque Marie Aurore, la abuela por quien llevará el nombre, era prima política de la reina María Antonieta.

Por este lado, pues, Aurore Dupin, como comentará en su autobiografía, tiene sangre ilustre aunque bastarda. Hay que advertir que, en aquel tiempo, la ilegitimidad estaba bien vista cuando se trataba de un parentesco con la familia real o la alta nobleza. Resultaba mucho más agradable ser hijo natural de un duque que legítimo de un vendedor de nueces.

Por otro lado, el materno, la línea resulta más modesta y aun inmoral. Su abuelo Delaborde vendía pájaros en un muelle del Sena, pero su madre, Sophie-Victoire, cuando no bailaba en teatros ínfimos se dedicaba, lisa y llanamente, a la prostitución. De ella la sacó Maurice, enamorándola en una forma tan romántica que su hija podría haberla utilizado en alguna de sus novelas.

Durante la campaña napoleónica de Italia un joven teniente llamado Maurice Dupin consigue quitarle, ¡a su general!, la amiga que se ha traído desde París para distraer el reposo del guerrero. Su madre, Dupin de Francueil, muy pagada de su ascendencia, se escandaliza ante esa relación y se negará a asistir al matrimonio civil celebrado apenas tres semanas antes del nacimiento de su nieta. Luego, como todas las abuelas del mundo, condescenderá en verla y quedará encantada con ella. Para calmar sus últimos escrúpulos, los Dupin se casarán, además, por el rito religioso, algo que, tras el Concordato de la Santa Sede y la coronación solemne de Napoleón en Notre-Dame con la asistencia del Papa, ha vuelto a ponerse de moda en la sociedad francesa.

De esa doble herencia hablará largamente George Sand en su correspondencia futura y sobre todo en *Histoire de ma vie.* En una sociedad totalmente clasista, se presenta con la frente, alta, como fruto de dos mundos totalmente opuestos: la realeza y los bajos fondos, presumiendo audazmente tanto de uno como de otro.

París, 1804. Napoleón no es todavía emperador, puesto que alcanzará un año después. Pero como primer cónsul es ya el amo de Francia y el terror de otros países de Europa, en especial de Inglaterra. Resulta natural que bajo su égida nazca en la capital francesa una niña que, como él, se caracterizará por su seguridad en sí misma, su orgullo desmedido y su pasión por el mando, apenas corregida por un frío cálculo sobre las posibilidades que tenga en cada caso en las batallas que plantea; políticas y

bélicas en el caso del general corso, y amorosas y literarias en el de ella.

Ya su nacimiento es distinto, con tonos líricos. Sophie-Victoire está bailando, a pesar de su avanzada gravidez, a los acordes del violín de su marido cuando, de improviso, se encuentra mal y se retira a su dormitorio en compañía de su hermana Lucie; ésta, sigue la «literatura», vuelve al poco rato para comunicar a su cuñado que es padre de una niña preciosa. En ese momento él decide que le pondrá de nombre Aurore, como el de su propia abuela, ya mencionada.

Y con este nombre, más el de Amandine y Lucie, es bautizada al día siguiente. Por cierto que, durante gran parte de su vida, Aurore Dupin creerá que la fecha de su nacimiento fue el primero de julio, cuando en realidad ocurrió el 5 del mismo mes. La razón de este error se debe a una equivalencia falsa. La Revolución Francesa había cambiado el calendario tradicional por otro que daba a los meses nombres de actividades agrícolas —Fructidor, Vendimiario, Floreal...—, dividido en treinta días justos cada uno, más cinco complementarios. La Era dejaba también de iniciarse con el nacimiento de Cristo y lo hacía al empezar la Revolución. Napoleón, al tomar el poder, quiso mantener los principios básicos del cambio, como la igualdad entre los seres humanos, de ahí su Código Civil, que copiaron después tantos países europeos y americanos. Sin embargo, quiso también acabar con las exageraciones revolucionarias que irritaban a la mayoría de los franceses y sobre todo a la Iglesia católica, con la que quería congraciarse. Por ello restauró el calendario tradi-

cional obligando a particulares y a empresas a adoptarlo.

En esa operación surgió probablemente el error al pasar el 12 Messidor del año X al 5 de julio de 1804, cuando en realidad se trataba del primero del mismo mes.

Y aquí viene un detalle revelador de la personalidad de George Sand. Cuando se le advirtió que celebraba su cumpleaños en la fecha equivocada, siguió haciéndolo hasta su muerte. Si ella había dado por bueno aquel día en el pasado, seguiría siéndolo, dijeran lo que dijeran puntillosos historiadores.

Al parecer no era tan voluntariosa en los primeros años de su vida. Por el contrario, quienes la conocieron entonces la presentan como una niña dócil escuchando embelesada los cuentos que oía de su madre y la música que escuchaba de su padre, dos amores que le acompañarán toda su vida y que encarnarán en un escritor llamado Musset y dos músicos: Liszt y Chopin. En cuanto a la literatura, pronto será ella la que reemplace las narraciones oídas por las propias. «Desde que recuerdo —dirá más tarde—, yo inventaba situaciones novelescas, con caballeros aventureros y damas que les recompensaban con su amor.»

Año 1808. Tras las guerras de Italia, de Austria, de Prusia, Napoleón se lanza a la aventura de España. Maurice Dupin, ya coronel, es nombrado ayudante de campo del general jefe de las tropas expedicionarias, Joachim Murat, con destino en Madrid. Naturalmente, se le plantea el problema de su esposa, embarazada de nuevo, y de una niña de cuatro años. ¿Qué hacer?

Sophie-Victoire se niega a separarse de su marido y él accede: se reunirán en Madrid; las dos mujeres empiezan un viaje romántico en todos los sentidos por un país del que se dice mucho y contradictorio, con leyenda de bandoleros y una situación política confusa entre partidarios de Carlos IV, Fernando VII y de los franceses invasores... Todo constituye un regalo para una novelista en flor. En sus memorias, Aurore Dupin contará sus recuerdos de aquellos días.

Tiene sólo cuatro años, pero esos grandes ojos negros que admiran a familiares y amigos son capaces de retener paisajes y rostros de soldados, campesinos, obreros... y enemigos al acecho, que su madre cree ver en todos los rincones del escabroso camino por el que se bambolea el coche que les lleva a Madrid y que pertenece a madame Fontanier, esposa de un abastecedor del ejército francés. En una de las etapas Sophie-Victoire se agarra asustada a su amiga. «¡Mira! —exclama—. ¡Tres bandidos, allí, agazapados, esperando para robarnos y degollarnos!»

Al oír sus gritos el cochero tira de las riendas deteniendo las mulas para inspeccionar mejor el peligro anunciado. Luego estalla en risas que se comunican a sus pasajeros. Los tres peligrosos asaltantes son tres osos medio dormidos que miran indiferentes a los viajeros.

Además de ese susto, Aurore recordará años después, con cariño, las lecciones de sensibilidad que le daba su madre en ese viaje. ¿Hueles el perfume de esas flores silvestres? ¿Ves el color de ese cielo? ¿Oyes el canto de los pájaros, el balar de las ovejas? Toca esa roca..., prueba esas fresas... Todos

los sentidos se expandían con la urgencia maternal, «y desde entonces —dirá la novelista— he vivido absorbiendo en toda su intensidad las cosas que me rodeaban en cada momento para describirlas luego en mis escritos».

Pero lo que les espera al final de su viaje es todavía más excitante. En el drama que está desarrollándose en España, le toca a la pequeña Aurore un puesto privilegiado, en primera fila. Porque como familia del ayudante de campo, su alojamiento va a ser nada menos que el palacio donde se hospeda Murat, el antiguo de María de Aragón (hoy Senado) y hasta pocas semanas antes, marzo de 1808, ocupado por el príncipe de la Paz, Manuel Godoy, árbitro de los destinos de España al contar con la confianza plena de Carlos IV y María Luisa; ahora los tres son fugitivos refugiados en Francia bajo la protección de Napoleón.

La casa donde había pasado sus primeros años Aurore no era una choza, pero casi lo parecía si se la comparaba con aquel palacio madrileño con los muros cubiertos de valiosos tapices, las arañas esplendorosas pendientes de los altos techos, los muebles de ébano y marquetería y las ricas alfombras que cubrían el suelo. Por las amplias salas caminaba absorta, segura de encontrarse en un lugar encantado aquella niña de cuatro años; lo que más le impresionaba, según contará después, era ver reflejado su diminuto cuerpo en los grandes espejos. Y en el centro de aquel palacio de hadas, como su dueño y señor, aparece el elegante príncipe Joachim Murat, que gustaba de exhibir galas propias sobre el cargado uniforme de la época, con lo que atraía las bur-

las del propio Napoleón, siempre tan sencillo con su atuendo de la Guardia Imperial.

Para la amante de los cuentos que es Aurore, aquella figura deslumbrante de plumas y galones, en medio de un palacio de ensueño, no podía ser más que un príncipe, pero de fantasía, como Fanfarinet, el héroe de una narración para niños de la condesa de Aulnoy, la escritora del siglo XVII que, curiosamente, también había estado en Madrid, al que describió en su *Voyage en Espagne* algo exageradamente pero con garbo y sentido de la observación.

Sí, aquel señor refulgente de dorados y penachos no podía ser otro que el héroe de aquel cuento, y Sophie tuvo que reñirle más de una vez para que no se dirigiese a su anfitrión con aquel título fantástico.

A Murat, por su parte, le hacía gracia la hijita de su ayudante, un detalle simpático y hogareño en un ambiente castrense de oficiales que iban y venían, con órdenes y contraórdenes, a medida que la ciudad se cargaba de dramatismo. Ocurría que los madrileños se sentían traicionados por un Napoleón que tras tomar partido por Carlos IV y el odiado Godoy contra su adorado Fernando, había ocupado militarmente la ciudad con sus mejores tropas.

En vano Murat, siguiendo las órdenes del emperador, procuraba congraciarse con la gente local. Conociendo su religiosidad, había ordenado a sus tropas que acudiesen a los servicios divinos, pero el intento había fracasado porque al madrileño medio le parecía una falta de respeto que lo hicieran con el reglamentario chacó o el morrión en la cabeza. Los desfiles militares que se sucedían para impresionar

al pueblo, lo hacían, sí, pero de forma negativa... La marchosidad de las tropas era considerada petulancia y la animosidad crecía hasta el punto de hacer objeto de ella al mismo príncipe Joachim Murat, que un día recibió una sonora pita al volver de uno de sus desfiles militares, ominoso prólogo de lo que estaba por venir.

Naturalmente, Aurore no podía sentir esos temores. Al contrario, como cualquier niño de su edad se extasiaba ante la rutilante estampa de los distintos uniformes —granaderos, húsares, artificieros, Guardia Imperial, cazadores— que veía aparecer y desaparecer por el palacio de Murat. Divertido por esa admiración por los trajes militares, Murat encargó a su sastre que le confeccionase uno a medida, orden que fue ejecutada rápidamente. Verse vestida con chaquetilla blanca y pantalón de cachemir carmesí, botas negras y un pequeño sable al cinto habría constituido la felicidad de cualquier pequeño y Aurore no fue una excepción. Desde que se lo puso por vez primera no quiso quitárselo ni para dormir. Uno de sus biógrafos especula si fue en aquel momento cuando Aurore Dupin se aficionó a vestirse de hombre como haría años después.

Aurore se encuentra en un paraíso que, como todos los paraísos, termina bruscamente. El ángel con la espada de fuego que le expulsa de él será la sublevación del pueblo madrileño el 2 de mayo de 1808. Asustada pero curiosa, Aurore asiste desde un rincón al desusado movimiento de los oficiales, entre ellos su padre, el coronel Maurice, que Murat envía a la plaza del Palacio primero, a la Puerta del Sol después y al cuartel de Monteleón más tarde,

para reprimir duramente el inesperado levantamiento popular contra los franceses.

Su madre, que acaba de darle un hermanito que ha nacido ciego, se encierra con ella en sus habitaciones para que no moleste a su «príncipe Farinet», demasiado ocupado ahora para atender a su pequeña amiga.

Poco a poco la situación se calma; superados en número, organización y armamento por los franceses, abandonados por su propio ejército, que permanece en los cuarteles para no hacer armas contra el «aliado oficial» de sus reyes, los sublevados mueren, huyen o son tomados prisioneros de los invasores, que arcabucearán a los que consideran partícipes del alzamiento. Murat podrá comunicar vanidosamente a su jefe, Napoleón, que Madrid está tranquilo y en sus manos...

(Unos años después otro general, esta vez ruso, dará a su zar un mensaje parecido; su frase «la paz reina en Varsovia» ha pasado a la historia como ejemplo de lo que puede hacer un ejército contra una población casi inerme que se ha levantado, en busca de su libertad, contra el invasor. Uno de los polacos que se estremecerá al oírlo se llama Federico Chopin.)

Tras el 2 de mayo de 1808 el encanto se ha desvanecido. Los espejos, los salones, los bellos uniformes han dado paso a la dureza de una guerra declarada. El coronel Dupin hace comprender a su esposa que tiene que regresar a París con sus dos hijos. La primera aventura de Aurore ha terminado.

... La vuelta a Francia es mucho peor que la ida a España.

Dado que Murat tiene que despachar con el emperador en París, el coronel Dupin ha obtenido un permiso para acompañar a su familia, y juntos se desplazan siguiendo las columnas de soldados franceses en marcha. Ahora la posibilidad de ser atacados por bandidos es remota, pero crece la de ser víctimas de la guerrilla que se está levantando por todo el país al conocer las noticias del Dos de Mayo madrileño.

Maurice, hombre optimista por naturaleza, está contento de su suerte. La insurrección de los españoles —y en eso comparte el criterio de Murat— terminará muy pronto y España entera se entregará con alegría a un nuevo rey que podría ser (¡ojalá!) su mismo jefe, con lo que eso significa de posibilidades de ascenso para quien trabaja a su vera (el elegido será José, hermano de Napoleón). Es verdad que su hijo, al que ha puesto por nombre Louis, ha nacido ciego, pero eso pueden remediarlo los médicos franceses, que son los mejores de Europa. Y, además, Maurice volverá a abrazar a su madre.

Aurore no recordará ese viaje con la misma ilusión que el primero. Hace calor, tiene sed y la comida escasea porque los campesinos han empezado a ver a los franceses como enemigos en lugar de los amables aliados que sus reyes Carlos IV y Fernando VII les habían presentado. A menudo hay que conformarse con cebollas crudas y algunos limones.

Por si eso fuera poco, tanto Aurore como su hermano se ven invadidos por la sarna, enfermedad que aterra a su madre pero que causa la risa de las cantineras del ejército con quienes comparten a veces el rancho de las tropas. «Eso no tiene importan-

cia, señora, todos los que hemos estado en el ejército la hemos tenido alguna vez. Y lo bueno es que luego no vuelve jamás.»

El drástico remedio para el mal lo encontrarán al llegar a la frontera francesa, cuando a los niños, tras ser bañados, se les cubre de azufre de arriba abajo. Y por si ese remedio no bastara, tendrán que tragarlo también, pulverizado en forma de bolitas a las que se añade, para facilitar su deglución, mantequilla y azúcar.

La sarna por fin desaparece, y para Aurore este hecho se une al feliz descubrimiento de lo que va a ser su hogar favorito: la propiedad de Nohant, una casa amplia si no lujosa, con jardín y campos de labranza, que su abuela, madame Dupin de Francueil, había comprado en 1793, en plena revolución, y donde ahora les espera con los brazos abiertos.

George Sand recordará esa llegada a la mansión de su abuela como un oasis tras la travesía del desierto, como el cielo tras el purgatorio, o mejor, dado el olor a azufre que exhala, después del mismo infierno.

Su aspecto demacrado no repele a madame Francueil, que enseguida la lleva en sus brazos a su propia cama.

No es ésta la única novedad agradable; Aurore conoce allí a un hermano cuya existencia ignoraba. Se llama Hippolyte, tiene nueve años y es hijo de Maurice y una sirvienta de Nohant. La comprensión con que acoge al pequeño su madre, Sophie-Victoire, contagia a la pequeña una amplitud de miras que, años después, le hará chocar con la sociedad parisiense más pacata. ¡Ah!, con la familia está, ade-

más, una hija anterior de Sophie-Victoire, Caroline, que es aceptada por Maurice como una más... para compensar a uno menos. El pequeño ciego, Louis, no logra reponerse de las fatigas causadas por el largo viaje y muere a los pocos días de su llegada.

Hay un epílogo dramático a esa muerte. Sophie-Victoire, que ya había dado muestras de un carácter inestable, decide de pronto, en plena noche, que su hijo no ha muerto y convence a su marido de que le desentierren en secreto y lo lleven a la finca. Tras corroborar el fallecimiento, no se atreven a devolverlo al camposanto y lo sepultan bajo un peral. Aurore no conocerá esta macabra historia hasta meses después por boca de su madre, pero a sus cuatro años ya sabe lo que es el dolor físico de una enfermedad y el moral de ver debilitarse y morir a un pequeño familiar sin poder hacer nada por evitarlo.

Pero la muerte no ha hecho más que comenzar a dar vueltas alrededor de ella. Su padre decide ir a cenar a casa de un amigo que vive cerca, miembro de la familia Duvernet. Indignación de su esposa. «¿Por qué no me han invitado a mí? ¿Soy poca cosa para ellos?» Maurice, con ayuda de su madre, intenta calmarla. Ya habrá ocasión de que lo hagan; hace ensillar al caballo *Leopardo*, que ha traído de España, y se pone en marcha. Su mujer que, al principio quiere manifestar su desagrado esperando su regreso en el camino que ha tomado, se deja convencer por su suegra y se va a dormir a fin de tener buen aspecto cuando él vuelva.

Volverá, pero sin vida. En la oscuridad el caballo ha tropezado con un montón de piedras y el ji-

nete, lanzado hacia adelante, se ha roto las cervicales. La madre es la primera en saberlo; temerosa de la reacción de su nuera, viaja sola hasta el lugar del suceso para recoger el cadáver y acompañarlo de regreso a la casa. A las seis de la mañana, cuando Sophie-Victoire y Aurore están vistiéndose, el preceptor y administrador, Deschartres, tartamudea la triste noticia, que es acogida con estupefacción por la niña y con gritos histéricos por la madre; el viejo amigo de la familia intenta calmarla recordándole que tiene que vivir para cuidar de la pequeña.

En los días que suceden, y de acuerdo con las tradiciones locales, toda la mansión guarda luto, incluida la pequeña Dupin, que tiene que vestir de negro desde el cuello a los pies. Sin embargo, y a pesar de haber visto ya morir a su hermano, Aurore se resiste inconscientemente a admitir la pérdida definitiva de aquel militar siempre alegre, buen músico y aficionado al deporte... Para ella esa muerte no puede ser eterna, y se convierte en una prolongada ausencia. Hasta tal punto que un día preguntará a su madre: «Cuando papá deje de estar muerto, ¿volverá a vernos?»

Luego, poco a poco, se va haciendo a la idea. Morir no es una situación transitoria de la que se vuelve igual que de un viaje, como hacía antes Maurice. Morir es irse para siempre. Aurore se siente vacía por dentro y pasa horas enteras en silencio, la boca semiabierta, la mirada perdida.

Esa actitud asusta a la madre, pero sobre todo a la abuela, que observa con preocupación la huella que la desaparición ha dejado en su nuera y en su nieta. Para aliviar la tensión, sugiere a ambas que le

ayuden en el arreglo del jardín, lo que alivia, en cierto modo, el ambiente sombrío que pesa sobre la familia.

Con el trabajo común las relaciones entre suegra y nuera también mejoran, lo que resulta curioso dado que ha desaparecido quien, con su humor y diplomacia, procuraba limar asperezas entre ambas. Como un tributo póstumo a su memoria, Sophie-Victoire y madame Francueil empiezan a encontrarse a gusto juntas. La nuera reconoce en su suegra una categoría superior: «¡Está tan bien educada! ¡Tiene tan buenas maneras!» La otra, a su vez, señala a quien quiere oírla que Sophie es tan generosa «que daría su última camisa a los pobres». Esa definición del gran corazón de la madre de Aurore la comparte ésta cuando en sus memorias justifica la boda de su padre con una mujer socialmente muy por debajo de él, con el argumento de que «comprendió el gran corazón de aquella mujer de la calle y la elevó hasta donde merecía estar».

Lo malo de una diferencia social —y estamos hablando de cuando éstas eran palabras mayores— es que, aunque el individuo pueda ignorarla, su ambiente no lo hace.

Decía Eugeni d'Ors: «Lo malo de los atacados de manía persecutoria es que tienen razón.» Sophie-Victoire sabe que si su suegra finge olvidar el abismo que la separa de su nuera, las amigas que la visitan no lo hacen. Francueil es tan *bien elevée* (bien educada) que trata con cortesía a las de abajo, pero sus amigas las marquesas y condesas que sólo son *bien éleveés* por sus estudios y colegios, miran de arriba abajo —no hace falta que digan nada— a una

mujer que ha entrado por la puerta falsa en el santuario de la aristocracia.

Con lo que resultaban inútiles los esfuerzos que ambas hacían para mantener la paz hogareña en homenaje al hijo y marido perdido. Poco a poco se inician las discusiones en las que siempre acaba por surgir el factor social. Aurore, que va creciendo, se ha dado cuenta y reacciona ante las peleas de la forma que será típica en ella: su orgullo le impide subir a la carroza representada por su abuela; si ésta considera vil la carreta que simboliza su madre *tant pis* para ella. La niña prefiere situarse en los de abajo, no por compasión, sino por dignidad. En vano la Francueil, que la quiere porque ve que cada día se parece más a su llorado Maurice, la mima y regala. En las discusiones familiares Aurore se coloca siempre junto a su madre, la «pobre», frente a su abuela, la «rica». Hasta que ésta decide emplear esas riquezas que le echan en cara para conseguir lo que desea, esto es, encargarse de la educación de la niña. Si no convence con palabras a la madre de ésta, lo hará con «napoleones» de oro. ¿Está dispuesta Sophie-Victoire a cederle sus derechos sobre Aurore a cambio de una renta vitalicia?

Un escritor romántico haría decir entonces a la consultada: «¡Jamás!, mi hija estará siempre a mi lado aunque tengamos que pedir limosna o yo vender de nuevo mi cuerpo», y mucho más cuando su propia hija le ruega que se la lleve consigo y no la deje en Nohant.

Pero incluso en el primer tercio del siglo XIX la gente hace sus cálculos, aunque éstos no siempre demuestran un carácter sólo interesado en el dine-

ro. Sophie-Victoire sabe que, aparte de su interés personal, la muchacha tiene más posibilidades de gozar de una vida completa, desde la cultura al bienestar físico, con su abuela que con ella, una persona, lo reconoce, totalmente negada por su carácter para administrar bien un hogar. El elogio que de ella hizo su suegra —«daría a un pobre su última camisa»— es amable para la persona pero poco recomendable para el futuro de una familia. Sabe que su carácter es voluble y a veces incluso desquiciado. Por ello acepta el trato, que se firma en enero de 1809, y por el cual cede la tutela de Aurore a madame Dupin de Francueil. Es otra venta más de un cuerpo; antes el suyo, ahora el de su hija. Algo que a éste le hiere profundamente.

De mutuo acuerdo en lo económico, suegra y nuera se mantienen alejadas en lo político. Con el paso de la edad, la mayor riqueza y la influencia de sus amigas aristócratas, madame Francueil se está tornando cada vez más conservadora, léase monárquica; para ella, Napoleón resulta un usurpador de un trono que pertenece a los Borbones.

Con la misma lógica contraria, Sophie-Victoire admira profundamente a un hombre que nacido de la nada, como ella misma, ha sabido encaramarse, merced a su audacia y genio, a un puesto supremo. Ayuda a esa admiración la alta pensión que, como viuda de un coronel en activo, recibe cada mes del Estado.

Separadas por la política y el compromiso firmado, Sophie-Victoire no tiene nada que hacer en Nohant y decide trasladarse a París, donde le espera el pasado en forma de su otra hija, Caroline. Llan-

to desesperado de Aurore, «¡No me dejes!» La madre la consuela. Volverá pronto a verla.

De ahora en adelante Aurore tendrá que acostumbrarse a vivir bajo la égida de la abuela, que intenta, con todo interés, hacer de ella una señorita digna del apellido que ha heredado.

Para que no se sienta sola en la casa campestre, madame Francueil coloca a su lado una chica de casi su edad llamada Ursule, quien será una buena compañera de juegos y de aventuras en el gran jardín de la casa. A los cinco años Aurore lee por vez primera los cuentos, que sólo conocía por haberlos escuchado, de madame d'Aulnoy, ya citados, los de Perrault, y ante un resumen de mitología griega se extasía con las asombrosas historias de Hércules y Omfala, de Venus y Adonis, de Júpiter y Dánae...

Hay un peligro en esa vida cómoda, y es el de que Aurore se convierta en una provinciana. El acento local que emplea en ocasiones molesta a la vieja dama, que de vez en cuando la llevará a París para dar un toque más elegante a su educación.

La ventaja de esto es que oirá mejor francés, visitará a las nobles damas amigas de su abuela en sus elegantes salones, se extasiará ante los escaparates que exhiben las nuevas modas...

La desventaja para su mentora es que cada vez que visita París, Aurore vuelve a encontrarse —no pueden prohibírselo— con su madre. La esperanza de la abuela de que el trato comercial de que la ha hecho objeto la indispusiera con ella para siempre, se desvanece. Aurore ha perdonado —¿en verdad lo ha hecho?— a Sophie-Victoire y es feliz a su lado.

Esa pugna —Aurore Dupin dirá más tarde que

cada una tiraba de ella por un lado desgarrando su alma— se mantiene a pesar de la separación física. Cada una cuenta con la ayuda de sus propios aliados; el preceptor, las condesas, la doncella Julie a favor de la abuela; Hippolyte, Ursule, su doncella Rose, del lado de Sophie-Victoire.

En 1812, Aurore, que ya tiene ocho años, empieza a recibir su educación formal por parte del preceptor-administrador de la mansión, Deschartres. Historia, geografía, latín y aritmética. Aurore odia las dos últimas asignaturas y se interesa por las primeras.

Aparte de la cultura hay que aprender a ser una señorita y saber comportarse en la mesa, en los paseos —«andas como una pueblerina», le espeta la abuela a veces–, en la conversación, en la forma de sentarse...

Aurore se resiste a un entrenamiento que considera ridículo y artificial. Según recordará más tarde, una vez expresó así su protesta: «Me gustaría ser un buey o un asno para caminar como quisiera y pacer a mi gusto en lugar de que hagan de mí un perrito sabio.»

Asombro y consternación de la abuela y sus amigas. ¡En vez de una señorita quiere ser una salvaje!

En esa actitud Aurore recibe, como es lógico, el apoyo moral de esa otra *déclasée* que es su madre. En ocasión de una de sus visitas a Nohant, sucede un episodio desagradable. Aurore gusta de entrar por las noches a hurtadillas en el cuarto de su madre para dormir con ella. Al enterarse su abuela, opina que esa idea no es sana ni casta. Indignación

de Sophie-Victoire, que le recuerda a su suegra que quien falta a la castidad es ella por albergar ideas parecidas acerca de una niña tan pequeña. «Mis caricias —termina— son más honestas que vuestras ideas.»

Madame Francueil queda abochornada, sobre todo cuando, creyendo terminado el incidente, quiere dar un beso a su nieta y ésta se zafa diciéndole: «Ya que no es casto, no quiero darlo.»

La crisis entre las dos familiares de Aurore se agudiza por momentos y Sophie-Victoire decide dejar la mansión para siempre, ante lo que Aurore le pide de nuevo que la lleve consigo.

—Pero seremos pobres —le recuerda su madre—. La abuela nos quitará la renta que ahora me pasa.

—Prefiero ser pobre contigo que rica sin ti —contesta la pequeña.

Sophie-Victoire duda. Por un momento se ilusiona pensando en abrir una tienda de modas en Orléans —siempre ha sido hábil con la aguja y el hilo—, con lo que podrían vivir ella y sus hijas, Caroline y Aurore. Luego lo pensará mejor, comprenderá que no reúne las condiciones necesarias para tal aventura comercial y abandonará la casa produciendo una dramática decepción en Aurore, quien llega a la conclusión de que su madre no la quiere.

La situación anímica es mala y va a peor al cambiar el ambiente de la casa de Nohant. Ahora la abuela se ausenta a menudo y Rose, la criada, adopta aires de dueña tratando mal, incluso físicamente, a Aurore, que se consideraba su amiga y lo aguanta sin quejarse... Aunque, como admite en sus memo-

rias: «Estoy hecha de tal forma que soporto durante mucho tiempo lo que, para otro, sería intolerable. Pero también es cierto que cuando mi paciencia ha llegado a un límite, rompo de golpe y para siempre.» Actitud que veremos reflejada en su vida futura ante sus amantes.

Mientras tanto ha empezado a dar muestras de su talento literario con anotaciones o, mejor, variaciones sobre cualquier tema que estudie, sea historia o mitología. Esos primeros «ensayos» le valen la admiración de su abuela y la burla de su madre: «Tus elegantes frases me han hecho reír; espero que no empieces a hablar de esa forma.»

Como se ve, la buena educación que, en este caso abarca la capacidad de apreciar la buena literatura, ha vuelto a aparecer en la diferencia entre madame Francueil y Sophie-Victoire.

Letras aparte, sigue obsesionada con la idea de ver a su madre, tenacidad que ofende a su abuela hasta el punto de inspirarle la mezquina idea de revelar a Aurore el oficio que ejerció en un tiempo Sophie-Victoire.

La revelación provoca una angustia en la pequeña, que se pregunta: «Si mi madre es despreciable, yo, que soy el fruto de sus entrañas, ¿lo seré también?»

La aviesa intención de la abuela ha fracasado. En lugar de alejar a Aurore de Sophie-Victoire, aquella revelación la aproxima aún más a ella. Ante esto, madame Francueil no ve para la pequeña rebelde más que una solución: que prosiga su educación en un convento; quizá las monjas consigan dominarla.

Otra decepción para Aurore. Su madre, por una vez, está de acuerdo con la abuela. El convento será

bueno para ella, pero lo que parece claro desde el principio es que ella no lo será para el convento, pues se convertirá en la jefe de las discípulas más díscolas y desobedientes.

Cuando está calmada empieza a escribir sin parar, una fecundidad que la acompañará a lo largo de su vida; por difíciles que sean las circunstancias, Aurore Dupin siempre encontrará tiempo para llenar folio tras folio con sus ideas novelescas. Porque son casi siempre novelas lo que escribe.

Como tantas chicas de su edad, también, y en un paréntesis de su inquieta conducta, Aurore, a los catorce años, tiene un rapto de religiosidad. Esta exageración contraria tampoco satisface a la abuela, que, conociéndola, sabe que sólo es una fase más de su agitado espíritu. Antes de que pase a mayores y quiera profesar de monja, madame Francueil decide sacarla del convento y preparar lo que ella, como todas las de su clase y época, consideran lógico para una muchacha de dieciséis años: su casamiento.

Feliz de haber vuelto a Nohant, olvidada ya su crisis mística, Aurore lee y lee; aprende a montar a caballo en una yegua llamada *Colette* y lo hace, para escándalo de los vecinos, a horcajadas, como un hombre. La abuela comprende que eso resulte cómodo sobre todo para el salto hípico, pero le pide, por favor, que a la vuelta del campo se vista con ropas femeninas.

La heterodoxa vestimenta de Aurore provocará el comentario de todos los vecinos de Nohant, contribuyendo a la leyenda que empieza a formarse en torno a una muchacha que, además, gusta de estudiar astronomía ¡y cirugía! ¡Algo inaudito!

Como los problemas de salud que viene padeciendo se agravan, madame Francueil pide recibir los santos sacramentos. Ante el asombro de Aurore, sabedora de sus ideas liberales, asegura que es algo que una dama *tiene que hacer* cuando se muere, aun cuando no crea en ello, sencillamente para ser un buen ejemplo. ¡Siempre la *bien éleveé*!

Diciembre de 1821. Madame Marie-Aurore Dupin de Francueil fallece en su mansión de Nohant. Es una fecha triste para Aurore y alegre para su madre, que se presenta para oír la lectura del testamento y maldecir a la difunta, para gran pesar de la niña, que en los últimos meses había estrechado lazos con su abuela.

Después, Sophie-Victoire, que también insulta a Villeneuve, el tutor nombrado para su hija, y al preceptor de ésta, se lleva a Aurore a París para que viva con ella (la otra hija, Caroline, se ha casado y ya no está en la casa). A las pocas semanas de vida en común, Aurore llega a una triste conclusión: ha perdido a los dos grandes ídolos de su infancia; una porque ha muerto; la otra, porque ha mostrado su bajeza moral y social.

La estancia de Aurore con su madre no es fácil, porque ésta sigue siendo consciente de un pasado que no corresponde al estatus de su hija. A sabiendas de que Aurore ha sido informada por su abuela, coge el toro por los cuernos y un día le habla francamente de su existencia anterior. Como en la copla española sobre Magdalena, su excusa es el excesivo amor que ha prodigado, poniendo en el mismo cesto, de forma generosa, tanto el venal como el romántico. «Mi culpa —le dice— es haber amado demasiado.» ¿Qué se

puede contestar a una confesión parecida? La que le da Aurore: «Para mí tu pasado es algo sagrado.»

Esta difícil convivencia será corta, porque pronto aparecerá otra persona que tomará el puesto maternal en la casa. En una finca, cerca de Melun,. conoce al teniente Casimir Dudevant, hijo natural pero reconocido del coronel y barón Jean-François Dudevant. Como se ve, tanto lo militar como lo bastardo son constantes en la vida de Aurore Dupin.

Los dos jóvenes se divierten juntos, ya que ambos están provistos del mismo sentido del humor. Poco a poco esa camaradería se va transformando en algo más sólido, lo que obliga a Casimir a declararse. Ella le acepta sin más, porque, aunque no le deslumbra su personalidad, lo considera un buen compañero con el que se puede compartir la vida... Y, además, así se alejará provisionalmente de su madre.

Se impone una entrevista entre quienes pueden dar el consentimiento. Al barón le gusta Aurore, pero a la siempre imprevisible Sophie-Victoire, Casimir le parece poco atractivo: «Hubiera preferido un yerno más guapo para llevarme del brazo.» Pondrá también otras dificultades sobre el arreglo económico de la pareja, pues cree que con él su hija pierde, pero no le sirve de nada.

El 17 de septiembre de 1822, Casimir y Aurore se casan por la Iglesia y el juzgado y se trasladan a Nohant. El novio está ya libre de su grado de teniente del ejército. Aurore está ya libre de la tutela de una opresiva, aunque siempre querida, madre.

Años después, Aurore se quejará de la brutalidad con que se comportó su marido en la noche de bo-

das, según unas frases enviadas a su hermanastro Hippolyte, que iba a casar a su hija.

«Impide que tu yerno sea brutal con tu hija en la noche de bodas, porque para una mujer delicada muchos males proceden de esa causa. Los hombres todavía no se han dado cuenta de que su diversión resulta un martirio para nosotras. Dile, pues, que refrene su placer y que espere que su mujer llegue poco a poco a comprenderlo y compartirlo. No hay nada más horrible que el dolor y la repugnancia de una pobre niña que no sabe nada y que se ve violada por un bruto. Las educamos como santas y las entregamos como potrancas.» Pero las cartas que le envía durante la luna de miel no parecen reflejar ese trauma. Las expresiones «ángel mío; mi amorcito; mi buen amigo; ¡cuánto siento no tenerte a mi lado!» se repiten en ocasión de la primera separación de su reciente esposo. ¿Cómo se compaginan esas expresiones con la denuncia posterior del macho apoderándose de la hembra, sin el menor respeto por su sensibilidad? Mi opinión personal es que por entonces Aurore, a pesar de su cultura e inteligencia, todavía estaba inmersa en una sociedad tradicional a la cual le resultaba lógica una cierta violencia masculina en la noche nupcial. Sólo al madurar, cultural y socialmente, y convertida ya en la famosa novelista George Sand, se dará cuenta del egoísmo masculino que aquella acción representaba.

Pero aún estamos muy lejos de esa deducción. Ahora Aurore es feliz en compañía de un camarada joven y divertido. Para más dicha, descubre que está encinta, con lo que encuentra su vocación más intensa, a la misma altura, si no mayor, que la de novelista.

Sí; la nueva madame Dudevant se siente madre desde el cabello a la punta de los pies. No sabemos, aunque podamos intuirlo, cuánto han influido en esa vocación las decepciones experimentadas con la suya propia, pero parece claro que tiene el firme propósito de convertirse, para sus hijos, en la progenitora perfecta que ella no consiguió tener.

Por ello, las indisposiciones que, como toda embarazada primeriza, experimenta le parecen mínimas teniendo en cuenta el regalo que le espera después. A las compasivas palabras de su marido, del preceptor y del servicio, responde siempre: «No tiene importancia. No hay sufrimiento más dulce que el que os anuncia un hijo.»

El 30 de junio de 1823 da a luz un niño que llamará, como a su héroe de la infancia, su padre, Maurice; ella tiene diecinueve años.

La nueva abuela asiste al bautizo, pero la relación con su hija empieza a enfriarse; la mujer que se burlaba de las pretensiones sociales de su suegra y sus amigas se siente ofendida porque piensa que no se le considera lo bastante y se aleja de su hija... algo que Aurore toma esta vez sin excesiva preocupación. Ahora es ella la madre, el nuevo centro del hogar.

En este hogar, el marido Casimir se mantiene como un tipo divertido, un compañero espléndido en juegos, bailes y conversación. Pero no tiene la preparación intelectual que le permita acercarse a la de su mujer. Cuando empiezan las largas veladas invernales, Aurore se da cuenta de que no existe entre ellos la menor identidad cultural. Hábil en el comentario de teatro, danzas y anécdotas, Casimir se

aburre soberanamente si se habla de libros o se escucha música clásica.

El mismo sentimiento provoca en él la vieja mansión de Nohant, tan querida por su esposa, donde no hay compañeros de cartas ni de bebidas.

La pareja, en fin, empieza a sufrir uno de los peores males que existen: lo que a uno le encanta al otro le aburre. En un intento de recuperar la antigua dicha, Aurore propone festejar sus veintiún años con una excursión a los Pirineos. Por segunda vez en la vida vuelve a acercarse a España..., pero sin pasar la frontera; su destino es Cauterets, estación termal donde se dan cita las familias francesas de alcurnia del sudoeste francés.

Para Casimir resulta un paraíso de caza, que persigue durante toda la jornada; para Aurore, la sensación de ser ella la perseguida, la acosada. El «cazador» se llama Aurélien de Lèze y es magistrado en Burdeos. Aprovechando la ausencia del esposo, hace una corte despiadada a Aurore, que se impresiona hasta reflejar más tarde en una novela esa aventura, donde tiene tanto valor el rostro cercano de un hombre como la naturaleza agreste y majestuosa que le sirve de marco. En una vena muy propia del romanticismo que está triunfando en Europa, Aurore asociará siempre el placer de ver con el de sentir.

Los amantes que no han llegado a serlo, se vuelven a encontrar en Burdeos. Dado que el amor que sienten los dos es platónico, Aurore cree posible compaginarlo con el sexual que siente por su marido. Éste, sin embargo, y como haría la mayoría de esposos en su caso, no encuentra convincente esa

posibilidad y se lo dice de forma clara. Pero Aurore no puede dejar de corresponder a un amor asombrosamente puro. Su vocación de escritora está ahora volcada, más que a inventar amores fantásticos, a describir el suyo. Una de las cartas que envía a Aurelien tiene, en la edición posterior de su correspondencia, ¡hasta treinta páginas!

Fluidez que complace mucho —al destinatario pero menos a Casimir, que le conmina a interrumpir esa relación por espiritual que sea. Es inútil. Durante varios meses Aurore seguirá describiendo a su admirador Aurélien las maravillas de la naturaleza que ve en torno a sí.

Al final será la propia Aurore quien se canse de un hombre que sólo es un espíritu a quien mandar cartas. Ahora reaparece en su vida el joven que le enseñaba anatomía para gran escándalo de las comadres de los alrededores. Se llama, de forma retumbante, Stephane Ajasson de Grandsagne, y esta vez parece que su relación con Aurore es algo más que pedagógica. Algunos biógrafos de madame Dudevant destacan incluso que existe una ligazón cronológica entre una escapada a París de los dos y el nacimiento, nueve meses después, de una niña, segunda de los hijos de Aurore, que se llamará Solange. El rumor del adulterio llega a oídos de Aurélien, quien se indigna ante ese abandono de la idea espiritual que Aurore preconizaba en su relación con él.

Casimir, en cambio, está convencido de ser el padre de la pequeña y, como tantos maridos que se sentían alejados de su esposa, encuentra en Solange el lazo de unión familiar que le faltaba. Convencido de que ya nunca podrá comprender a la mujer

que el destino le ha dado, se conforma con ser su compañero en la tarea de educar a los dos hijos.

Respaldado por él y el servicio, Aurore vuelve a escribir de forma torrencial narraciones de sus viajes y nuevas novelas.

Y a propósito de servicio; madame Dudevant, como tantas otras de su categoría, puede tener una vida particular que roza o incluso cae en el engaño marital, pero sabe muy bien cuáles son los límites del trato entre el señor y una doncella, por lo que echa sin contemplaciones a una sirvienta llamada Pepita, que alternaba su jornada diaria con Solange con el nocturno encuentro con el señorito Casimir.

Año 1830. En París arde la revolución contra el último Borbón de Francia, Carlos X. Le sustituye en el trono un primo suyo, Luis Felipe de Orléans, y con él vuelve a ondear la bandera tricolor que había sido reemplazada por la blanca con la flor de lis. Aurore Dudevant se horroriza ante las muertes ocurridas durante el levantamiento, pero se consuela con las caricias de un nuevo joven —el profesor ha desaparecido— llamado Jules Sandeau. Ella tiene veintiséis años; él, diecinueve. La lista de amores empieza a ser larga y variada. Lo que no impide, sino que, por el contrario, ayuda, a través de las experiencias vividas, a que madame Dudevant escriba más que nunca... con un matiz nuevo. Por vez primera, y ante los elogios que sus amistades hacen de su obra inédita, Aurore decide asociar gusto y provecho publicando sus libros y artículos, viviendo así de la pluma. Esa posibilidad de independencia coincide con el descubrimiento de un testamento de Casimir guardado en un cajón «para ser abierto

sólo después de mi muerte». Conociéndola, es fácil imaginar cuánto tiempo tardó Aurore en abrirlo y enterarse de lo que Casimir pensaba realmente de ella. Aunque había dado motivos sobrados para esa opinión adversa, madame Dudevant encuentra en esas líneas la excusa que esperaba para dejar de llevar ese nombre. Así lo comunica a un sorprendido Casimir, que accede, por de pronto, a una separación provisional, quedándose con Maurice y pasándole a Aurore una renta que le permita vivir en París con Solange.

Es más que posible que esa marcha a la capital, abandonando temporalmente a su adorado Maurice, se deba a la convicción lógica de que sólo en París podrá vivir de su producción literaria.

Allí trata de iniciar su nueva carrera usando el medio que han usado tantos escritores al empezar: el periodismo. La ventaja que tenían los escritores de imaginación por entonces era que los periódicos más importantes dedicaban diariamente un espacio a pie de página, llamado *le feuilleton* (de ahí el nombre «folletín»), a publicar novelas por entregas.

Gracias a un amigo común consigue conocer al señor Latouche, director de *Le Figaro*, fundado cuatro años antes. Latouche la acoge amablemente pero le advierte que ninguna recomendación le hará tratar sus originales mejor de lo que merezcan, y, efectivamente, los primeros que ella le entrega van derechos al fuego de la chimenea de su despacho. Otros tienen mejor suerte y se publican. También consigue «colocar» otros trabajos, a veces escritos en colaboración con su amante Jules Sandeau, que la ha seguido a París, en semanarios como *La Revue de Paris*.

Ese tipo de trabajos esporádicos, como saben los escritores de todos los tiempos, no constituyen un ingreso seguro ni amplio. Las facturas se acumulan y la pequeña renta que recibe de su marido no basta para cubrir un déficit en el presupuesto.

Ocurre que uno de los mayores gastos de alguien que tiene que relacionarse continuamente con directores, editores, artistas es el del vestido. El de una mujer en el París de 1830 se basaba en un conjunto de enaguas que costaban una fortuna en lavandería y planchadora. Aparte, naturalmente, del obligatorio sombrero y la variedad de faldas, blusas, chaquetas y vestidos.

Al oírla quejarse de ese gasto, su madre Sophie-Victoire le da el consejo práctico de una mujer que conoce bien la vida. «¿Por qué no te vistes de chico, como hacían conmigo de pequeña? Es mucho más barato.»

Sólo una mujer que había desafiado las convenciones desde niña podía dar ese consejo, y sólo otra con la seguridad de su hija era capaz de seguirlo. Desde aquel día el todo París literario, teatral, musical, artístico y aun el del hombre común de la calle, se asombrará primero y se acostumbrará después a una joven que circula con levita, chaleco, pantalón gris, corbatas de lana con un nudo grueso y un sombrero a tono en la cabeza. Ya ha muerto Aurore Dupin-Dudevant. Ha nacido, aunque todavía no oficialmente, George Sand.

Políticamente, una mujer que se atreve a vestirse de hombre también es capaz de situarse en contra del orden monárquico establecido. Aurore —todavía Dudevant— se declara republicana. El Orléans

que ha subido al trono le parece tan indigno de respeto como el Borbón al que ha sustituido. Por eso, en lugar de asustarse, exulta cuando el gobierno se incauta de los ejemplares de *Le Figaro* por un artículo suyo sobre el derecho a manifestarse públicamente por las calles. En su defensa reivindica también la del periodismo como un medio de darse a conocer... y de alimentarse. «Me atacan por escribir en *Le Figaro* [...] a mí me enorgullece ganar mi pan cotidiano y *Le Figaro* es un medio como otro cualquiera de lograrlo.»

En sus campañas, la novel escritora obtiene el apoyo de un consagrado, el ya popular y famoso novelista Honoré de Balzac, que simpatiza con la joven pareja y con la vocación que siente Aurore por un trabajo al que está plenamente dedicada. Le alegra oír que «el oficio de escribir es una pasión violenta, casi indestructible. Cuando se apodera de alguien no se abandona jamás».

Y efectivamente se dedica a ella sin olvidar sus amores castos: por Maurice, «delgado y buena persona», y por Solange, «bella y mala», valoración que, aun queriendo a los dos, mantendrá por largo tiempo. Ni los amores lascivos con Jules Sandeau, que según confía al papel «ha dado de nuevo calor a mi corazón helado [...] con el amor que me inspira».

En cuanto a Casimir, es un buen chico que se conforma con su papel de padre y no reivindica el de esposo, siempre que Aurore mantenga las formas y no viva abiertamente con su amante. ¡Y qué amante! Según escribe madame Dudevant tras uno de sus encuentros: «Quiero que vuelva esta noche [...]

estoy llena de mordiscos y de golpes. No puedo tenerme en pie y gozo de una alegría frenética.» Como se ve, Aurore puede vestirse de hombre por fuera, pero sigue siendo una mujer total, casi brutalmente, apasionada.

La unión entre los dos se mantiene al levantarse de la cama y a través de las letras. *Rose et Blanche*, una novela en cinco tomos, es fruto de esa colaboración. Así, cuando aparece en 1831 va firmada por el nuevo apellido de ella y el nombre de pila de él, es decir, «Jules Sand».

A veces su escritura refleja tanto su vida que la novela siguiente, que ya escribirá sola, se llama *Indiana*, el nombre de la hermana de Aurélien de Sèze. En medio del frenesí de su pasión carnal de hoy, es un mensaje de reconocimiento al amor lírico que ayer le unió con el magistrado de Burdeos.

En su costumbre de reunir cerca de sí todo lo que le place sin pensar en las consecuencias, la Dupin lleva a París a Solange, que ya tiene tres años. ¿Y qué dirá si ve a Jules entrar en su cuarto? «No lo verá —confía al amigo preocupado—; no tengo la menor intención de escandalizar a mi hija.»

Hay algo que le interesa más en ese año de 1832, y es la aparición de la primera obra escrita sólo por ella. Va firmada por «G. Sand», un intento de deshacerse del colaborador de *Rose et Blanche* sin violencia gramatical: Jules, pasa a ser G., que luego se transformará en Georges y más tarde en George.

El éxito del libro es total. El más famoso de los novelistas de la época, su amigo Balzac, escribe: «No conozco nada escrito más sencillamente ni concebido con más delicia. Su éxito está asegurado.» «Ella es

mejor que Madame Stäel», asegura un reputado crítico llamado Gustave Planche, e incluso el difícil Latouche se rinde: «Vuestro libro es una obra maestra.»

¿Qué es *Indiana*? Para empezar, la historia de una mujer que se desilusiona, primero de un marido (¿Casimir?) y luego de su amante (¿Jules?), hasta encontrar la comprensión en un amigo de la infancia (¿Aurélien?). El público, especialmente las mujeres que han amado y luego se han desilusionado —es decir, casi todas—, se apresura a comprar el libro.

Como es lógico, los editores le piden otra novela, y George Sand —ya lo es del todo— se precipita a complacerles y a complacerse; ahora más que nunca *et pour cause!* adora el camino emprendido... La siguiente obra se llamará *Valentine*.

Los editores de semanarios también llaman a su puerta solicitando una colaboración fija. La conseguirá en la prestigiosa *Revue des Deux Mondes*. Después firmará el contrato de otra novela: *Lélia*. Hasta ahora, como se ve, sólo trata de heroínas femeninas, es decir, de ella misma.

Con el triunfo literario llega también el éxito entre los hombres. Los caballeros que antes sólo la veían como una mujer ansiosa de popularidad, la acosan cuando ha alcanzado la fama. Y entre los admiradores que ansían estar a su lado aparece una mujer, la conocida actriz Marie Dorval, cuya reputación de lesbiana asusta a los amigos de George Sand, que intentan prevenirla... sin éxito, claro. ¿Existió una relación de ese tipo entre Marie y George?

Al menos fue lo bastante intensa como para molestar a Jules Sandeau, que ya debía de sentirse

herido por el éxito en solitario de su antigua colaboradora y que, después de violentas discusiones, se aleja de ella. Pero no la deja en brazos de la actriz, como lo prueba el que Saint-Beuve le proponga sustituir a Jules por un joven y ya famoso poeta, Alfred de Musset. George Sand se siente ya tan situada en el pináculo de la gloria literaria que se permite elegir y despreciar al poeta a favor de un novelista también conocido. Como escribe a Saint-Beuve: «Pensándolo bien, no quiero que traigáis a mi casa a Alfred de Musset. Es muy presumido y no nos entenderíamos [...] en su lugar prefiero a Dumas.»

¿Y Marie Dorval? Nadie ha sabido nunca lo que de verdad hubo entre las dos. Jean Chalon, buen escritor y agudo biógrafo de George Sand, cita una carta de ella a una amiga en la que cuenta sus entrevistas con Marie: «Cuando sale del teatro, charlamos junto a la chimenea de mi casa [...] recuperamos el tiempo perdido y vivimos mucho en pocas horas.» Tras esto, Chalon anota con intención, pero sin arriesgar su juicio: «Cada uno es libre de interpretar como le parece esa frase de "vivir mucho en pocas horas".»

Musset, Dumas..., apenas se han asomado a la vida de George Sand cuando aparece otro personaje famoso, Prosper Mérimée, el autor de *Carmen.* Fue una relación tan fuerte como breve, tanto que se resume en una frase cruel que Alejandro Dumas hizo circular por todo París. Según esa versión, Aurore habría contado a Marie Dorval: «Tuve a Mérimée ayer noche... y no es gran cosa.»

George Sand se indigna de lo que llama un bulo:

«Yo no he dicho eso jamás, Marie tampoco, y sólo me queda añadir que es una frase que dice poco de la imaginación del señor Dumas.» A quien, como saben sus numerosos lectores de entonces y de ahora, era algo que no le faltaba.

(Los escritores sacan partido literario tanto de sus éxitos como de sus fracasos; Mérimée escribirá un cuento sobre un tema similar: *La double mèprise.*)

Como hemos visto hasta ahora, George oscila entre la vena romántica del corazón y la cabeza, que le hace poner fin a una pasión cuando empieza a no convenirle. Pero sus caídas son tan profundas como altas sus subidas. El 20 de marzo de 1833, de vuelta del fracaso con Mérimée, escribe a un amigo de los pocos que ha tenido sin ser su amante, un abogado llamado Rollinet: «Mi corazón ha envejecido varios años en la vida; nada me sonríe ya. No habrá para mí pasiones profundas ni alegrías desbordantes. Todo está ya dicho. He doblado el cabo y he llegado al puerto.»

A estas alturas ya conocemos bastante a George para no creer en ese hundimiento, que además sobreviene cuando acaba de obtener otro éxito literario. La *Revue des Deux Mondes* ha publicado varios capítulos de *Lélia*, y Saint-Beuve los juzga así: «Muy bello, muy elevado, muy auténtico…» Estamos hablando del crítico más famoso de su tiempo, uno de los pocos que han pasado a la historia de la literatura sin crear nada, sólo opinando sobre las creaciones ajenas.

Tras el éxito literario vendrá el amoroso para levantar el ánimo de George; algo tan fácil, dado su carácter, como lo es el hundirlo.

El responsable es un gran poeta, aquel que Aurore no quiso conocer y al que llamó presumido y frívolo. *Dandy* es la expresión inglesa que utilizó y que se ha puesto de moda en Francia.

Esta vez se encuentran en una cena organizada por la citada *Revue des Deux Mondes*, y Musset, que además de poeta es hombre de mundo, subyuga con su conversación a George. Luego vendrá su lectura de *Lélia*, que le inspira los primeros versos que dedica a George Sand.

En ellos, a Musset no le basta con encandilarse por la prosa de la autora como profesional de la pluma que es; quiere enterarse de cuánto hay de imaginado en la narración y cuánto de vivido: «Sand, cuando escribías, ¿dónde habéis visto / esa escena terrible donde Noun medio desnuda / en el lecho de Indiana se embriaga con Raymond?»

Esa curiosidad, evidentemente, es algo más que literaria. Musset quiere conocer a la mujer que hay debajo de la escritora, lo cual sugiere un interés personal, un enamoramiento en ciernes.

¿Y por parte de ella? Volvamos, y volveremos más veces, a la esencia de la personalidad de Aurore: el papel en el que se encuentra más a gusto, el de la maternidad. En este caso ella tiene veintinueve años; él, veintitrés. ¿Más claro?

Sigamos con la comparación. Musset es el «hijo» de los excesos: alcohol, mujeres..., incluso la droga en forma de opio. Todo ello unido a las pocas ganas de trabajar. George «madre» puede deleitarse en los brazos de un hombre, pero no bebe, no prueba más droga que el tabaco y es una trabajadora incansable.

Se impone, pues, la misión de salvar a ese chi-

co de los excesos dejándole sólo los que tenga con ella y animarle a que siga trabajando su espléndida poesía. El amor, en esta ocasión, sale del más joven y por ello menos preocupado de las conveniencias. solicita, implora, llora, suplica. Ella al principio le mantiene a distancia: «Seamos buenos amigos.» Pero a últimos de julio de 1833 cede a sus deseos, como admite en estas palabras que le escribe: «Sin tu juventud y la indefensión que tus lágrimas me han causado, hubiéramos seguido siendo hermana y hermano.»

Mientras tanto, *Lélia* provoca un éxito de escándalo. Todos los bienpensantes de Francia se indignan ante las crudas descripciones de los amores de Lélia con el poeta Stenio; incluso *Le Figaro*, su antiguo periódico, critica severamente el libro.

La importancia de *Lélia* en el aspecto sociológico es que en ella se plantea, por vez primera con claridad, el problema de la frigidez femenina, algo que al machismo de la época le parece desaforado. Se supone que la mujer debe sentir en esos casos lo mismo que el hombre que la posee, bien que sin pasarse (la moral del tiempo tampoco acepta a la esposa que toma la iniciativa), y el hecho de que la protagonista de una novela admita claramente que sigue indiferente mientras el hombre jadea, se considera de una independencia femenina totalmente inmoral.

Entre las críticas adversas surge la inesperada bendición de otro santón de las letras, Chateaubriand, y digo inesperada porque el autor de *El genio del cristianismo* pasa por ser un hombre conservador, tanto en el aspecto religioso como en el moral.

Personalmente, a George los ataques literarios no le impresionan demasiado. De hecho, a una luchadora como ella los dardos enemigos la animan aún más a la lucha.

Y para confirmar su independencia ante la crítica y la sociedad, decide marcharse a Venecia con Musset, de quien ha escrito a un amigo la frase siguiente: «Estoy enamorada, y esta vez seriamente, de Alfred de Musset.»

A los que hemos leído parecidas palabras referidas a otros caballeros se nos puede permitir un punto de escepticismo. Resulta interesante que una mujer, tan capaz de describir pasiones ajenas, no cayera en la cuenta de lo repetitivas que resultaban sus propias palabras.

En esa época dichosa, Musset le enviará, entre otros, estos bellísimos versos, que desgraciadamente pierden la mitad de su perfume en la traducción.

No quiero saber nada; si los campos florecen,
ni cómo acabará el simulacro humano
ni si esos vastos cielos alumbrarán mañana
lo que ahora amortajan.
Yo sólo me digo: En esta hora y lugar
un día fui amado y amé. Ella era hermosa.
Yo escondí este tesoro en mi alma inmortal
para llevárselo a Dios.

Antes de emprender el viaje hay que comunicárselo a su todavía oficial marido. La versión que le da Aurore Dudevant es que va a Italia para curar su reumatismo. La incongruencia, casi cómica, de elegir para el alivio de esa enfermedad una ciudad cru-

zada por mil canales, no se le ocurre. Luego tiene que convencer/advertir a la madre de Alfred de Musset, preocupada por la salud de su retoño, asegurándole que le proporcionará «afecto y cuidados maternales»; y, hablando de hijos, hay que dejar a Maurice interno en un colegio y enviar a Solange con su padre.

Queda todavía el problema de los gastos de esa aventura, que corren a cargo de la «jefe de familia». Afortunadamente, su bien ganado prestigio le permite obtener de sus editores el pago de un original, *Metella*, y un adelanto sobre la novela que ya está escribiendo y que se llamará *Jacques*, primer título con nombre masculino después de tres femeninos.

(Contar la vida de Aurore-George es, al mismo tiempo, repasar la lista de los escritores más famosos de su tiempo. En el barco que les lleva por el río desde Lyon a Avignon, la pareja se encuentra con Stendhal, el gran novelista que ahora ejerce de cónsul francés en Civitavecchia, Italia.)

Después, es el viaje de Marsella a Génova; la mar se agita y, como era de esperar, la mujer-hombre (Aurore) lo resiste sin problemas, mientras el hombre-mujer (Alfred) se encierra, enfermo, en su camarote.

La vida tiene a veces ironías que rozan el sarcasmo. Si la visión de un ser mareado queda lejos de la concepción romántica de Aurore, peor es la enfermedad que le toca sufrir a George al llegar al hotel Danieli de Venecia; una grosera y poco espiritual disentería que la martiriza durante varios días.

Los viajes de una pareja son la prueba de fuego para comprobar la solidez de su relación. Los con-

tratiempos de traslado se agravan cuando la enfermedad quita el humor y afea al compañero de excursión. Puede ser el aburrimiento de cuidar a alguien, que en el caso de Musset lo obliga a abandonar a George para divertirse en la ciudad; sin embargo, poco después, cuando Aurore está reponiéndose, es él quien cae enfermo con fuerte fiebre y dolores de pecho.

A su socorro llega un médico veneciano llamado Pietro Pagello, de veintisiete años, quien como buen italiano ambicionará, al mismo tiempo, curar al enfermo y seducir a su pareja.

Su éxito en este sentido es mayor de lo esperado. Ante la doble enfermedad, que ha revelado el carácter infantil y caprichoso de Alfred, Aurore ha pasado en pocos días de amarlo locamente a desinteresarse de él, al menos como amante. Como «hijo», en cambio, le ha cuidado de forma devota, sin apenas dormir durante ocho días.

Y aquí está Pietro Pagello, guapo, joven, saludable... Por una vez, Aurore no ve en él a alguien a quien proteger. Pero ese Pagello, que evidentemente gusta de ella, no se atreve a declararse ante un «hijo» que, además, es su enfermo.

Tras insinuarse inútilmente con los ojos, George acudirá a la forma de expresión en que se encuentra más a gusto, la escritura. Y un buen día, Pagello se encuentra en el bolsillo una carta, deslizada allí por George, donde lee frases como éstas: «¿Sabes por qué estoy triste? [...] ¿Seré tu compañera o tu esclava? ¿Me deseas o me amas? [...] Cuando te haga feliz, ¿me lo confesarás?»

Asombrado —no había para menos—, Pagello le

devuelve la carta a su autora diciéndole que evidentemente se la ha dado a él por error, porque debía de estar dirigida a otra persona, ¿quizá Alfred?

George Sand contesta volviéndole a entregar la carta, pero esta vez con una frase en el sobre tan clara como provocativa: «Al estúpido Pagello.»

Como es natural, el médico se siente obligado a demostrar que no es ningún estúpido, y hace el amor con Aurore en el mismo cuarto en el que yace un Musset delirante de fiebre.

En uno de sus momentos de lucidez, el poeta ve a su amante sentada en las rodillas del médico, y estalla en cólera; George Sand le calma, «es una alucinación», y la vida sigue unos meses más, hasta que Musset reconoce su derrota y los dos amantes le acompañan hasta el lugar de donde partirá hacia París.

El romance del poeta y la novelista ha terminado. Como recordará más tarde aquél: «No eras una amante; sólo eras mi madre.»

Efectivamente, George Sand lo es y siempre lo será. Una madre para proteger y un hombre para conquistar… Una madre viril. Madre Coraje.

Así, Aurore Dupin Dudevant queda en Venecia entre los brazos de Pietro Pagello, a quien le dice cosas como ésta: «Ser feliz un año y morir. Sólo pido esto a Dios y a ti.»

Y cuando el médico le comenta, con toda lógica, que igual que dejó a Musset puede abandonarlo a él, ella contesta muy segura de sí: «No creo que pueda querer a nadie más si dejara de amarte.»

Como decía otra mujer viril unos años antes: *«Le papier prend tout»*, o, dicho en español, «uno

puede escribir lo que quiera». Era Catalina, la emperatriz de todas las Rusias.

El amor lírico o el sensual que tiene con Pagello no impide que George Sand siga escribiendo.

Ahora, además de libros, redacta cartas como la que envía a Musset, a quien sigue considerando un buen amigo, para repetir su queja de unos años antes: la dificultad de la gente para comprender una relación amorosa entre tres personas. «¿Por qué no podría vivir con los dos —pregunta—, haciéndonos felices sin pertenecer a uno ni a otro?» Ese programa tiene un carácter netamente masculino..., muchos hombres lo han deseado antes, aunque pocos se han atrevido a proponerlo a sus amantes. Aurore-George, la mujer-hombre, sí se atreve..., aunque Musset no se anime a aceptar la propuesta. Sin embargo, George parece dichosa. Le faltan Maurice y Solange, pero le quedan Pietro y el incomparable marco de la ciudad de los Dux.

Medio año dura la pasión de George por Pagello y por Venecia. Medio año de felicidad, lo que no es poco dado el inconstante carácter de nuestra heroína.

Hasta que dos circunstancias le obligan a dejar la bella ciudad. Una, la creciente indignación de la sociedad véneta, empezando por el padre de él y siguiendo por todas las damas de buen ver, ante ese adulterio descarado de una extranjera, con el mejor partido de la ciudad. La otra, la nostalgia de sus hijos, especialmente, de Maurice.

George volverá a París, pero con Pagello, que se despide de su familia con un *«Arrivederci»* que puede transformarse en un definitivo *«addío»* si no lo-

gra arrancarse del encanto de la novelista. Además, ésta —siempre madre— le procurará trabajo profesional en París visitando a médicos y hospitales. Fingiendo unas ventas provechosas de unos óleos traídos de Italia por Pagello, puede entregarle dinero antes de que lo gane sin avergonzarle.

Otras cosas tiene que arreglar George, como quitar el malhumor a un marido oficial que no comprende cómo una cura de reumatismo puede durar seis meses. Una visita a Nohant calmará las aguas. Pagello se queda en París, aunque Casimir le ha invitado también porque cree que su relación con George sólo es de médico y enfermo.

La verdad es que ahora eso es lo que está resultando ser. Al reencontrarse con su vida anterior Aurore se va desinteresando de un amante que, fuera del ambiente veneciano donde refulgía, se le aparece como un pobre provinciano perdido en París. El «amor eterno» que se juraban ha tenido un plazo un poco más corto: seis meses. Puede estar contento. Otros «amores eternos» de George duran incluso menos.

Salida de Pagello, el doctor, y vuelta a escena de Musset, el poeta, que ha olvidado los desaires venecianos para recordar sólo los momentos felices, que quiere que se repitan. Para conseguirlo, le escribe: «La posteridad repetirá nuestros nombres como los de los amantes inmortales que sólo usan uno para los dos, como Romeo y Julieta, como Eloísa y Abelardo. Jamás mencionarán a uno sin el otro.»

Poco después, lo que le escribe son insultos, porque se ha enterado, ¡ahora!, de que efectivamente había existido una relación entre Pagello y Aurore

en Venecia, y de que no se trataba de un delirio febril cuando los vio abrazados. Insultos de Alfred, comentarios del «todo París» sobre una ruptura en la que se intercalan reconciliaciones durante varios meses; en un gesto teatral, Aurore, que es ducha en ellos, se corta la larga cabellera sacrificándola al amor perdido. Un amigo, el pintor Delacroix, aprovechará el nuevo *look* para hacerle un retrato.

La última carta de despedida de George ratifica el carácter maternal que impone a todos sus amoríos. «¡Basta! ¡Basta! Pobre desdichado, te he querido como a un hijo, con amor de madre...»

(Un psiquiatra diagnosticaría obsesión maternal con el amante físico, un anhelo escondido del incesto.)

Y añade: «Todavía sangro por ello; te compadezco, te perdono todo, pero es necesario que nos separemos.»

... Y lo hace moral y materialmente marchándose al refugio donde, como un animal alcanzado, se retira cuando necesita tranquilidad para lamer sus heridas, es decir, a Nohant.

Ese reposo físico y espiritual dura poco tiempo. Tras la salida del poeta, entrada de un abogado llamado Louis Michel, que le escribe largas cartas haciéndole la corte.

«Ese espíritu ardiente había resuelto apoderarse del mío», anotará George en su *Histoire de ma vie*, olvidando añadir que se trataba de una empresa fácil. Con Michel, defensor de la causa obrera y republicana, Aurore entra en un mundo político y social que la fascina y, aprovechando una ausencia de monsieur Dudevant, se le entrega en el mismo Nohant.

Esta vez George ha escogido el amante que más le convenía en el momento. Porque Dudevant, quien al volver a su casa ha sospechado de esa nueva relación y odia desde su conocimiento a Michel, que además es de izquierdas, provoca una pelea con su mujer a propósito de la educación de Maurice, llegando a abofetearla. Esa ofensa, que se produce ante sus invitados, desata la ira de George Sand, quien entabla inmediatamente una demanda de divorcio. Su abogado, naturalmente, será Michel. Se trata de una elección feliz, porque es tal la habilidad con que éste lleva el proceso de separación, que el único culpable de adulterio resulta ser... el pobre Casimir Dudevant. La mínima anécdota de la doncella seducida por el señor de la casa permite al hábil jurista lanzarle una dura requisitoria: «El domicilio conyugal ha sido profanado, y lo ha sido por vos. Habéis introducido en él la corrupción y la superstición, además de calificar a vuestra esposa de prostituta.»

Si por este nombre se entiende quien recibe dinero de los hombres a cambio de concederles sus favores, la acusación es falsa. Hasta ahora George Sand ha dado en metálico mucho más de lo que ha recibido. Ahora bien, si se trata de un calificativo moral, todo París, y casi toda Francia, sabe que madame Dudevant ha hecho méritos suficientes para ganarse tal título.

Da igual. La ardiente soflama de Michel impresiona al juez, que en su sentencia otorga a Aurore la posesión de Nohant y la custodia de sus hijos. Casimir pagará la educación de Maurice y a los veinte años le pasará una pensión.

La vida sigue, e igual que hizo ella con sus

amantes, Musset recordará su experiencia común en su *Confesión de un hijo del siglo*, libro que gusta a George..., aunque no le hace volver a los brazos del poeta.

La sentencia favorable libera a George de la acusación legal pero no de la moral pública. El pobre Maurice tiene que oír repetidamente de boca de sus compañeros de colegio lo que éstos han escuchado en sus casas: que su madre es una zorra.

Como para darles la razón, George tiene ya otro amante: Charles Didier, pero de poco peso. Tanto que no vacila en dejarle para reunirse en Suiza con Franz Liszt y su amiga Marie d'Agoult, y pasar unos días de alegres compinches.

Vuelve a París, donde la espera un celoso Michel; George niega que le haya engañado, a pesar, de su naturaleza ardiente y los galanes que le asedian: «He sufrido mucho por mi castidad, no lo niego. He tenido sueños muy excitantes. Soy todavía joven, aunque diga a los demás hombres que tengo la calma de los ancianos, mi sangre arde...»

Alude luego a la costumbre, tan corriente, de asociar al protagonista de una novela con su autor, y quiere destacar que ella no tiene nada que ver con la frígida Lelia: «Otros creen que soy Lelia en toda la acepción del nombre, y cuando palidezco es porque he caminado demasiado [...] la ocasión de satisfacerme no me ha faltado, creedlo. Había alrededor de mí muchos hombres más que vos y a los que una sola mirada habría bastado.»

Se trata, a mi entender, de una carta muy triste, porque cuando una mujer presume de joven y de poder atraer a chicos más jóvenes aún, es que el

espejo le va mostrando, día a día, la llegada de la madurez. Es verdad que sólo tiene treinta y tres años, pero en la primera mitad del siglo XIX esa edad era ya casi provecta.

Tanto que su amigo Balzac provocará la esperanza de unas y la ira de otros sosteniendo el derecho de una mujer de treinta años a una vida pletórica de emoción, tanto sentimental como sexual.

Sí, esa carta da tristeza; un genio de la observación humana se niega a conocerse a sí misma y a aceptarse como es.

Ahora hay que preocuparse, además, de Maurice, cuya aguda sensibilidad es asaltada por las burlas de sus compañeros, que siguen llamando a su madre con los peores epítetos. George consigue que Casimir le permita dejar el colegio y proseguir su educación en Nohant con profesores particulares.

Empieza ya a darse cuenta de que la vida que lleva acarreará disgustos a su descendencia, y le pide a Musset que le devuelva sus cartas de amor para que un día no caigan en manos de su hijo, pero el poeta se niega a desprenderse de algo muy querido para él.

En su vida literaria, por otro lado, no hay más que satisfacciones. Ya tenía el *succès d'estime*, es decir, el éxito entre colegas y críticos; ahora, además, tiene el del público, que no deja de reclamar nuevas ediciones de sus libros.

Lo curioso es que ahora es Didier quien, al notar una creciente frialdad por parte de ella, anuncia su ruptura y le exige que le devuelva sus cartas. Sarcasmo de Aurore, que se considera muy por encima del joven escritor en fama y talento: «¿Temes

que publique tus cartas y comprometa tu reputación? Con esas tonterías me harías reír si no me hicieses llorar.»

La ruptura con Didier no le afecta demasiado, porque sigue pensando en alguien más sólido e importante en su vida: Michel; pero éste no contesta a sus cartas, y ella insiste empleando, sin darse cuenta (suele ocurrir al lector-escritor, que ya no sabe qué es lo suyo y qué es lo ajeno) la metáfora de ser dos en uno: «Existe un mundo invisible, desconocido, donde los dos hemos vivido y donde los dos éramos uno [...] tú eres la mitad de mi ser.»

Frases incandescentes que resultan inútiles. Michel ha encontrado un nuevo amor, y en su trabajo, una forma de escapar de la exigente Aurore. «Gracias a Dios estoy curado. Él me guarde de volver a vivir contigo.»

George sólo tiene una forma de volver a verlo, y es enfermar: una congestión cerebral asusta a Michel, que temiendo ser el responsable, accede a encontrarse con ella cuando se restablece. Siguen días de pasión, que provocarán esta frase definitiva por parte de ella, que al separarse le escribe: «Desafío a cualquier hombre o mujer a quererte como yo te quiero.»

Mientras tanto sigue trabajando en su próxima novela, *Mauprat*, donde, como es su costumbre, traslada los pensamientos y sentires que sus aventuras con Michel le inspiran. Es como un sistema de vasos comunicantes: todo lo que siente en la vida va trasladándolo al libro que la ocupa en ese momento. Una buena observadora, madame de Girardiu, resume agudamente en el periódico *La Presse* esta situación a propósito de un cotilleo más, esta vez

sobre George y un famoso abate: «La unión de monsieur Lamennais y George Sand hace hablar a mucha gente. A nosotros una nueva amistad de George Sand nos complace, porque cada uno de sus amigos se convierte en un tema; cada nueva relación en una novela. La historia de sus afectos está íntegra en el catálogo de sus obras.» Sólo falta añadir que ese catálogo era ya muy amplio…

Porque, además, el acto sexual, en lugar de agotarla, le da nuevas fuerzas para escribir. Tras cada cita amorosa con quien al parecer es un atleta en la cama, nota «una dulce fatiga». Y se pone a trabajar afanosamente para terminar *Mauprat*.

Esa ansia sexual termina cuando Michel le dice claramente que se aleja de ella para pasar una temporada en la costa mediterránea. Ella quiere seguirle como sea, «como un perro o un negro», es decir, un esclavo, pero no le sirve de nada.

«He sufrido mucho», resume George tras ese final que la humilla. Afortunadamente para su ego, acuden a Nohant los posibles sucesores de Michel. Uno que «repite», Charles Didier, y otro nuevo, el actor Pierre-François Bocage. El teatro era un género literario que faltaba —aparte de Marie Dorval— en la lista que comentábamos antes.

Pero entra con fuerza. Después del actor llega un autor de dramones de fama: Félicien Mallefille.

En esa gran época muere Sophie-Victoire, la madre de George Sand, que escribe su epitafio con imparcialidad no exenta de cariño:

Pobre mujer: fina, inteligente, artista,
colérica, generosa, un poco loca; malvada

> *en cosas pequeñas volviéndose buena en las grandes. Me hizo sufrir mucho, y mis grandes males me vienen de ella.*

Dejo al lector que me ha seguido hasta aquí decidir cuántos males hay que achacar en el caso de Aurore-George a la herencia genética y cuántos a sus caprichos personales.

Ahora parece tener menos, porque acepta la separación total de Michel tras un último encuentro, tempestuoso en lo sexual y en lo mental. En el fondo, se consuela: «Sé que a su manera él me quiere.» Esto antes no le habría bastado; los hombres tenían que amarla a la manera que imponía ella, George Sand.

EL ALBA Y LA MAÑANA
(DE ÉL)

Entre Polonia y Francia ha habido siempre una simpatía curiosa, dado que se trata de pueblos de etnias diferentes: latino uno, eslavo el otro. Políticamente quizá les una el temor común al poderoso vecino que comparten, los germanos, que con nombres diversos —Prusia, Austria— han constituido a lo largo de la historia un peligro para los dos...

Un pequeño ejemplo de la simpatía franco-polaca es la presencia en un castillo de la condesa Skarbek, en las afueras de Varsovia y a principios del siglo XIX, de un preceptor francés que enseñaba su lengua al hijo de la dueña del lugar. Al igual que en Rusia, este idioma era el que usaban comúnmente los miembros de la aristocracia, en parte por esnobismo y en parte para no ser comprendidos por el ingente número de criados que pululaban por la mansión.

Entre ellos estaba, en calidad de señorita de compañía, una muchacha llamada Justine Kryzanowska, apellido que equivale a «La Cruz» en castellano. La muchacha era bella, rubia, tocaba el piano, sabía francés y le gustaba practicarlo con el preceptor. Entre los verbos que conjugaban surgió el de amar, y un día descubrieron que se sentían inclinados el uno hacia el otro.

En esos casos, y en aquel tiempo semifeudal, una unión entre servidores tenía que gozar del beneplácito de los señores de la casa. La condesa Skarbek dio el visto bueno y en 1806 el francés y la polaca se casaron en la iglesia del pueblo vecino.

Con el matrimonio llegó un cambio de estatus: ambos dejaron su puesto en el castillo, él para pasar a ser profesor del nuevo Liceo Francés que Napoleón había fundado en Varsovia, y ella para cuidar de su esposo y proceder a darle los hijos que Dios, único organizador de la vida humana, según el fuerte catolicismo polaco, tuviera a bien enviarles.

Fueron primero dos hijas, Isabelle y Louise. Después, el 1 de mayo de 1809, nación un varón, que amadrinó la condesa Skarbek imponiéndole el nombre de su propio hijo, es decir, Frédéric...

El niño nació con la tez clara y el cabello rubio ceniciento de su madre. Fue dulce y cariñoso desde muy temprana edad, y pronto se aficionó a la música. Cuando su madre tocaba el piano, el pequeño se escondía debajo de éste, no porque estuviese asustado, sino porque le fascinaba la vibración de las cuerdas golpeadas por los mazos. A los tres años, en los pequeños conciertos de valses y mazurcas que daba su madre para que los niños de la vecindad bailasen, él escuchaba arrobado, sentado en un pequeño taburete y con la cabeza reclinada en el regazo de la pianista. Podía permanecer así durante todo el tiempo que durase la velada musical, sin dar la menor muestra de cansancio.

En la vida de los genios es fácil confundir la historia auténtica y la leyenda que surge después para adornar su existencia. No se sabe si la que si-

gue es cierta, pero la historia de los músicos —cosa que no sucede con los pintores o escritores— está llena de rasgos de precocidad —recuérdese a Mozart—, como la que cuentan de Chopin.

Según ella, a los cinco años Frédéric se levantó por la noche de su cama y bajó al salón donde estaba el piano... Al oírle su aya, le siguió y, escondida detrás de los cortinajes de la puerta, vio asombrada que el pequeño se encaramaba con esfuerzo al taburete y empezaba a tocar las composiciones que acostumbraba a oír interpretadas por su madre (la leyenda no explica cómo llegaba a los pedales). Ésta, avisada por el aya, se acercó a él después de oírle un rato y le abrazó cariñosamente.

—Muy bonita, Fritz; ahora tienes que irte a la cama.

—Mamá, sólo me preparaba para tocar en tu lugar cuando te canses.

Una vocación declarada tan paladinamente requiere una preparación musical que sus padres, felices, le facilitaron al cumplir los seis años de edad.

Resultó un alumno tan aventajado que, aparte de interpretar perfectamente composiciones ajenas, las entremezclaba con las propias en sucesivas y hábiles variaciones. A los pocos meses un cariacontecido profesor confesaba a los padres que le habían contratado que su trabajo era inútil: le había enseñado todo lo que él sabía, y a partir de ese momento tendría que ser él quien aprendiera de su alumno. El pajarillo se había convertido en un águila pronta a levantar el vuelo. Lo que no tardaría en ocurrir.

Su fama se extendió como las ondas en la super-

ficie de un lago tras percibir el impacto de una piedra. Después de su familia, los primeros en conocer su arte fueron los vecinos, a quienes asombro con un concierto. A Frédéric lo había vestido su madre para la ocasión con una chaqueta de terciopelo coronada por un gran cuello blanco almidonado. Estaba tan orgulloso de su elegante apariencia (empezaba a mostrar su afición por el bello atavío, que luego fue una de sus características) que cuando su madre le preguntó qué le había gustado más de su primera aparición en público, él contestó muy serio: «Mi cuello…»

Esa misma ropa fue la que llevó al palacio del gobernador ruso, el gran duque Constantino, cuando éste, al oír ecos del mérito del joven músico, le invitó/ordenó que acudiera a tocar para él y sus invitados. Desde lo alto de su atlética figura, con el uniforme cargado de condecoraciones, miró al pequeño, que no parecía intimidado en presencia del amo de Varsovia, donde sus tropas habían sustituido a las del derrotado Napoleón.

—¿El señor Chopin? —le espetó irónicamente, y el pequeño sin inmutarse, haciendo una reverencia, precisó:

—Me llamo Frédéric Chopin.

—Pues bien, señor artista, tocad lo que queráis.

El pequeño intérprete así lo hizo; en aquel momento, aparte de sus acostumbradas mazurcas, interpretó una marcha militar. El gran duque, como buen soldado, la apreció tanto que, tras ir siguiendo el compás con el bastón de mando, dio orden de que se transcribiese la composición y que en adelante la banda de su guardia la interpretara en sus pa-

seos militares. Sería la primera vez que Chopin oyera sus composiciones a través de instrumentos distintos del piano, lo que le produjo una agradable sensación de triunfo.

Esta misma sensación la experimentaba también cada domingo en la iglesia donde había empezado a tocar el órgano en los oficios solemnes. También allí, y a pesar del respeto debido al lugar, en vez de seguir fielmente la partitura que le daban, improvisaba en múltiples variaciones que atraían la atención de los componentes del coro; éstos se acercaban a oírle con gran indignación del sacristán encargado del orden en el templo.

Un ser vanidoso se habría sentido importante y hubiese resultado insoportable ante tales éxitos cuando tenía sólo diez o doce años. Pero Chopin no era vanidoso; era orgulloso, que es muy distinto. Al saberse buen músico desde que escribió las primeras notas en una partitura, le parecía natural que su arte fuera reconocido, por lo que no necesitaba mostrar a los demás la superioridad que tenía sobre ellos... Por el contrario, era un muchacho sociable y dispuesto siempre a gastar bromas.

Con sus hermanas, Isabelle, Louise y Emilie, nacida después que él, inventaba personajes cómicos que luego interpretaban frente a los encantados padres y amigos de la familia.

«Chopin, Frédéric: Capacidad asombrosa; genio musical.»

Tal era la ficha del nuevo alumno del Conservatorio de Varsovia redactada por su director Joseph

Eisner, encargado, además, de enseñarle la asignatura de armonía. Es un texto importante; por fría y administrativa que sea esta clase de documentos, el profesor no ha podido por menos que anotar el pasmo que le produce el nuevo discípulo.

Pero por genial que sea el recién llegado, este enseñante no tira la toalla ante su trabajo. Hay cosas que él sí puede enseñarle..., como la técnica y la obligación de redondear sus composiciones con un trabajo paciente.

Chopin ya ha escrito la marcha militar citada; ahora termina un rondó, el primer movimiento de una sonata, con la que todavía no se atreve.

En cuanto a las pequeñas piezas, no dejaba de crearlas; si se le ocurrían por la noche estando en la cama, se levantaba y las transcribía rápidamente en papel sin pérdida de tiempo, por temor a que se le borrase la inspiración. En su deseo de facilitarle una tarea que admiraban tanto como respetaban, sus padres habían instalado un estudio en la buhardilla de la casa, donde tenían un viejo piano.

Chopin, cuya fama crecía continuamente en el ambiente local, era invitado a tocar en cualquier fiesta de Varsovia. Pero la alegría que sentían sus padres ante cada invitación, muestra de la creciente popularidad del hijo, se ensombrecía ante el aspecto enfermizo del muchacho, preocupación que aumentó cuando la pequeña Emilie, compañera constante de juegos de su hermano, se puso enferma precisamente del pecho y falleció; tenía catorce años. La muerte entristeció doblemente a la familia; por sí misma y por lo que podía representar de amenaza para Frédéric.

Por ello, decidieron enviarle al campo para que respirara mejores aires que en Varsovia. Un admirador suyo, el príncipe Radzwill, aficionado a la música, le ofreció, encantado, alojamiento en su castillo durante una temporada. Allí Chopin se deslumbró ante la exhibición de lujo de la alta sociedad polaca, afición que tendrá toda su vida. Era un ambiente en que su buen gusto, muy destacado a pesar de su humilde cuna, podría sentirse satisfecho. Música y elegancia se reunían en los bailes celebrados en los amplios salones. En ellos vio por vez primera bailar en gran estilo la danza tradicional del país, la polonesa, que se iniciaba con el señor de la mansión ofreciendo su mano a la invitada de honor y acompañándola, al son de la orquesta, salón tras salón, mientras las otras parejas se iban uniendo a ellos hasta formar un conjunto que se movía graciosa y elegantemente al compás de una música tradicional que Chopin reproduciría cientos de veces, sobre todo, cuando, en su exilio de París le sirva para sentirse más cerca de la tierra donde había nacido, en esos momentos sojuzgada por el extranjero.

A los quince años, Chopin, según sus contemporáneos y sobre todo para ellos, era bello, «un ángel» con una dulce tristeza en la mirada. De los muchachos de su edad, en cambio, le separaba, además de su arte, su poco interés y disposición para los ejercicios deportivos, tales como la caza o la equitación, que detestaba; «lo hago como un mono sobre un oso», decía él mismo riendo.

Era también torpe con cualquier instrumento no musical que intentara coger. El campo no era para

él, como para sus camaradas, un lugar de excursión donde comer y beber hasta caer borracho, sino un motivo de inspiración para sus obras, desde el canto de un pájaro al vuelo de un moscardón y el rumor del viento agitando unas ramas.

El joven alumno empezaba ya a tener sus propios discípulos, entre ellos los hijos de su anfitrión, Eloise y Wanda Radzwill. Era otra de sus admiradoras, Maria Wodzinska, hermana de un compañero de colegio, a quien le interesaba, además del músico, el adolescente. Cuentan que una vez, tras oírle una interpretación en su casa, le preguntó algo obvio:

—¿Te gusta la música, Fritz?

—Naturalmente —contestó Chopin.

De forma tan ilógica como femenina, señaló entonces Maria:

—A mí también. Entonces, si quieres, cuando seamos un poco mayores nos casaremos.

A Chopin le gustó la idea, aunque le parecía algo precipitada. En aquellos momentos sólo quería embriagarse de música, la que oía en Varsovia y la que podía escuchar fuera.

A los diecinueve años tiene la primera oportunidad de viajar al extranjero. Un amigo de su padre se ofrece a llevarlo a Berlín, donde tiene que asistir a un congreso científico. Nicolas le da su permiso y Frédéric se entusiasma ante la oportunidad que se le presenta de asistir a grandes conciertos en la capital de Prusia.

De estos primeros viajes tenemos un testimonio de primera mano: las cartas que Chopin enviaba a sus padres y, sobre todo, a su amigo de la infancia Tito Woyciechowski. Aunque las primeras son más

formales y las segundas más sinceras —como ocurre siempre—, en todas se transparenta una observación acerada de los lugares que visita y un conocimiento de la gente asombroso en alguien que sólo cuenta dieciocho años. Véase, como muestra, su escepticismo ante las dotes concertísticas de la hija de su anfitrión.

> Berlín, martes [16 de septiembre de 1828].
>
> Mis queridísimos padres, adoradas hermanas:
>
> El domingo, hacia las tres de la tarde, nos ha dejado la diligencia en esta ciudad demasiado grande. Desde la parada nos han conducido enseguida a la posada del Kronprinz, donde todavía estamos. Nos encontramos a gusto y confortablemente. El primer día de nuestra llegada, el señor Jarocki me llevó a casa de Lichtestein, donde vi a Humboldt. Lichtestein me ha prometido que me presentará a los mejores maestros de mi arte, expresándome, al propio tiempo, lo mucho que ha sentido el que no hayamos llegado un día antes, pues hoy mismo, por la mañana, su hija había dado un concierto con acompañamiento de orquesta [...] Por este lado, tanto se me da el retraso, pensaba yo para mis adentros. ¿He sido profeta? No lo sé todavía, puesto que no la he visto hasta ahora y, por consiguiente, tampoco la he oído.

Chopin va a Berlín sobre todo a oír música y sus amigos le tienen preparado un programa al respecto, aunque los aspectos sociales del mismo perjudican al artista, problema que, por cierto, se le planteará a lo largo de toda su vida.

El domingo, día de nuestra llegada, se ponía en escena *Das unter brochene Opferfest*, de Winter. Mi visita al señor Lichtestein me ha impedido asistir a esta ópera. Ayer tuvo lugar una comida entre estos sabios (para mí caricaturas) que he dividido ya en tres categorías bajo la presidencia, no de Humboldt (pues éste hace muy buen papel), sino de una especie de monigote de cuyo nombre no me acuerdo, aunque lo tengo anotado bajo un retrato que he hecho de él. Esta comida, que no acababa nunca, me privó de asistir al concierto del joven violinista, de nueve años, Birnbach, a quien se elogia bastante. Hoy tengo que ir a ver *Hernán Cortés*, la famosa ópera de Spontini; en fin, para que no se acabara todo otra vez por caricaturas, le he rogado a Jarocki que me permitiese comer solo. Después de lo cual, me he puesto a escribiros esta carta; luego iré a la ópera. Se anuncia la llegada de Paganini, el célebre violinista; puede que la noticia se confirme.

[...] Hasta ahora, excepto el gabinete de zoología, aún no he visto nada. Conozco, sin embargo, la mayor parte de la ciudad; durante estos dos días no he hecho más que perder el tiempo por las más bellas calles y visitando los puentes. No me esforzaré en enumeraros los más importantes monumentos, os contaré todo a mi regreso. Mi impresión de conjunto sobre Berlín es que es desmesurado; el doble de población cabría aquí perfectamente.

Este adolescente sabe lo que quiere y lo que ha ido a buscar a la capital de Prusia; por eso, cuando le distraen con otros aspectos, por culturales que sean, se lamenta del tiempo perdido.

Habría preferido pasar la mañana en casa de Shlesinger, mejor que estar dando vueltas por las trece salas del Museo de Zoología, que es, indudablemente, de un gran interés, pero el almacén musical de la susodicha persona habría sido de mayor utilidad para mí. Lo que abunda no daña, así es que también iré a verlo. Esta mañana, asimismo, he visitado dos fábricas de pianos: Kisling vive al final de la Friedrichstrasse, pero no tenía ni un solo instrumento terminado, y di el paseo en balde. Felizmente, el dueño de nuestra casa posee un piano, y puedo tocar en él. Nuestro patrón me admira todos los días cuando voy a visitarle (o más bien, cuando voy a visitar a su instrumento).

El viaje no fue tan malo como habría podido creerse al principio, y aunque en estas diligencias prusianas, montadas sobre barras, se siente uno pulverizado como pimienta en un molino, no he acabado mal del todo, por lo que veo, puesto que me encuentro bien, y hasta perfectamente bien.

En cuanto a nuestros compañeros de viaje, eran un abogado alemán, vecino de Poznan, que se distinguía por sus pesados chistes, y un agrónomo, hombre grueso, a quien las diligencias —pues ha viajado mucho— han terminado por dar una educación. Tal fue nuestra compañía hasta la última parada antes de Francfort, donde montó una Corinna alemana, pródiga en *ach¡*, *ja* y *nein*, en una palabra, una verdadera muñeca romántica. Pero resultó divertido, pues durante todo el camino fue discutiendo con su vecino, el abogado.

Su sentido de la observación le hace admirar el orden y la limpieza que impera en la ciudad prusiana. Luego muestra la especial sensibilidad que le acompañará siempre. Una mirada de través puede

estropearle la reunión más amable, susceptibilidad que no le impide fijarse en algo importante para un pianista: las manos ajenas.

> Pasado mañana comienzan las conferencias, para las cuales Lichtestein me ha prometido darme una invitación. El señor Jarocki quería hacer gestiones para que me permitiesen entrar, pero le rogué que no hiciese nada, porque eso no me serviría de gran cosa, y también porque esas cabezas extranjeras podían mirarme mal, al ver a un profano en su círculo. Por otro lado, no quiero que me ocurra nunca el estar fuera de mi lugar. Tan es así que, ya en la mesa, me pareció que mi vecino me miraba de reojo. Era un profesor de botánica de Hamburgo, un tal señor Lehmann. Le envidié sus grandes dedos. Mientras a mí me hacen falta las dos manos para partir el pan, a él le basta una sola para hacerlo papilla. Zabka tenía también unas manos como un oso. Se puso a charlar con el señor Jarocki por encima de mí, se acaloró en el curso de la conversación y se distrajo, hasta el punto de meter sus dedazos en mi plato, del que se puso a barrer las migas. (Es un verdadero sabio, porque tenía, además, unas narizotas deformes.) Sentado como sobre alfileres mientras barría mi plato, tuve que frotarlo después enérgicamente con mi servilleta. Marylaski no tiene ningún gusto si dice que las berlinesas son guapas. Visten bien, es cierto, pero da lástima ver estas admirables muselinas arrugadas por semejantes muñecas de trapo.
>
> Vuestro Frédéric, que os quiere muy de veras.

Un joven puede enamorarse de otra adolescente como Maria Wodzinska pero, si además es artista, lo

lógico es que lo haga de alguien unido a su profesión. Cuando Chopin ve a Constanza Gladkousk, una compatriota, cantando en la Ópera de Varsovia, se deslumbra ante su belleza y una voz que le hace vibrar.

Por su parte, él le dedicaba mentalmente las canciones que componía, y tras conocerla ha conseguido que asistiera en primera fila a uno de sus conciertos.

Además, en su primera entrevista a solas obtiene de ella un regalo típicamente romántico: la cinta con que la muchacha se ata los cabellos y que él, en una carta a su buen amigo Tito, asegura que la llevará siempre junto a su corazón.

Constanza tiene que regresar a Viena, y él promete seguirla; tras verla a la salida de la iglesia, éstas son las palabras que le escribe: «Mis ojos han sorprendido tu mirada. Me precipité a la calle y necesité un cuarto de hora para volver en mí. Verte y no tenerte es espantoso para mí, pero, suceda lo que suceda, el sábado iré a Viena. Guardaré mi música en la maleta, tu cinta en mi bolsa, ésta me la echaré al hombro. ¡Adelante! ¡A la diligencia!»

¡Qué felicidad unir trabajo y placer en la misma velada! Constanza actuará en otro concierto suyo cantando la *Cavatina* de Rossini.

Chopin, ya avezado maestro de ceremonias, le saluda en el escenario cuando termina la canción haciéndole una reverencia y, al irse Constanza de escena, toca, primero para ella y después para el numeroso público, un tema popular polaco: *En la cuna acostado y los perros dormidos*, pero a su personal manera, esto es, haciendo decir a la partitura mil

cosas que jamás imaginó el autor. Los reiterados aplausos le hacen salir a saludar cuatro veces, pero él ve sólo las manos enguantadas de Constanza, que palmotean mostrando su entusiasmo. Ahora está seguro de que unirá su necesidad de viajar y darse a conocer, al amor, intentando la seducción, tanto con su figura como por medio del arte.

En sus optimistas planes hay (lo habrá siempre) una sombra fúnebre que gravita sobre sus proyectos felices; es la sombra de la muerte, que en su caso, aparte de una salud endeble, se mece en las banderas del águila rusa en los edificios de su ciudad. Un amigo suyo lee esta despedida:

> Tengo el presentimiento de que abandono Varsovia para no volver más a mi hogar. Estoy seguro de que me despido para siempre de mi país, ¡qué triste debe ser morir en una tierra distinta de aquella en que has nacido!

Por una vez, su pesimismo no era exagerado. La incomodidad que causaban día a día los ocupantes de la ciudad, el resentimiento de los polacos, cada vez más ofendidos por la petulante ocupación extranjera, vaticinaban un futuro tan incierto que a los amigos y admiradores de Chopin les parecía oportuno que el artista preclaro en quien todos creían tuviera, al menos él, la oportunidad de escapar del incendio mientras tuviera tiempo; así en el extranjero podría mantener vivo, con su música, el recuerdo de la Polonia oprimida.

Tan seguros estaban todos de que aquella despedida era para siempre que, tras ofrecerle un banque-

te en un restaurante de las afueras, donde se tocó en su homenaje una cantata compuesta por su viejo maestro Elsner, éste, en nombre de todos, le ofreció una copa de plata llena de tierra patria para que le acompañara simbólicamente en su vida. Chopin lloró al recibirla, asegurándoles que estaría siempre a su lado para recordarle la patria perdida.

(Y cumplió su promesa. Al morir en París muchos años después, y de acuerdo con sus instrucciones, sus deudos vertieron sobre el féretro aquellos granos de tierra que simbolizaban su origen.)

Su sensibilidad y temor del «qué dirán» no perturban a Chopin cuando se trata de exhibir su arte de compositor y pianista. Este adolescente se puede presentar ante cualquier público, por importante que sea, sin petulancia, pero también sin la menor muestra del *trac* que acompaña a cualquier ejecutante ante un público nuevo. Ésta es su relación del primer concierto en Viena.

> Viena, miércoles 12 de agosto de 1829.
> Queridísimos padres:
> Ya habéis sabido por mi última carta que me he dejado convencer para dar un concierto; así pues, ayer, es decir, el martes, a las siete de la tarde, me he presentado ante el público, nada menos que en el Teatro Imperial y Real.

Así, sin vanidad pero sin temor alguno y...

> Presentarse en escena se llama aquí *eine Musikalische Akademie.* Como la cosa no me produjo

ningún beneficio económico, ni yo hice nada para que me lo produjese, el conde de Gallenberg adelantó la fecha del concierto, y compuso así el programa:

Obertura, de Beethoven.

Mis *Variaciones*.

Canto de la señorita Velthein.

Mi *Rondó*.

Después, otra vez canto y, por último, un pequeño ballet para completar la velada. En el ensayo general, la orquesta acompañaba tan mal que transformé el *Rondó* en *Freie Phantasie*.

Y la relación del éxito conseguido se da también sin el menor asomo de vanidad. Era un hecho, para él, esperado..., y además se debe en parte a la buena disposición de un público enterado.

Cuando aparecí en el escenario, fui acogido con bravos; después de cada variación hubo tal cantidad de aplausos que no podía oír siquiera las *tutti* de la orquesta. Cuando acabé, se me aplaudió de tal manera que hube de salir por segunda vez y saludar. La *Freie Phantasie*, aunque no me salió para tanto, fue acogida aún más calurosamente, y tuve que aparecer una vez más en el escenario. Si he hecho un papel más airoso de lo que pensaba, es porque los alemanes saben apreciar las cosas.

Y desde Berlín a Dresde donde, por vez primera, Chopin tiene que firmar en un álbum. ¿Cómo? Como lo requiere su profesión.

Dresde, 26 de agosto de 1829.

Estoy bien y muy contento. Hoy habría hecho

una semana que me encontraba en Viena y aún no sabía si vendría a Dresde. Hemos visitado Praga como un relámpago, pero no sin haber hallado en la visita un gran provecho. Hanka quedó encantado de tener por mí noticias del señor Skarjek. Hubimos de inscribirnos en su libro, consagrado a las personas que visitan el Museo de Praga y, sobre todo, a aquellas que él tiene en mayor estima. En él figuran ya Brodzinsky, Morawski, etc.; cada uno de nosotros dejó correr allí la pluma; el uno, en verso; el otro, en prosa. ¿Qué debía hacer un músico? Por fortuna, Maciejowski tuvo la idea de escribir cuatro estrofas para una mazurka, a las que he añadido una música, inscribiéndome así, con mi poeta, de la manera más original posible. Hanka se alegró, pues era una mazurka para él y dedicada a sus méritos en la acción en favor del eslavismo.

Siguen las visitas, tanto turísticas como profesionales. Las cartas de recomendación de sus profesores para músicos locales van enhebrándose con otras en un amable conjunto de alabanzas y ofertas.

No voy a describiros todos los bellos lugares que nos mostró; me falta espacio para hablaros de la magnífica iglesia catedral, con un san Juan Nepomuceno de plata, la hermosa capilla de San Wenceslao, incrustada de amatistas y de otras piedras preciosas… Cuando llegue os contaré todo eso.

Las cartas para Pixis, Blaketha y Wurfel han tenido por resultado unas recepciones muy corteses. Pixis dejó sus lecciones, me retuvo a su lado y me interrogó sobre toda clase de asuntos. Al echar una mirada a su escritorio, he visto una tarjeta de visita de Klengel; le he preguntado si no sería algún

homónimo del célebre dresdense que se encontrara en Praga, pero me ha respondido que es el mismo Klengel que acaba de llegar, y que —al no encontrarle en casa— ha dejado una tarjeta de visita.

La noticia me agradó mucho, porque en Viena me habían dado una carta para él. Se lo dije a Pixis y éste me invitó a que fuese a verle por la tarde, a la hora en que debía volver Klengel. Nos encontramos en la escalera. Le escuché tocar sus fugas durante dos horas. En lo que a mí respecta, no toqué, porque no me lo pidieron. Toca bien, pero me hubiera gustado que tocase mejor (silencio). Klengel me dio una carta: *«All Ornatíssimo Signor Cavalière Morlachi, primo maestro della Capella Reale»*, en la que le ruega, según me ha dicho, que me enseñe todo el *Wesen* musical de Dresde y después me lleve a casa de la señorita Pechwell, alumna suya y, en su opinión, la mejor pianista de la localidad. Estuvo muy atento; antes de marchar pasé lo menos dos horas en su casa.

Y entre las noticias del artista los incidentes del joven, como la equivocación de cuarto en el hotel; al «Buenos días» en alemán del sorprendido huésped, contesta Chopin con un avergonzado «Perdone, por favor».

En total, hemos permanecido tres días en Praga. El tiempo pasaba sin sentir. Continúo siendo muy distraído; así, por ejemplo, la víspera de la marcha salgo de mi habitación con toda la ropa desabrochada y entro en otro cuarto, donde de repente un viajero, muy asombrado, me saluda con un *«Guten Morgen»*. *«Bitte und verzeihung»*, respondo, saliendo a toda prisa. En verdad que las habitaciones se parecían mucho.

Siguen los conciertos en casas principescas a las que lo invitan sus nuevos amigos. De cada uno de ellos Chopin da la versión musical, pero también la humana, con gran sentido del humor en el retrato de los participantes.

> [...] Lempicki me rogó que le acompañase por la noche a casa del príncipe Clary, donde me dijo que se encontraba como en su propia casa y que durante la comida, le hablaría de mí al príncipe. Como habíamos pasado el día visitando los alrededores, acepté.
>
> Entramos: *Kleine aber honette kompagnie* (una compañía pequeña pero buena). Una especie de príncipe austriaco, un general de cuyo nombre no me acuerdo, un capitán de la marina inglesa, algunos jóvenes elegantes, príncipes austriacos según parece, un general sajón llamado Leiser, cargado de condecoraciones y con una cicatriz en la cara.
>
> Cuando el té estuvo servido, y después de haber hablado extensamente con el príncipe, su madre me invitó a que me «dignase» sentarme al piano (un excelente piano Graf). Me digné, y les rogué, a mi vez, que «se dignaran» ellos, también, darme un tema para improvisar. Inmediatamente, entre las mujeres que estaban bordando y trabajando con el huso sentadas alrededor de una gran mesa, se dejó oír un murmullo: «Un tema, un tema.» Tres encantadoras princesitas se pusieron a discutir; al fin, una de ellas dio cuenta al señor Frietsch (administrador, sin duda, del joven Clary) de su deliberación. Éste, con el asentimiento general, eligió un motivo del *Moisés*, de Rossini.
>
> Improvisé, e indudablemente con bastante éxito, puesto que enseguida tuve una conversación con el general Leiser, quien, al saber que me diri-

gía a Dresde, escribió inmediatamente al barón de Friesen la siguiente carta: «Se recomienda al señor Chopin, de parte del general Leiser, al señor barón de Friesen, maestro de ceremonias de S.M. el Rey de Sajonia, para que le sea útil durante su estancia en Dresde y le procure el conocimiento de algunos de nuestros primeros artistas.» Y debajo, en alemán: *«Herr Chopin ist selbst einer der vorzuglichsten Pianospieler, die ich bis jetzt kenne.»*[1] Tal es, palabra, el texto del billete del general Leiser, escrito a lápiz y sin cerrar.

Aquella misma noche toqué aún cuatro veces más, y las princesas hubiesen querido que me quedase en Teplitz para comer con ellos al día siguiente. Lempicki llegó incluso a ofrecerse para llevarme a Varsovia si consentía en hacerlo, pero yo no quería abandonar a mis compañeros, y me excusé agradeciéndolo mucho.

Así pues, ayer, a las seis de la mañana, salí de Teplitz, y en un coche alquilado por dos *thalers*, regresamos a Dresde a las cuatro de la tarde. Aquí he vuelto a ver enseguida a Lewinski y los Labencki.

Como se ve, cada interpretación le valía una carta-eslabón en la cadena de recomendaciones que favorecería la etapa siguiente de su viaje al permitirle contactar con gente importante y de varia altura en el mundo musical; son conocimientos que Chopin toma de forma natural, permitiéndose incluso de vez en cuando un comentario burlón, como lo haría un pillín desvergonzado; por ejemplo, «¿Qué os parece, eh?», al final de la carta citada.

1. En alemán en el original: «El señor Chopin es uno de los mejores pianistas que haya conocido hasta ahora.»

P.D. El maestro de ceremonias, barón de Friesen, me ha recibido cortésmente y me ha preguntado dónde me había alojado; declaró que, con gran sentimiento de su parte, el chambelán encargado de la capilla estaba ausente, pero que él se informaría para saber quién lo reemplazaba, y que, por corta que sea mi estancia en esta ciudad, haría todo lo posible por servirme. Ceremonia y muchos saludos.

He visto el Museo de Pinturas, la exposición de productos regionales, los parques dignos de admirar, he hecho algunas visitas y ahora voy al teatro; creo que es bastante para una jornada.

Segunda P.D. Mi carta ha esperado mi vuelta por la noche, ya tarde; vengo de ver *Fausto*. Hubo que hacer cola desde las cinco, delante del teatro; la función ha durado desde las seis hasta las once. Devrient, a quien ya he conocido en Berlín, hacía el papel de Fausto. Precisamente, hoy se festejaba aquí el ochenta aniversario del nacimiento de Goethe. Horrible, pero gran fantasía. Durante el entreacto se tocaron trozos de la ópera del mismo nombre de Spohr… Voy a acostarme… Mañana por la mañana espero a Morlachi, que me llevará a casa de la señorita Pechwell. ¡No soy yo quien voy a su casa, sino él quien viene a la mía! ¡Ja, ja, ja…! ¡Buenas noches!

Vuestro

FRÉDÉRIC.

La versión que da Chopin de ese concierto vienés a su amigo Tito, ya de regreso en Varsovia, es mucho más descarada y graciosa. A sus padres no les había dado ningún detalle que pudiera preocuparles, como la distante actitud de la endiosada or-

questa vienesa ante el petulante joven polaco que pretendía tocar con ella.

Varsovia, 12 de septiembre de 1829.

[...] Viena me aturdió, me embriagó, me divirtió de tal manera que pasé dos semanas sin carta de casa y sin experimentar nostalgia alguna. Figúrate que en tan poco tiempo me hicieron tocar dos veces públicamente en el Teatro Imperial y Real. La cosa sucedió del modo siguiente: Hasslinger, mi editor, trató de persuadirme de que era preferible para mis composiciones presentarme en Viena, puesto que mi nombre es desconocido y mis composiciones difíciles y sin apariencia. Yo, que no pensaba de ningún modo presentarme y, por otra parte, hacía algunas semanas que no tocaba, respondí negativamente, alegando que no me encontraba en estado de exhibirme ante un público tan escogido; y en eso estábamos cuando llega el conde de Gallenberg, que es el autor de estos bellos ballets y que dirige el teatro. Hasslinger me presenta como a un miedoso a quien le asusta el público. El conde fue lo suficientemente amable para ofrecerme su teatro, pero yo estaba tan seguro de mí mismo que decliné la oferta. Al día siguiente llaman a mi puerta y entra Wurfel, que me conjura a tocar, diciendo que sería llenar de vergüenza a mis padres, a Elsner y aun a mí mismo, el no hacerme oír en Viena cuando se me presentaba la ocasión de hacerlo. Supieron aturdirme de tal modo que terminé aceptando el dar un concierto. Wurfel se puso manos a la obra, y al día siguiente se exhibían los carteles. Era imposible retractarme, y yo no sabía lo que iba a tocar, ni cómo.

[...] La orquesta me puso mala cara en el ensayo. Sobre todo porque, nada más llegar, comen-

cé a tocar, sin saber por qué, mis propias composiciones. Empecé el ensayo por las *Variaciones* que te he dedicado, que habían de ser precedidas por el *Rondó a la Krakowiak*. La cosa no iba mal, pero al principio tuve que comenzar varias veces el *Rondó*, mientras que la orquesta se equivocaba y se quejaba de mi mala escritura. El motivo de la confusión era que las pausas estaban indicadas arriba de diferente modo que abajo, aunque se había convenido en que sólo las de arriba debían tenerse en cuenta. En parte era culpa mía, pero yo esperaba que se me comprendiera; sin embargo, este desorden les puso furiosos, porque todos son compositores y virtuosos; en resumidas cuentas, me hacían tantas faltas que yo estaba a punto de ponerme malo pensando en la noche de mi presentación. Pero el barón Demar, director del teatro, se dio cuenta de que se trataba de un pequeño enfado de la orquesta, causado por Wurfel, que quería dirigirla, siendo así que no lo quieren, no sé por qué, y decidió que improvisase en lugar de tocar el *Rondó*. La orquesta se quedó con la boca abierta. En cuanto a mí, estaba tan irritado que acepté en mi desesperación, y quién sabe si este humor desgraciado y el riesgo que tenía que correr me sirvieron de aguijón para tocar mejor. Sin embargo, la vista del público vienés no me asustó, y como no es costumbre que la orquesta se quede en el escenario y se mantenga en su sitio, todo pálido, acompañado de un ayudante para volverme las páginas, todo colorado (aun cuando se envanecía de haber pasado las hojas a Moscheles, Hummel y Herz en sus actuaciones en Viena) me instalé ante un maravilloso instrumento, el mejor sin duda que hubiera salido de la casa Graf. Créeme, toqué a la desesperada. No obstante, las *Variaciones* hicieron tal efecto que, aplaudi-

> do al final de cada una de ellas, cuando hube terminado tuve que aparecer, una vez más, en la escena. El *Intermezzo* fue cantado por la señorita Weltheim, cantante en la corte del rey de Sajonia. Por fin, llegó el momento de las improvisaciones. No sé cómo pudo ser, pero salí del apuro de tal modo que, cuando acabé, fui llamado de nuevo a escena. Así terminó el primer concierto.

Aquí Chopin se queja de algo muy típico en los valores locales: que la prensa de su país les regatee los méritos que les conceden los extranjeros. Es una especie de resentimiento ante el hecho de que los valores propios sean apreciados mejor en otros países.

> Fui copiosamente alabado por los periódicos de Viena, pues para mí nada se me da de lo que dice *El Correo de Varsovia*; una semana más tarde toqué otra vez, también a petición suya, lo que me puso muy contento; no dirán que toqué una vez y me escapé. Tanto más cuanto que me empeñé en interpretar el *Rondó-Krakowiak*, que Gyrowtz, Lachner y otros maestros, así como la orquesta misma (perdóname si me expreso así) pusieron, en más de una ocasión, por las nubes, y fui llamado a escena dos veces. Tuve que volver a tocar también las *Variaciones*, pues gustaban terriblemente a las mujeres, así como a Hasslinger. Aparecerán en la colección Odeón; supongo que eso ya es bastante honor.

Y procede a quitarse la espina de su patria con citas de la capital de la música.

Un periódico vienés habla así de mi segundo concierto: «Es un joven que sabe encarrilarse en su propia vía; sabe agradar y se aleja notablemente de las otras formas de concierto», etc.; creo que es bastante, tanto más cuanto que termina diciendo: «El señor Chopin gustó también a todo el mundo.» Perdóname si tengo que citarte estas opiniones sobre mi propia persona, pero es a ti a quien escribo, y tales juicios me agradan más que todos los *Correos*. F. Chopin.

Sin embargo, ya va siendo hora, sobre todo después de las reservas con respecto a él, de buscar el triunfo en su propia ciudad. Con su acostumbrada sinceridad, Chopin escribe que no queda satisfecho del concierto. «No he causado sobre la masa el efecto que yo esperaba.»

A Titus Woyciechowski, Poturzyn, Varsovia, sábado 27 de marzo de 1830.

Nunca te he echado de menos como ahora; no tengo a nadie con quien explayarme, me faltas tú. Una sola mirada tuya después de cada concierto me anima más que todos los elogios de los periodistas, de Elsner, de los Kurpinski, de los Soliwa, etc. Inmediatamente después de haber recibido tu carta, he querido escribirte mi primer concierto, pero estaba de tal modo preocupado por los preparativos para el segundo, que tuvo lugar el lunes pasado, que cuando me dispuse a escribirte fui incapaz de coordinar los pensamientos. Lo mismo, a decir verdad, me sucede hoy; pero no voy a esperar a tener el espíritu reposado, porque es difícil que esto me ocurra, y el correo va a salir. Así pues, mi primer concierto, aun cuando la sala estaba llena y

desde tres días antes no se encontraban palcos ni butacas, no ha causado sobre la masa el efecto que yo esperaba. El primer *Allegro*, sólo accesible a la minoría, obtuvo algunos bravos, pero me parece que fue porque había que mostrar asombro e imitar a los entendidos. El *Adagio* y el *Rondó* causaron más efecto y se escucharon exclamaciones más sinceras, pero el popurrí sobre temas polacos, a mi entender, no alcanzó su finalidad, en modo alguno. Fui aplaudido, pero con el convencimiento de que había que hacerlo para darme la impresión, antes de abandonar el local, de que no se habían aburrido. Kurpinski percibió esa noche, en mi concierto, algunas bellezas nuevas, y Wiman, por otra parte, me confesó que no sabía qué había podido encontrar de bueno el público en mi *Allegro*. Ernemann estaba enteramente satisfecho, y Elsner deploraba que mi piano fuera sordo y que no se oyesen los pasajes tocados en los bajos. Esa noche, tanto en el paraíso como en el patio de butacas, todos salieron contentos; abajo se me reprochaba una manera de tocar que no era suficientemente perceptible —hubiera querido encontrarme en el café Cendrillon para oír los debates provocados por mi concierto—. Por eso Mochnacki, en el *Correo Polaco*, después de ponerme por las nubes en el *Adagio*, me aconseja, para concluir, más «energía». He adivinado dónde tenía que descubrir esta energía, y en mi segundo concierto no he tocado en mi piano, sino en un instrumento vienés.

Al parecer, en el instrumento residía el fallo, porque esta vez el éxito es total.

El general ruso Diakov tuvo la amabilidad de prestarme su piano, que es mejor que el de Hummel,

y sólo así el público, más numeroso todavía que en el primer concierto, salió enteramente satisfecho. ¡Qué de aplausos!, ¡qué de elogios! Que cada nota era comparable a una diminuta perla, que tocaba mejor en mi segundo que en mi primer concierto..., y luego, después de una llamada a escena, el público se puso a chillar, pidiendo un tercer concierto.

El *Rondó a la Krakowiak* ha causado gran sensación; los aplausos se renovaron cuatro veces. Kurpinski se lamentaba de que no hubiese tocado la *Fantasía* en el piano vienés —lo que al día siguiente reclamaba Grzymala en el *Correo Polaco*—. Elsner me declaró que sólo ahora, después de esta segunda audición, se podía emitir un juicio sobre mí, aunque, para ser totalmente sincero, yo hubiera preferido tocar en mi piano. Sin embargo, todas las opiniones coinciden en que el segundo instrumento estaba mejor adaptado a la sala.

Ya te es conocido el programa del primer concierto. El segundo comenzó por la *Sinfonía de Nowajowski* (por complacencia), después de la cual vino el primer *Allegro* del *Concerto*. Bielawski tocó las *Variaciones* de *Bériot*, después el *Adagio* y el *Rondó*. Comencé la segunda parte por el *Rondó a la Krakowiak*; después, la señora Mayer cantó bien las canciones de Soliwa de *Helena y Malvina*. Finalmente, yo improvisé, y esto gustó mucho a los palcos del primer balcón. Para hablarte sinceramente, no improvisé conforme a mi gusto, pues no habría estado al alcance de aquel público. Me admiro, sin embargo, de que el *Adagio* haya causado semejante impresión a todo el mundo; me hablan de eso por donde quiera que voy. Seguramente has leído los periódicos, al menos los principales, y puedes darte cuenta de que la gente salió contenta... F. Chopin.

La antipatía que nota Chopin en los austriacos se manifiesta en una burocracia indiferente cuando no hostil; a punto de marchar a Londres vía París, encuentra mil dificultades que transmite a su familia.

> Viena, 25 de junio de 1831.
>
> Estoy completamente bien de salud y éste es mi único consuelo, pues mi marcha no acaba de arreglarse y pasan cosas extrañas. Ya sabéis lo indeciso que soy; pues bien, a cada paso encuentro nuevos obstáculos. Todos los días me prometen el pasaporte para el día siguiente y me mandan de la Ceca a la Meca, para volver a anotar lo que he declarado en la policía. Hoy, incluso, he sabido una cosa nueva; mi pasaporte probablemente se ha perdido, y no sólo no piensan intentar las pesquisas necesarias, sino que tengo, otra vez, que hacer la solicitud para obtener uno nuevo. Todos sufrimos vicisitudes bien extrañas, y aunque preparado, no puedo salir. He seguido el consejo de Bayer; haré que me expidan un pasaporte para Inglaterra e iré a París. Malfatti me da una carta para Paer, un excelente amigo que tiene allí.

Además, sus finanzas no son muy boyantes.

> Administro mis gastos todo lo estrictamente posible y rodeo cada *kreuzer* de los mismos cuidados que si se tratase de mi sortija de Varsovia. Podéis venderla si queréis; para desdicha mía, ya os cuesto bastante.

Luego quiere distraer a sus padres de las penas contándoles sus excursiones, pero no puede evitar calificar, demasiado severamente, una costumbre local.

Anteayer hemos subido al Leopoldsberg y al Kahlenberg, con Kumelski y Czapski, que es mi huésped cotidiano y me manifiesta tales sentimientos de amistad que ha llegado a ofrecerme, en caso de necesidad, el dinero preciso para el viaje. La jornada fue espléndida. Nunca he dado un paseo más hermoso. Desde el Leopoldsberg se ve Viena entera: Wagram, Aspern, Presburgo, el monasterio de Neuburgo, el castillo en que Ricardo Corazón de León estuvo encerrado, y todo el alto valle del Danubio.

Al atardecer fuimos al Krafenwald, vallecito encantador, donde hemos observado una extraña costumbre de los chiquillos. Algunos muchachos se cubren de hojas de pies a cabeza y con este traje, como si fueran matorrales que bailan, abordan a los caminantes. Un chico así vestido recibe el nombre de *Pfingstkönig*. Es una manera de celebrar la Pascua de Pentecostés. ¡Estúpida originalidad!

Hace algunos días he pasado la velada en casa de Fuchs; me ha enseñado su colección de cuatrocientos manuscritos autografiados, entre los cuales se encuentra, ya encuadernado, mi *Rondó* para dos pianos. Fuchs me ha regalado una hoja manuscrita de Beethoven. Me ha causado mucha alegría vuestra última carta, donde todos los seres que me son queridos figuraban reunidos en una hoja de papel. Así pues, beso esas manitas y esos piececitos como no los hay en Viena.

El dolor y la nostalgia podían impedirle dormir, pero tenía que seguir su carrera y tocar, componer y atender a clientes y amigos. Su crédito seguía en aumento. Un día, para su asombro, encontró su nombre en el catálogo de la Biblioteca Imperial de

Viena; en él figuraba su apellido, Chopin, y un título: «Obras.»

«Alguien que se llama como yo —pensó—. ¡Qué raro!»

No era raro. Cuando le entregaron el volumen solicitado descubrió que era la edición de sus propias composiciones. Un editor sin escrúpulos, pero con evidente olfato musical, las había publicado sin consultarle —ni pagarle, claro—, con la seguridad de que tenía en las manos un éxito seguro.

En su trabajo, Chopin prepara su porvenir pero en cosas del corazón sigue recordando a la Constanza con la que estaba citado y que, debido a la guerra, tuvo que quedarse en Varsovia... En su correspondencia a los amigos que dejó en su patria, alude a ella empleando sólo su inicial, la C de Constanza:

> No me es posible completar su nombre porque mi mano es demasiado indigna para hacerlo. Me arrancaría los cabellos de desesperación al pensar que puede olvidarme. Decidles a mis padres que me siento feliz y me divierto mucho.

Una mentira piadosa para unos progenitores lógicamente preocupados por su bienestar.

> Si C. se burla de mí, decidle lo mismo.

Nueva mentira, esta vez «malvada», para corresponder a una pregunta frívola y sólo cortés. Pero si, por el contrario, ella se interesara de verdad por él, le abriría su corazón.

> Si gentilmente pide noticias mías, decidle que, lejos de ella, me siento solo y desdichado [...] ¿me quería de verdad o representaba un papel? ¡Qué difícil es adivinarlo! ¿Sí o no? Sí, no, no, sí. Sí; es seguro. Pero que se cumpla su voluntad.

Mientras tanto, su vida en Viena, si bien es gratificante en cuanto a la música —la ciudad la vive intensamente en todas sus facetas y él tiene gran éxito—, no lo es tanto en lo que se refiere a la parte humana. Chopin es polaco, y los austriacos —él no lo olvida ni lo olvidan ellos— contribuyeron eficazmente a repartirse por dos veces Polonia de acuerdo con rusos y prusianos. (A propósito de lo injusto y de aquel último tratado con estos últimos, Chopin oye el cínico comentario de Frédéric, rey de Prusia: «Toda Europa ya sabe que yo soy un sinvergüenza, pero ¿qué le habrá dicho su confesor a la devota emperatriz cuando ésta le habló de ese proyecto?»)

En efecto, ser polaco no es una buena recomendación para vivir en Austria, y Chopin empieza a pensar en irse a trabajar a otra parte. Quizá a Londres, donde hay libertad civil y comprensión para cualquier nacionalidad... pero para ello tiene que pasar por París, claro.

Así lo hace. Y en esta ciudad, que sólo tenía que ser una etapa de su viaje, se quedará el resto de su vida.

Chopin ha dejado Polonia, pero Polonia no le deja a él, y apenas unas semanas después le manda sus

noticias en la más dramática de las formas. Es en su primera etapa, Stuttgart, cuando Chopin lee, aterrado, el drama ocurrido en su ciudad natal: la sublevación polaca contra la opresión rusa. La rebelión de París contra el último Borbón, Luis XVIII, y la instauración de la monarquía burguesa de Luis Felipe, con la vuelta de la bandera tricolor de 1789, había dado alas al resentimiento de los oprimidos polacos, que se alzaron a su vez contra el ejército extranjero que ocupaba Varsovia desde el reparto de Polonia entre sus vecinos en 1793, salvado el paréntesis napoleónico.

La causa era justa, pero los medios de unos paisanos mal armados contra la poderosa fuerza rusa resultaban mínimos. Las tropas del zar sofocaron fácilmente la rebelión y su general en jefe, Sebastiani, pudo comunicar al zar en San Petersburgo que «la paz reina en Varsovia», expresión que desde entonces ha simbolizado el triunfo sangriento de una tiranía contra un intento de libertad, la paz de los sepulcros, en suma, que, tras los fusilamientos en masa se manifestó con el cierre de las universidades y la cárcel o el exilio para los polacos implicados en la revuelta.

Las trágicas noticias de Varsovia caen como un mazazo sobre Frédéric Chopin, quien, sin destinatario posible, confía su desesperación al cuaderno de notas que llevaba siempre consigo. Son frases a veces inconexas, repetitivas, desordenadas, pero que resultan el eco auténtico de un corazón angustiado por la posible pérdida de familiares y amigos.

8 de septiembre de 1831. Los arrabales han sido destruidos, incendiados. ¡Juanito! Guillermo ha muerto seguramente defendiendo las murallas. ¡A Marcelo lo veo prisionero! ¡Sowinski, este buen muchacho, en manos de esos granujas! ¡Paszkiwicz! ¡Que un perro llegado de Mohilew se apodere de la capital de los primeros monarcas de Europa!... ¡Que Moscú reine sobre el mundo...! Pero, Dios mío, ¿dónde estás? ¿Dónde estás, que dejas todo esto sin castigo...? ¿No son ya bastantes los crímenes moscovitas... o es que te has puesto de parte de ellos? ¡Pobre padre mío! ¿Acaso está pasando hambre mi querido padre? ¿Mi madre no tiene tal vez con qué comprar un pedazo de pan? ¿Mis hermanas han sido acaso víctimas de la furia de la soldadesca moscovita desencadenada? ¡Oh, padre mío, tal es el consuelo de tu vejez! ¡Madre mía, pobre madre dolorosa, sólo has sobrevivido a tu hija [se refiere a su hermana Emilia, muerta a los doce años] para ver sus huesos hollados por la planta rusa...! ¡Cementerio de Powazki! ¿Han respetado, al menos, su tumba? ¡Ah! No, ha sido pisoteada y otros mil cadáveres la cubren. Han quemado la ciudad. ¿Por qué no me ha sido concedido el matar, aunque sólo fuese a uno de esos moscovitas? [...]

¡Y yo aquí, condenado a la inacción! ¡Con las manos vacías! Me sucede a veces que no puedo por menos de suspirar y, penetrado de dolor, vierto en el piano mi desesperación. Dios mío, haz que la tierra se abra y devore a los hombres de este siglo; que las más crueles torturas atormenten a los franceses, por no habernos socorrido... Considero el lecho donde voy a acostarme..., este lecho donde más de un cadáver ha estado extendido por mucho tiempo; y, sin embargo, no siento ninguna aprensión...

¿Qué podría diferenciarme de un cadáver? Un cadáver tampoco sabe nada de su padre, ni de su madre, ni de sus hermanas, ni de Tito; un cadáver no puede amar a una mujer, no puede hablar su lenguaje a los que le rodean..., un cadáver, pálido como yo, tan frío como yo mismo me siento por todo...

Sigue la angustia en las líneas de Chopin. Una descarga emocional que podría haber firmado un contemporáneo español, el poeta José Espronceda; todo parece hundirse alrededor de Chopin.

¡Padre! ¡Madre! ¿Dónde estáis? ¿Muertos, tal vez...? Los rusos me han hecho probablemente esta mala pasada... Espera..., espera..., ¿son lágrimas? ¿Hace tanto tiempo que no brotaban?... ¡Qué consuelo me producen...!, ¡qué melancolía...! Esto es al mismo tiempo bueno y lleno de melancolía. Estar melancólico, ¿no es bueno?, y, sin embargo, es agradable. Es un estado singular..., como el de un muerto, que se encuentra al mismo tiempo bien y mal. Pasa a una vida mejor y se siente bien en ella, pero lamenta abandonar el pasado y se pone melancólico. Un muerto debe sentirse como yo cuando he terminado de llorar. Ha sido, sin duda, una especie de muerte momentánea de mis sentimientos; he muerto para mi corazón por un instante, o más bien, mi corazón ha muerto para mí por un momento. ¡Ah!, ¿por qué no para siempre...?, acaso fuera más soportable... ¡Solo!, ¡solo...! No puede describirse mi miseria; apenas si mis facultades de sentir pueden soportarla...

El alegre viajero de ayer resulta ahora un pobre exiliado, un desterrado. Su país ha pasado de ser un

aparente reino de Varsovia, protectorado de los rusos; a una provincia más del imperio de éstos, y Chopin se ha convertido en un apátrida.

Quienes le conocieron antes y después del trágico acontecimiento son unánimes a la hora de considerar que se ha producido en su existencia un cambio brutal. A partir de ese momento, dicen, nació el ser hipersensible que llega incluso a la cerrazón hostil ante los extraños y, alguien que no confía a nadie el dolor que siente…

… Excepto a las notas de sus partituras. Todos los expertos musicales están de acuerdo en que las obras que compone por entonces, fechadas en Stuttgart y Viena, el *Estudio n.º 24*, primer *Scherzo*, el *Preludio en la menor* y el *Preludio en re menor*, están transitadas del dolor de un hombre por los muertos y presos de su patria.

Chopin ha adquirido en unos días una nueva piel. Antes era un polaco más; ahora, después de la insurrección y represión de Varsovia, es la misma Polonia.

Ya en París, Chopin sabrá que la tragedia de Varsovia, tremenda desde el punto de vista nacional y patriótico, no lo es tanto en lo que se refiere a la familia y a los amigos, que han sobrevivido a la tragedia. Al más íntimo de los segundos —Tito—, le escribe contándole sus primeras impresiones sobre Francia y destacando lo que él, procedente de una ciudad pequeña, extrañaba más: la poca humanidad, la indiferencia general de la gente hacia sus congéneres…, cada uno va a lo suyo.

A Titus Woyciechowski, Poturzyn. París, 12 de diciembre de 1831.

Mi muy querido amigo:

Tu carta me ha devuelto la vida. ¡Tu confusión! Con este motivo han llegado hasta mí las noticias más diversas. Yo me explicaba de diversos modos las expresiones empleadas en las cartas recibidas de casa: Kot me escribió de manera tan extraña que los pensamientos que se me ocurrían llegaban a asustarme. ¡En fin; aún nos volveremos a ver en esta vida! ¡Cuántos cambios! ¡Cuánta miseria! ¡Quién lo habría dicho! —¿Te acuerdas de aquel consejo nocturno en Viena, la víspera de tu marcha?— He llegado aquí empujado por el viento; aquí se respira suavemente —y se suspira más también, acaso porque resulta más fácil—. París es todo lo que se quiere; puedes divertirte, aburrirte, reír, llorar, hacer cuanto te guste, sin que nadie se preocupe en absoluto, pues hay millares de personas que hacen lo que tú, y cada uno va a lo suyo. No sé si en algún sitio hay más pianistas que en París; tampoco sé si existe otro lugar donde haya más imbéciles y más virtuosos.

En cuanto a su carrera, Chopin describe ilusionado a su amigo sus primeros contactos con alguien que admira, Kalkbrenner, a quien pone incluso por encima de Liszt, el gran maestro de la época.

Tienes que saber que he llegado provisto de recomendaciones bien modestas. Malfati me ha dado una carta para Paer; yo poseía algunas cartas de Viena para los editores, y eso es todo. En Stuttgart he sabido la noticia de la toma de Varsovia, y sólo entonces he resuelto venir a este otro mundo.

Por Paer, que es director de orquesta en la corte, he conocido a Rossini, Cherubini, Baillot, etc.

> También por él he conocido a Kalkbrenner. No puedes figurarte qué curiosidad tenía yo por oír a Herz, a Liszt, Hiller, etc.; todos ellos, al lado de Kalkbrenner, no son más que ceros; yo he llegado a tocar como Herz, pero te confieso que me gustaría tocar como Kalkbrenner. Si Paganini es la perfección, Kalkbrenner es su equivalente, pero en un género muy distinto. Es muy difícil describirte su calma, su cautivadora ejecución, la regularidad sin igual de su pulsación y esa maestría que se dibujan en cada una de sus notas; es un gigante que deja por los suelos a los Herz, los Creny, etc., y, por lo tanto, a mí también.

Sin embargo, una vez que Chopin lo conoce, el gran maestro resulta tan atractivo ante el teclado como pedante y endiosado al hablar con el joven aspirante a maestro. El modo en que Chopin narra la conversación entre ambos es un prodigio de análisis psicológico.

> ¿Qué sucede? Presentado a Kalkbrenner, me ruega que toque alguna cosa. Quiera o no quiera, y no habiéndole oído antes pero sabiendo cómo toca Herz, después de desechar todo orgullo de mi corazón me siento al piano. Toco el *mi menor* «mío», que los renanos Lidnpainter, Berg, Stuntz, Shunk y todo Baviera no encontraron palabras suficientes para cubrir de elogios. Dejé admirado al señor Kalkbrenner, que me preguntó enseguida si no era discípulo de Field, lo que llenó mi alma de alegría, más aún cuando, tras sentarse al piano, Kalkbrenner, que se disponía a lucirse, se equivocó y tuvo que parar. Pero también hubieras tenido que oír cómo repitió; nunca he imaginado nada

parecido. Desde entonces nos vemos todos los días, en su casa o en la mía. Después de haberme estudiado bien, me propone que dé lecciones con él durante tres años, y asegura que va a hacer de mí algo de lo mejor. Le dije que sé cuánto me falta, pero que no quiero imitarle, y que tres años es demasiado. Entretanto, me ha convencido de que puedo tocar de un modo delicioso cuando estoy inspirado, pero bastante mal cuando no lo estoy, cosa que a él nunca le sucede.

Examinándome más despacio, me dice que carezco de escuela, que estoy en un excelente camino pero que puedo extraviarme. Que no habrá representantes de la gran escuela de piano cuando él muera o cuando deje definitivamente de tocar. Que yo no podría crear, aun queriéndolo, una nueva escuela sin conocer la antigua. En una palabra, que no soy una máquina perfecta y que, por eso mismo, me estorba el desarrollo de mis propios pensamientos.

Que mis composiciones tienen carácter y que sería una lástima que no estuviese a la altura de lo que prometo, etcétera, etcétera. Total, que si te encontrases en mi lugar, tú mismo dirías: «Aprende, chico, que todavía estás a tiempo.» Muchos me lo han desaconsejado pues estiman que soy capaz de tocar tan bien como él; añaden que le mueve el orgullo, que está empeñado en poder decir que soy su discípulo, etc. Eso no son más que bromas. Es preciso anotar que si todo el mundo tiene aquí en la mayor estimación el talento de Kalkbrenner, nadie puede verle, pues no suele familiarizarse con el primer imbécil que llega, y tan cierto como mi amistad por ti, es que está por encima de todo lo que hasta ahora he oído. He escrito a mis padres

sobre esto. Parece que en cierto modo aprueban la cosa, pero Elsner siente envidia.

La verdad es que Frédéric estaba dispuesto a aceptar el trato, y así se lo comunicó a su padre, de cuyo bolsillo tenían que salir los gastos de aquella enseñanza. Nicolas Chopin se indignó al conocer esas noticias, no por el coste económico, sino por el cronológico, que él consideraba totalmente innecesario, y le contestó:

> ¡Tres años es una barbaridad! Los necesitarías si fueras uno de esos músicos que sólo cuentan con la técnica. Pero el talento de un pianista reside, sobre todo, en la invención, en la imaginación y en el sentimiento, y todo ello te sobra de tal manera que el señor Kalkbrenner no te hace ninguna falta.

La misma reacción, basada tanto en el cariño que le profesaba como en la admiración por sus dotes, se dio en su antiguo profesor Elsner. Según él, se trataba de una conjura de los músicos de París para ahogar en flor al competidor que temían.

> Han reconocido en Frédéric a un genio extraordinario, temen que acabe con todos ellos y por eso intentan congelarlo durante tres años para que no pueda crear nada que les perjudique. Ese Kalkbrenner es un farsante; asegura que quiere mejorar la técnica de Frédéric, pero éste no aspira sólo a ser un virtuoso del piano. Además de eso quiere ser un compositor genial, a la altura de Mozart, pero que además, ha heredado de su patria una vena original que le situará a gran altura.

Esos consejos ayudaron a Chopin, un poco perdido entre aquella constelación de gente famosa, a recobrar la confianza en sí mismo. Sigue su carta:

> Como quiera que sea (debes saber ya que gozo de gran renombre entre los artistas), doy un concierto el 25 de diciembre; Baillot, el célebre rival de Paganini, y Brodt, el famoso oboísta, tocarán en él; yo interpretaré mi *fa menor* y las *Variaciones en si bemol mayor*, a propósito de las cuales he recibido, procedente de Kassel, de cierto alemán a quien entusiasmaron, una crítica en diez páginas donde, después de vastos preliminares, llega al análisis de ellas, medida por medida, y explica que no son variaciones como las demás, sino una especie de «cuadro fantástico».

Chopin lo describe con todo detalle. Llega luego el momento de la verdad: se enfrenta en su primer concierto con su admirado Kalkbrenner, a quien, naturalmente, ofrecen el piano mejor.

> Pero volvamos a mi concierto. Además de esto tocaré con Kalkbrenner, a dos pianos, su *Marcha seguida de una polonesa*. Es algo de locura. Uno de los instrumentos es un piano enorme que le corresponde por derecho a Kalkbrenner, el otro, un pequeño piano monocorde pero cuyas notas se oyen mucho, como campanillas en el cuello de una jirafa; éste me corresponde a mí. En cuanto a los otros cuatro, que son grandes y forman orquesta, serán los que toquen Hiller, Osborn, Stamati y Sowinski.

Por vez primera Chopin escucha cantar a la Malibrán, hija de un tenor español afincado en la

capital francesa, llamado García, y que gusta al músico polaco como a todo París y a quien tratará mucho en el futuro. «¡Cautiva con su voz maravillosa, canta como nadie! ¡Maravilla de las maravillas!», escribe acerca de ella.

Por la misma época, no sólo se enamora de la cantante, sino de una marca de pianos: «Los pianos de Pleyel son *plus ultra*», y en cuanto pueda permitírselo no usará otros en su casa y en los conciertos.

Al amigo del alma tiene que contarle también un pequeño incidente picaresco ocurrido con uno de los amigos y protectores que ha encontrado en París después de Dresde: Pixis.

> No puedo pasar sin contarte mi aventura con Pixis. Figúrate que tiene en su casa una preciosa chiquilla de quince años, con quien, según dice, proyecta casarse, y a quien he conocido en su casa de Stuttgart. Apenas llegado a París, Pixis me invita a su casa, sin decirme (pues acaso hubiera ido más pronto) que su chica, a quien yo había olvidado ya, ha venido con él. Me pide que vaya a verlo; y allá voy esa misma semana. Ahora bien, he aquí que me encuentro en la escalera con su pupila, que me manifiesta la mayor alegría; me invita a subir, me dice que no hay nada de malo en ello y me ruega que pase a descansar, que el señor Pixis no está, pero que no tardará en venir, etc. (Una especie de temblor nos asalta a ambos.) Entonces, sabiendo que el viejo es celoso, le digo que ya volveré otro día, etc.; y mientras estamos hablando inocentemente en la escalera, he aquí que llega el Pixis en cuestión, que clava en nosotros su mirada a través de los gruesos cristales de sus gafas, para ver quién es el que está allá arriba hablan-

do con su bella; aprieta el paso el pobre viejo, se detiene ante mí, me da bruscamente los buenos días y le dice después a ella: «¿Qué haces aquí?» A continuación la abruma con una interminable jeremiada de juramentos alemanes por haberse atrevido a recibir a un muchacho en su ausencia. Yo mismo, con la sonrisa (y el aspecto) de quien no hace nada, como para aprobar a Pixis, le hago notar que la chica no sale tan ligeramente vestida de su habitación, sólo en bata de seda, etc. El viejo se tranquiliza al fin, cambia de parecer y, cogiéndome por el brazo, me lleva al salón sin saber dónde instalarme por temor de que, enfadado, me dé la idea, en ausencia suya, de jugarle una mala pasada, o más bien a su pupila.

Vuelve a acompañarme hasta la escalera, pero se da cuenta de que estoy divirtiéndome (no podía disimular mi satisfacción por haber comprobado, por primera vez, que había ojos capaces de sospechar de mí algo semejante), y lo veo entrar en la portería para preguntar si hacía mucho que yo estaba en la escalera, etc. Desde entonces Pixis no encuentra palabras bastantes para alabar mi talento a los editores y, sobre todo, a Schlesinger, que me anima a escribir algo inspirado en los temas de *Roberto el Diablo* que ha comprado a Meyerber por 24.000 francos. ¿Qué dices tú de eso? ¡Yo, un seductor!

Entre los polacos que le dan la bienvenida a París figuran los miembros de la Sociedad Literaria Polaca, asociación que con su sola existencia ya indica el número y la calidad de la colonia de compatriotas de Chopin en París. En una de sus reuniones decide acogerlo en sus filas, honor que él agradece en una afectuosa carta.

A la Sociedad Literaria Polaca de París.

La carta en la que me anuncia usted mi elección como miembro asociado de la Sociedad Literaria ha llegado a mis manos el 15 del corriente.

Le agradecería mucho, señor vicepresidente, que se tomase la molestia de expresar mi reconocimiento a mis compatriotas por este alto testimonio de aliento e indulgencia. El honor de formar parte de su asociación me servirá de estímulo para nuevos trabajos, respondiendo así a los fines de la sociedad, que puede contar conmigo para servirla con todas mis fuerzas.

A 16 de enero de 1833.

Con un profundo respeto, quedo su más fiel servidor. F. Chopin. Nacido el 1.º de marzo de 1810 en el dominio de Zelazowa Woïwdia de Mazowia.

¿Despiste típico de un artista? Porque según el acta de nacimiento de Chopin, la fecha en que llegó al mundo fue el 22 de febrero de 1810, es decir, una semana antes.

Año 1835. La ausencia de la patria es difícil de soportar para Chopin, pero la de su familia le resulta todavía más difícil.

Por fin, en 1835, sus padres le comunican que se trasladan al balneario de Carlsbad a tomar las aguas. Estarán a medio camino de París, ¿podría Chopin unirse a ellos? Contando ya con unos ingresos capaces de sufragar el viaje, sumado a los grandes deseos de hacerlo, Frédéric acude encantado a la cita. Éste es el resumen que de su encuentro manda a un amigo:

> Nuestra alegría no puede explicarse; nos pasamos la jornada abrazándonos y contándonos cosas, ellos de Varsovia y yo de París. ¿Existe una felicidad mayor? Paseamos constantemente de un lado a otro, y al hacerlo con mamá siento que repito los mismos movimientos de mi niñez.

Tiene que repetir las expresiones para cerciorarse de que aquello es realmente cierto y no un sueño.

> No puedo creer que esa felicidad, esa felicidad, esa felicidad...

Por los padres se entera, entre otras noticias de Polonia, de que, tras su marcha, su amada Constanza no vaciló en casarse con un acaudalado comerciante de Varsovia, retirándose de la ópera. Se ha quedado ciega a causa de una enfermedad y, según le cuentan, todavía canta de vez en cuando sus arias favoritas.

Se trata de un fantasma del pasado que desaparecerá mientras otro surge de nuevo; tras la marcha de sus padres de Carlsbad, Chopin se traslada a Dresde, donde está pasando una temporada con su familia Maria Wodzinska, la niña que se le había declarado junto al piano de su casa. Aunque no habían vuelto a verse, la muchacha conserva su afición a la música y sigue la carrera del compañero de teclado, tanto en Viena como en París. Incluso se ha permitido mandarle una pequeña pieza que ha compuesto para pedirle su opinión. Chopin le contesta desde París con una delicada carta:

> La noche pasada tuve que improvisar y elegí, como tema, un bello original de una niña llamada Maria, con la que, hace mucho tiempo, había jugado al escondite. Ahora me tomo la libertad de enviar a la señorita Maria, mi amable colega, el vals que acabo de componer.

A la relación epistolar y musical seguirá la entrevista personal, y Chopin se pregunta cómo será ahora aquella niña tan audaz en su relación anterior. Resulta que se ha convertido en una belleza de cabellos negros, y Chopin siente que de nuevo, como en el caso de Constanza, música y amor pueden entablar una deliciosa relación. A lo largo del mes que pasa en Dresde, la ve constantemente y, poco a poco, llega a la conclusión de que quiere casarse con ella.

Lo difícil es, en primer lugar, conseguir su aceptación, y, en segundo —y se temía que más importante—, lograr la del padre, aunque a la madre ya la tiene a su favor. Ese año la cosa queda en suspenso; mientras Maria parecía dispuesta a aceptarle como marido, su familia sigue considerándole sólo como a un antiguo amigo, pero a cierta distancia. Al fin y al cabo, el padre de Frédéric sólo había sido el preceptor de sus hijos, y no ven en la relación más que el recuerdo compartido de una infancia alegre y exenta de erotismo.

Pero al año siguiente vuelven a encontrarse todos, esta vez en Marienbad, y Chopin se decide a pedirle a Maria que se case con él. Respuesta de la muchacha: acepta encantada, pero todo depende de que su padre dé el consentimiento.

El padre se indigna al enterarse de la propuesta de boca de su esposa y enumera todos los defectos del pretendiente desde el punto de vista práctico: «¿Cómo puedes mencionar siquiera a ese pequeño pianista para esposo de Maria, una muchacha que puede aspirar a un partido mucho mejor? Si al menos tuviera una buena salud y un poco más de ambición..., pero, ¡qué va! Odia los conciertos y basta que un soplo de aire le roce la espalda para que coja la gripe. ¡No! ¡No, y mil veces no!»

Como hija obediente, Maria muestra su frialdad al acusar recibo de un álbum de melodías que Chopin le envía desde París:

> Recibid con esta carta todo el agradecimiento que os debo. Creed firmemente en el afecto que en toda la vida os ha consagrado nuestra familia y en especial vuestra peor discípula y amiga de la infancia. Adiós. Mamá os abraza tiernamente [ella, evidentemente, no]. Maria.

La corrección y la cortesía más fría a cambio del calor de un álbum de melodías en las que Chopin enviaba su alma entera. La desilusión del músico fue grande. En cuanto a ella, con la misma pasividad, casó luego con un conde, Skarbek, del que se divorció para desposar a un tal Orpiszewski, de la misma categoría humana que el aristócrata, es decir, ninguna. Y para ello había despreciado a Chopin..., que tardó en reponerse del primer golpe serio a sus sentimientos amorosos y a la primera esperanza de un matrimonio feliz.

Las anodinas cartas que Maria le había enviado

durante su relación fueron atadas con una cinta negra y guardadas en sobres con sólo dos palabras en el dorso: *Moia beda*, que en polaco significan: «Mi desgracia.»

... Y lo había sido.

Tras la colonia polaca llega otra relación tan natural como la anterior; si la primera se debía a la sangre, la segunda se refiere al oficio, y así sus primeros amigos se encuentran entre los músicos que pululaban por París, incluidos Liszt, Berlioz y Schumann, quien, tras oírle tocar, le considera «no sólo un virtuoso; además es un poeta». Pero el dinero sólo le llega del padre lejano.

Su primer concierto es benéfico —hay que aprovechar todas las ocasiones de darse a conocer—, y está organizado por la princesa de Moscova; sin embargo, apenas tiene eco social o artístico.

Chopin empieza a dudar de sus posibilidades en París. Un compatriota, el poeta Niemcewicz, le habla de una tierra prometida: la joven república norteamericana donde cualquier hombre bien dotado para el arte o la industria puede abrirse camino fácilmente. Chopin se decide: «Mañana —anuncia de forma grandilocuente a sus amigos— cruzaré los mares.» (Lo mismo quiso hacer otro desengañado de la vieja Europa, Cervantes. Afortunadamente para la historia, el viaje no se realizó.)

También Chopin finalmente desiste. El responsable de ese cambio de idea es el príncipe polaco Valentín Radzwill, el viejo amigo de su familia, con quien se topa, en una de esas circunstancias asom-

brosas que parecen invento de un novelista, caminando por el bulevar parisino. Al oír de labios de Frédéric el relato de su honda decepción y el proyecto de buscar al otro lado del Atlántico el éxito que en París no encuentra, su compatriota se indigna. De ninguna manera dejará que Chopin vaya a buscar su futuro en tierras lejanas. ¿Necesita una recomendación para presentarse dignamente ante la sociedad de París? Él se la proporcionará; ¿tiene algo que hacer ahora? Desgraciadamente, no, contesta Chopin... Pues vamos a ver a un amigo mío...

El amigo es nada menos que el barón James de Rothschild, quien le prepara otro concierto, esta vez con la asistencia garantizada de la elite de la ciudad. La función se organiza. El artista polaco interpreta alguna de sus composiciones y el éxito es completo. Su nombre pasa, en pocos días, de ser conocido por algunos colegas, a serlo por todo París.

Las damas que al recibir en sus salones a los artistas les dan el sello de la fama se disputan el honor de invitarle para presumir de su presencia, y los empresarios solicitan sus interpretaciones. En pocos meses Chopin ha pasado de pobre emigrado polaco a convertirse en una novedad admirada por toda la ciudad. A ello ayuda, como decía Liszt, no sólo su talento musical, sino su agradable presencia y la elegancia innata (no podía adquirirla en el ambiente de clase media en que creció) de sus maneras.

Con la gloria ha llegado también el dinero. Chopin ha dejado de ser el recipiendario de los modestos giros de su padre y ahora es él quien envía a la familia regalos comprados en los mejores comercios de París.

El buen gusto, también innato en él, preside la decoración del apartamento que ha alquilado en la Chaussée d'Antin, número 5. Quien comía en los restaurantes más baratos puede invitar a sus amigos al Café de París o a la Maison Dorée.

Se terminó el desplazarse a pie. Ahora puede alquilar un cabriolé por semana con cochero incluido. Más tarde comprará un coche para su uso particular.

El padre, asombrado pero no sorprendido ante la rápida fortuna de su hijo, en vez de mandarle un dinero que ya no necesita, le envía ahora consejos financieros. Por ejemplo, que le conviene guardar sus fondos en la banca D'Eichtal, rue Le Peletier, 14, de París.

Esa ascensión social y artística bastaría para hacer perder la cabeza a cualquier joven, pero Chopin no se deja envanecer por el súbito cambio de fortuna y escribirá: «Si fuera más necio de lo que soy, creería estar ya en la cumbre de mi carrera.»

UN GLORIOSO MEDIODÍA

Otoño de 1836. Por fin los dos personajes del drama están frente a frente. Unos biógrafos señalan un lugar, y otros les contradicen. Da igual. En el gran París del primer tercio de siglo, se esconde el pequeño, cultural y artístico donde siempre son los mismos, y el encuentro resultaba inevitable aunque no se lo propusiera el Destino. En este caso, el escenario es el Hôtel de France, donde vive Liszt, y al que ha invitado a ambos, además de a otros amigos.

... Y donde ocurre todo lo contrario al *coup de foudre*, como llaman nuestros vecinos al amor a primera vista. Para el provinciano Chopin (para los sofisticados parisinos, Polonia era una provincia), la visión entre los invitados de una mujer morena vestida de hombre al igual que su hija, le desconcierta. Tras unas frases de cortesía se separan, y ésta es la impresión que la novelista produce en el músico, según él mismo confía a su acompañante Ferdinand Hiller: «Qué desagradable esa Sand... ¿Es una mujer de verdad? No me lo parece.»

Mientras, George Sand pregunta a la condesa Marliani: «Ese Chopin, ¿es un chico o una chica?»

En el fondo, con sus juicios adversos, los dos ya han definido cuál será su relación posterior. No son

solamente los seis años que ella le lleva —George Sand tiene treinta y cuatro; Chopin, veintiocho—, sino la personalidad de ambos, lo que establece en una jerarquía humana contra natura. Por energía, por fuerza, por salud y determinación, Aurore, de acuerdo con su atavío masculino, será el hombre de la nueva pareja, en tanto que Frédéric, doliente de cuerpo y delicado de espíritu, la mujer a la que hay que cuidar y proteger de los males físicos y de los que puede causarle la envidia de la gente. Un hijo —¿una hija?— que añadir a los que ya tiene George Sand.

Pero para esa certeza faltan todavía unos meses. En diciembre, Chopin reúne a varios amigos en su casa. Hay entre ellos nombres célebres, como el pintor Delacroix, el novelista Eugène Sué, el músico Meyerbeer..., y por agradar a Liszt incluye a la persona que le ha parecido poco grata.

La velada es, naturalmente, musical, y su plato fuerte —un plato que sería el sueño de todos los melómanos del mundo— resulta la interpretación a cuatro manos, por Chopin y Liszt, de la *Sonata en mi bemol* de Moscheles. Esta vez George Sand no ve al polaco como un ser afeminado y débil. Allí, frente al teclado, está alguien tocado por la mano invisible del genio, y ella, la segura de sí misma, la que normalmente monopoliza la atención general en las reuniones, está ahora absorta, estremecida.

Cuando se despide del anfitrión, será para invitarle a acudir, en compañía de Liszt, a su casa de Nohant en la próxima primavera. Chopin, que por su parte no ha tenido la oportunidad de cambiar su pésima impresión de ella, agradece la invitación pero la rehúsa por tener otros planes, como son, tras pasar el invier-

no y la primavera en París, ir en verano a Londres a dar un concierto, aun cuando Inglaterra no le gusta nada; en primer lugar porque el clima no es nada apto para sus delicados pulmones, pero también por otros motivos, como escribe irónicamente a un amigo:

> Puedes decir a Jeannot [conocido común] que aquí es fácil divertirse más o menos, a condición de no quedarse demasiado tiempo…
>
> ¡Cuántas cosas enormes! Urinarios gigantes donde, sin embargo, no hay donde hacer pipí… Aquí todo es extraordinario pero uniforme; todo el mundo está bien educado, todo está lavado y vuelto a lavar y, sin embargo, negro como el culo de un caballero.

(Como se ve, Chopin no era siempre tan delicado como su música deja entrever.)

Vuelta a París y otro concierto al que también asiste George Sand, que ya está dispuesta a compartir su vida con el polaco. Resuelto el molesto proceso con su ex marido con un acuerdo económico que le permite seguir siendo la dueña de la casa de Nohant y, lo que es más importante para sus sentimientos maternales, quedarse para siempre con la custodia de sus hijos, Maurice y Solange, Aurore se lanza *masculinamente* a la conquista de Frédéric.

Primero será una nota que, al ser firmada por dos personas, podía tomarse como una broma afectuosa, ya que es importante para su orgullo tener una base donde retirarse en caso de fracaso. En abril de 1838 a la salida de otro concierto de Chopin al que ha asistido con su amiga íntima Marie Dorval, escribe: «Se os adora. George. Yo también, yo también. Marie.»

Poco a poco la repugnancia primera de Chopin hacia George Sand se va transformando en afecto gracias a la admiración que notà en ella, sistema que no acostumbra a fallar entre los artistas... En octubre de 1837, Frédéric anota en su diario:

> La he vuelto a ver tres veces. Me miraba fijamente a los ojos mientras yo tocaba; era música un poco triste, leyendas del Danubio, y mi corazón bailaba con ella, y esos ojos en mis ojos, ojos sombríos, ojos singulares, ¿qué decían? Se apoyaba en el piano y sus miradas hechas besos me inundaban [...] Había flores alrededor. Mi corazón estaba preso. La he vuelto a ver después dos veces. Ella me ama.

Ella a él; él todavía no, aunque eso sí, estaba halagado ante la pasión de una dama que, admirada por la mejor sociedad de París, se fijaba sólo en el músico.

Terminado mayo de 1838, siempre en el papel de seductor, George Sand no vacila en buscar un intermediario para conseguir su objetivo y escribe a un amigo del compositor, Albert Grzymala, considerando seriamente la posibilidad de una relación duradera con Chopin..., con quien, al parecer, apenas ha tenido una relación íntima fugaz.

En esa carta Aurore es más bien «George Sand» al organizar la vida futura de los dos a través de un programa de increíble seguridad en sí misma.

> No nos veremos todos los días, no poseeremos todos los días el fuego sagrado, pero habrá días hermosos y llamas sagradas.

Es, como se ve, un amor romántico impregnado de realismo al que le acerca una larga experiencia erótica que ella misma reconoce en su carta, una breve autobiografía.

> He conocido diversas clases de amor: amor de artista, amor de mujer, amor de hermana, amor de religiosa, amor de poeta. ¿Qué podría añadir?

Para que esa retahíla de situaciones amorosas no haga deducir al destinatario de la misiva que posee un carácter frívolo, agrega:

> No soy inconstante [...] al contrario, estoy tan acostumbrada a amar de forma exclusiva a quien me quiere, soy tan poco dada a inflamarme, estoy tan acostumbrada a vivir con hombres sin recordar que soy una mujer, que, de verdad, me siento un poco confusa y algo consternada por el afecto que me ha causado ese hombrecillo.

¡Hombrecillo! (*ce petit être,* en francés): una prueba más de su afecto protector, de su sentimiento de madre a hijo que Aurore experimentará siempre hacia Frédéric.

Y luego se refiere a su primer contacto íntimo entre los dos, y del que ella no ha obtenido una buena impresión. Ha notado en Chopin la típica reacción del hombre puro que cede a la pasión pero con un punto de remordimiento y disgusto.

> A la manera de los devotos puritanos, acepta las bajezas humanas pero se avergüenza de las tentaciones y teme ensuciar nuestro amor con una caricia de más...

La culpa de ese complejo, imagina Aurore, es de una amante anterior.

> ¿Quién habrá sido la desgraciada mujer que le ha dejado esa impresión del amor físico? Desde luego, una amante indigna de él. ¡Pobre ángel mío!

La carta a Grzymala prosigue con un programa tan estudiado que parece más de una empresa mercantil que fruto de una pasión salvaje. Precisemos el futuro inmediato: si Chopin piensa acudir a Nohant, que su corresponsal se lo avise con tiempo para que ella pueda enviar al que se ha convertido en ex amante, sin saberlo, a París o Ginebra. Como se ve, hay en esta carta más del siglo de la Razón,el XVIII (recordemos la cínica obra *Les liaisons dangereuses*), que del de la Pasión, el XIX.

Pero Chopin está triunfando en París económica y artísticamente, lo que quiere decir que ya no es el extranjero, el *métèque* como lo llama el francés despectivamente, al que pueda impresionar una dama que ilumina los salones de París. Incluso se ha permitido el lujo de rechazar el puesto de pianista de la corte imperial rusa que le ofrece el embajador de este país, Pozzo di Borgo. Su carta de respuesta es cortés pero tajante:

> Aunque no tomé parte en la Revolución de 1830, me siento cerca de los que lo hicieron. Por ello me considero un desterrado y con ese título no puedo aceptar ningún otro.

Sobre todo los que proceden de los tiranos de su patria. Afortunadamente, París les acoge como a

tantos otros europeos, asiáticos, africanos, y, lo que es más importante, con su prestigio de capital cultural, les eleva hasta la cima.

Por ello Chopin se encuentra a gusto en Francia y acepta, esta vez sin problemas de conciencia, la invitación de otro monarca, el rey Luis Felipe, para tocar en la corte. El éxito es total; uno de los críticos de mayor prestigio, Legouvé, le ensalza en la *Gazette Musicale*. Tras recordar que en las apariciones públicas de un reluctante pianista ha influido poderosamente el deseo de propagar la causa independentista polaca, le anima a seguir por un camino en el que es ya el primero a pesar de la dura competencia:

> ... ¡Despierta, Chopin! ¡Que este triunfo sea para ti un paso decisivo! No te repliegues sobre ti mismo y deja que las luces de tu brillante genio brillen para todos. Muestra, por fin, lo que en verdad eres y acaba con las querellas que dividen a los artistas. Y si desde ahora alguien puede preguntarme si el pianista más grande del mundo es Liszt, el mundo entero responderá a los que te hayan escuchado: «¡Chopin!»

Atraído por esa fama, el mismo Paganini, violinista en la cumbre de su carrera, acude a su piso de París para escucharle tocar, y los dos permanecen a solas durante varias horas.

Por ello, en esa vorágine de triunfos profesionales, la pasión que le muestra George Sand en reiteradas misiones encomendadas a amigos comunes, le deja indiferente. Como buen romántico, se siente más ilusionado sufriendo y gozando, al mismo

tiempo, del amor perdido de su María Wodzinska.

Uno de los intermediarios a quienes George Sand quiere usar de celestino es el ya citado Albert Grzymala, al que mandará una carta donde, una vez más, dará muestras de su extraña y complicada personalidad; una mujer movida por una pasión desbordada por alguien a quien, sin embargo, intenta alcanzar con una estrategia fría y calculada como haría un buen general antes de la batalla. Literalmente, la carta parece concebida por ambos.

Primero establece el problema que se plantea para su relación con Chopin. Veamos: sabemos que el músico tiene otro amor (Maria), pero ¿le conviene?

> Nohant, junio de 1838.
>
> [...] Escuchadme y contestadme de forma clara, categórica, neta. Esa persona [Maria Wodzinska], que él cree querer o cree su deber amar, ¿es capaz de hacerle feliz, o, por el contrario, de aumentar su sufrimiento y su tristeza? No pregunto si ama, si es amado o si ella es más o menos que yo [...] lo que quiero saber es a cuál de las dos hace falta que olvide y abandone para su tranquilidad, su felicidad y, en fin, para su vida, que me parece ahora vacilante y demasiado frágil para resistir a grandes penas. No quiero hacer el papel de ángel malo [...] de haber sabido que existía un lazo en la vida de nuestro pequeño...

En su tendencia maternal George ya ha «ahijado» a Frédéric, y como lo ha conocido a través de ese amigo común, llama a veces a Grzymala «querido esposo» por «haberlo tenido juntos». Es muy propio de la mentalidad egocéntrica de Aurore Du-

pin el considerar que alguien sólo nace en el momento en que ella le conoce.

Así precisa lo que espera sea su futuro inmediato:

> Si yo hubiese sabido que existía una ligazón sentimental anterior no me habría jamás inclinado a aspirar un perfume reservado a otro altar.

Muy bonito desde el punto de vista literario, pero totalmente insincero. Conociendo el pasado de Aurore Dupin, no podemos imaginarla renunciando, por respeto a un amor anterior, a algo que desea fuertemente.

> De la misma forma, él [Chopin] se habría alejado tras nuestro primer beso de haber sabido que yo estaba, hasta cierto punto, casada.

No se refiere al marido legítimo del cual ya se había separado, sino a la relación fija con Mallefille, de quien, asegura más abajo, no se separará jamás porque él, además de haber sido siempre un compañero «fiel y devoto», la necesita.

Por todo esto, sigue la carta, ella no puede exigir a *nôtre petit* que rompa, por su parte, con su amor primero. Dadas las condiciones en que se encuentra.

> … creo que nuestro amor no puede mantenerse más que en las condiciones en que naciera, es decir, que de vez en cuando, si el viento feliz nos empuja a uno hacia el otro, iremos de nuevo hacia las estrellas y después nos separaremos para cami-

> nar por la tierra, porque somos sus hijos y Dios no ha querido que realizáramos nuestra peregrinación juntos.

Una bella imagen que esconde una cínica propuesta, más digna del licencioso siglo XVIII, repito, que de la idea romántica que preconiza la posesión total a través del amor. Aunque ella finja que sólo se mueve guiada por la ética de no quitar nada a nadie, al parecer sí es bueno tomarlo prestado de vez en cuando.

La carta sigue, y su vena literaria se complace en hacer juegos de palabras geográfico-amorosos. El origen polaco de Chopin le permite comparar el problema sentimental de su amado con el dominio de la «malvada» Rusia sobre la pobre Polonia.

> Yo no quiero robar nada a nadie excepto los presos al carcelero, los condenados al verdugo y Polonia a Rusia. Por consiguiente, decidme: si es una Rusia la imagen que persigue nuestro pequeño, pediré al Cielo que me preste todas las artes seductoras de Armida [la heroína de *Jerusalén libertada*, de Tasso] para impedir que caiga en sus brazos. Pero si es una Polonia, dejadlo. Sólo hay una patria, y cuando se tiene una no hace falta buscar otra.

¿Renunciaría entonces? No. A la hábil escritora le queda otra carta-país en la manga para conservar la posibilidad de un amor compartido.

> En ese caso yo sería una Italia que uno va a visitar y donde da gusto pasar los días de primavera,

> pero donde no es cómodo quedarse porque hay más sol que camas y mesas, mientras la vida confortable queda fuera.

Otra vez la mujer práctica dentro de su vorágine sentimental. La importancia dada a la comodidad sobre el paisaje y la luz, volverá a surgir en la aventura de Mallorca.

Sigamos con la carta en la que, por vez primera, ya que su autobiografía, *Histoire de ma vie*, aparecerá mucho después, Aurore Dupin se confiesa… mintiendo como se suele hacer en esa clase de obras. No niega una promiscuidad bien conocida por todos, pero precisará, sin embargo, que los numerosos hombres de su vida no lo han sido al mismo tiempo y que, en cada caso, ella se ha mantenido leal al de turno.

> … he sido fiel a lo que he amado, totalmente fiel en el sentido de que no he engañado jamás a nadie, ya que, cuando he dejado de serlo, ha sido por graves razones que mataron el amor en mí por culpa del otro.

La dualidad que Chopin parece defender entre amor puro y amor carnal, irrita a George que cree en la simbiosis total de los dos.

> … ¿Es que ha existido alguna vez un amor sin un beso y un beso de amor sin voluptuosidad? Despreciar la carne sólo puede ser bueno y útil con aquel que no sea más que carne, pero, con alguien a quien se quiere, el verbo adecuado, cuando uno se abstiene, no es el de «despreciar», sino el de «respetar».

Por ello los escrúpulos de Chopin le sorprenden.

> ... Él me dijo que ciertos hechos podrían enturbiar el futuro [...] ¡qué tontería! ¿Quién fue la desgraciada que le dejó esa impresión del amor físico? ¡Pobre ángel mío! Habría que colgar a todas las mujeres que envilecen a los ojos de los hombres la cosa más respetable y santa de la creación, el misterio divino, el arte de la vida más serio y sublime de la vida universal.

Y resume así su opinión contraria a esa división amorosa:

> El resultado de esa forma de separar el espíritu de la materia ha sido que surgieran los conventos y los burdeles.

George Sand termina la carta con lo que ella misma denomina un «ultimátum», término que en unas circunstancias tan adversas sólo podría emplear alguien muy seguro de sí mismo.

> Si es feliz y va a serlo con ella, dejadle. Si puede ser desgraciado, impedídselo. Si puede ser dichoso conmigo sin dejar de serlo con ella, yo puedo hacer lo mismo. Y si él no puede ser feliz conmigo sin ser desdichado con ella, que me olvide.

Afortunadamente, como se apresura a comunicarle Grzymala, el problema no se plantea, porque Chopin ha renunciado totalmente a Maria, con lo que el camino queda franco y abierto para Aurore..., que ahora sólo tendrá que seducir —es la pa-

labra adecuada—, a un Chopin refugiado en su música y que, de acuerdo con los informes que tenemos de él, sólo ha conocido hasta entonces la sensación espiritual del amor, muy lejos de esa pasión carnal que se le aparece en la figura de una mujer llamada Aurore Dupin, la cuál quiere apoderarse no sólo de su cuerpo, sino de su alma, de su arte e incluso del provecho material que pueda sacar de él. Madre, amante, administradora, médica, enfermera, amiga, colaboradora, George Sand quiere serlo todo para el joven y aturdido Frédéric, que se deja arrastrar fácilmente por ese torbellino de actos y palabras.

¿Arrastrar? ¿Adónde? Por de pronto, fuera del país. A Mallorca. ¿Por qué?, pregunta él asombrado. Porque conviene a su delicada salud huir del húmedo clima parisino en busca de otro más suave; muchos amigos, entre ellos el ex ministro español Mendizábal, le han recomendado esa isla. Ese cambio de ambiente también conviene al «otro» hijo de ella: Maurice, cuyos pulmones son igualmente delicados.

Sin embargo, existe otra razón para emprender esa marcha de forma urgente y se llama Mallefille. Si Chopin va a ser suyo de forma completa, lo lógico es que ella termine también con su amante de turno; lógico para Aurore, pero no para Mallefille, a quien la confirmación de lo que ya sospechaba por los chismes que circulaban en París, le desespera de tal forma que llega a enfermar. Sus protestas y juramentos de venganza llegan a oídos de George Sand, quien se apresura a terminar los preparativos del viaje. En una medida de precaución, un poco absurda dado lo público de sus amores, su familia y Cho-

pin viajan separados para reunirse en la Provenza, y de ahí pasar juntos a Barcelona.

En Barcelona la «tribu», como llama ella a su familia, se aloja en el hotel de las Cuatro Naciones, situado al final de la Rambla, cerca del puerto, y que se ha mantenido hasta tiempos recientes. Quien esto escribe lo ha conocido.

Como buena madre que es, antes de partir, George ha hecho examinar a Chopin por un tal doctor Gaubert: ¿cree que podría resistir el viaje? El médico asegura que el músico no es tísico. «Basta con que le proporcionéis aire, paseos y reposo.»

Tras ese pasaporte físico, George se preocupa del espiritual. Frédéric, recuerda en *Histoire de ma vie*, era tan apegado a su rutina que le asustaba la idea de dejar París, su médico de cabecera, sus amigos, su apartamento e incluso su piano.

Conociéndolos a ambos, puede asegurarse que George le convenció, mejor, le dominó rápidamente. Ella *sabía* mejor que él lo que le convenía, y si *ella* sostenía que Mallorca sería beneficiosa para su salud y su inspiración y estaba claro que no había otra cosa que hacer que partir hacia allá.

Tras una semana en Barcelona, donde se comportan como unos turistas, visitando los centros de mayor interés como la catedral, las Ramblas y el puerto, embarcaban en *El Mallorquín*.

Se trataba de un vapor movido por ruedas. Si soplaba viento a favor, izaba, además, una vela. A este *steamer* comprado en Inglaterra se le conocía por el apodo de *Es Pagès* (el aldeano), porque como

mascarón llevaba un campesino vestido a la usanza local. *El Mallorquín* hacía la travesía en dieciocho o veinte horas y solía salir del puerto de tres a cinco de la tarde. Los pasajeros eran pocos. El barco era primordialmente de carga, incluidos cerdos, compañeros de viaje poco aconsejables, ya que si el mar se agitaba soltaban un concierto de gruñidos.

El registro del consignatario anotó así la llegada:

> El vapor *Mallorquín*, salido de Barcelona el día 7 de noviembre de 1838 a las cinco de la tarde y llegado a Palma el 8 a las once y media de la mañana, trajo los siguientes pasajeros:
>
> 1.ª clase: Madame Dudevant, casada. Mr. Maurice, su hijo, menor de edad. Mademoiselle, Solange, su hija, menor de edad. Mr. Frédéric Chopin, artista.
>
> 2.ª clase: Mad. Amélie, camarera.

Llegada a Palma y primera decepción para George: la falta de alojamiento. Tras muchas pesquisas sólo encuentran esteras, camas y sillas de paja en dos habitaciones que les alquila un tonelero, cuyo ruidoso trabajo en el piso de abajo es lo menos indicado para alguien que busca el descanso. Por otra parte, los parisinos chocan con lo que será motivo de queja de sus compatriotas durante siglos al viajar por España: el sabor y olor del ajo y la pimienta. Otra circunstancia de la vida isleña resulta tan asombrosa que el lector no sabe si es fruto de la imaginación o de la observación de la escritora.

> En Palma un apartamento se compone de muros desnudos sin puertas ni ventanas.

¿Cómo se entra entonces? ¿Se refiere la autora a los elementos que revisten esas aberturas?

> No usan cristales, y cuando uno quiere procurarse ese placer, necesario en invierno, tiene que encargar el marco. Cuando el inquilino se muda se lleva las ventanas, los marcos y hasta los goznes de las puertas, y su sucesor tiene que reponerlos, a menos que le guste vivir a pleno aire, lo que al parecer es un gusto muy extendido en Palma.

Estoy citando el libro capital para conocer esa etapa de la vida de George Sand y Frédéric Chopin: *Un invierno en Mallorca*, que la escritora escribió y publicó poco después de su estancia allí y constituye el primer libro europeo de turismo sobre la isla... Con el matiz de que esas obras sirven, en general, para animar a la gente a que conozca un país, mientras que el de George Sand intenta hacérselo odioso y casi peligroso de visitar.

Pero no fue ésta su primera reacción; al contrario:

> Llegamos a Palma en el mes de noviembre de 1838 con calor comparable al de ciertos días del mes de junio. Habíamos abandonado París quince días antes con un tiempo frío en extremo. Fue para nosotros un gran placer, después de haber sentido los primeros síntomas del invierno, dejar el enemigo detrás de nosotros. A este placer se unió el de recorrer una ciudad de mucho carácter y que posee monumentos de primer orden en hermosura y en rareza.

Chopin también se enamora de la isla a primera vista, como expresa la carta que envía a su amigo Julien Fontana el 15 de noviembre de 1838.

Para quien acaba de salir del otoño húmedo y frío de París, es una delicia la suave temperatura que encuentra.

> Estoy en Palma en medio de palmeras, cedros, cactos, olivos, naranjos, limoneros, higueras, granados, en fin, de todos los árboles que se ven en el *Jardin des Plantes* [el famoso invernadero de París]. El cielo es de color turquesa; el mar, de lapislázuli; las montañas, de esmeralda; el aire es como el cielo, y toda la jornada está llena de sol; todo el mundo va vestido como en verano, porque hace calor. Por la noche se escuchan cantos y sonidos de guitarra durante horas y horas. Hay balcones enormes de donde cuelgan los pámpanos. Las murallas datan del tiempo de los árboles. La ciudad y casi todo lo que hay aquí refleja a África. En resumen, ¡una vida admirable!

Espléndido ambiente para un amante en luna de miel, pero él, además, es músico, y necesita su instrumento.

> Haz una visita a Pleyel, porque el piano no ha llegado. Recibirás pronto los *Preludios*.

... Que según la tradición habían sido compuestos en Mallorca. Quizá allí sólo fueron revisados y completados. Sigue el optimista programa:

> Seguramente iré a vivir en un claustro maravilloso en el sitio más bello del mundo; tendré el

> mar, la montaña, las palmeras, un viejo cementerio teutónico, las ruinas de una mezquita, olivos milenarios. ¡Ah, qué vida! ¡Vivo más intensamente que antes, estoy cerca de lo que hay de más bello en el mundo!

Detengámonos en esa brillante y entusiasta prosa para rebajar algunos prodigios. Es verdad que el influjo árabe es muy fuerte en Mallorca, donde los campesinos aún hoy llevan para trabajar las camisas por fuera del pantalón, como las chilabas, y las mujeres estaban celadas en el interior de las casas como la gente del Sur, pero era imposible que Chopin viese las ruinas de una mezquita; seguramente estaba mal informado. Los cristianos llegados con Jaime el Conquistador en el siglo XIII habían acabado, tras la conquista de la isla, con cualquier vestigio de la religión musulmana... Tampoco se ha oído hablar después del cementerio «teutónico» (¿visigodo?) que cita el músico.

Mientras se llega a ese paraíso, contentémonos con lo que Palma puede ofrecernos. La familia al completo se extasía ante la catedral que domina la bella bahía, se pierde por las estrechas calles, fuentes y palacios de amplios patios y escalera pegada al muro que comunica con los apartamentos nobles mientras en el zaguán se reciben los carros que los encargados de fincas agrícolas envían a sus dueños. También visitan la Lonja del mar...

George, administradora de la expedición, se había provisto en París de una carta de recomendación del banquero Gaspar Remisa, que decía así:

> Madame George Sand, portadora de la presente, es persona de mi íntima estimación; pasando a esta isla, cuyo clima le han indicado ser conveniente a la mejor salud de un hijo suyo, me tomo la confianza de recomendarla a ustedes con todo el encarecimiento de mi amistad. Ruego se sirvan procurarle cuanto le convenga y tenga arbitrio, facilitándole además el dinero que pidiere.

La carta iba dirigida al banquero Canut, que será el protector económico de la familia en la isla y uno de sus pocos amigos; como anotó su esposa Elena Choussat en sus memorias; la célebre escritora...

> No tuvo otra visita que las nuestras, la del cónsul [francés] Fleury, y la del señor Cardona, esposo de doña Leonor Fortuny. Las señoras, sobre todo, huían de ella como de la peste.

Y en cuanto a espectáculos...

> Fueron una sola vez al palco que teníamos a medias con M. Fleury. Los anteojos le flecharon toda la noche...

Ahora hay que buscar otro alojamiento más cómodo y menos ruidoso que el primero, que tan mala impresión causó a George Sand, y lo encuentra en Son Vent, situado en Establiments. Según un cronista local:

> Esos Establecimientos eran un caserío diseminado que aún hoy tiene muy poco de pueblo, en el

> sentido de agrupación de casas. Las de Establiments están esparcidas por las ondulaciones y repliegues de un terreno de suave pendiente, cercano a la capital, donde predominan los almendros, y las casas, de un siena claro, son graciosas, con fachadas estucadas de arena y cemento en las que se han labrado hermosos esgrafiados.
>
> La casa les gustó; era vasta y, al parecer, bien distribuida. Desde su terraza se divisaba la ciudad, con sus murallas de color siena sobre las que emergía la masa de la catedral. El mar se veía en el horizonte.

Eran casas pensadas sólo para el verano, sigue el cronista, y añade:

> *Son Vent* se ha traducido por «casa del viento». *Son* es una contracción que equivale a «propiedad de». En Mallorca, la partícula *son*, como las sinónimas *can* y *cas* (casa de), se encuentra repetida muchas veces en la denominación de fincas, posesiones y aun pequeños pueblos. Establiments no es un lugar especialmente ventoso, pero en los días de invierno, cuando no luce el sol, resulta frío. Con los medios de calefacción rústicos de Son Vent, limitados al hogar de la cocina, no era humanamente posible calentar, ni aun ligeramente, la casa. Los dormitorios debían mantenerse extraordinariamente helados, y los visitantes la abandonaron muy pronto.

Es que el otoño ha comenzado y las lluvias se abaten sobre la casa. Aquel sol radiante ha desaparecido y las corrientes de aire se infiltran por las numerosas rendijas. La poca calefacción que hay

dentro, según la costumbre española, aparte de la cocina, es la que proporcionan los braseros que calientan el frente de las personas dejando helada su parte posterior y, lo que es peor, desprendiendo un humo venenoso para los pulmones de Chopin, que tose continuamente. Con un sentido del humor ante sus males que recuerda al escritor español del XVIII Torres Villarroel, Chopin describe a Fontana la visita que le hicieron tres médicos, a los que una asustada George había hecho llamar.

> Estas dos últimas semanas he estado enfermo como un perro [...] tres médicos han venido a verme. Uno ha olido mis escupitajos, el segundo me ha golpeado para saber de dónde salían, el tercero me golpeaba auscultándose mientras escupía. El primero me ha dicho que me iba a morir, el segundo que estaba a punto de morir, el tercero que ya me había muerto. Con gran dificultad he podido escaparme de las sangrías, de las sanguijuelas y de los envoltorios de mantas. Gracias a la Providencia he vuelto, poco a poco, a ser el de antes.

Pero el escándalo de su tos que resuena en todo el edificio ha alarmado al dueño, el señor Gómez, quien hace saber a George que «ese hombre tiene una enfermedad repugnante» que puede contagiarse a sus hijos, por lo que le ruega que se marchen lo antes posible.

George Sand describe con amargura ese episodio.

> Desde ese momento nos convertimos en objeto de horror y de miedo para la población. Chopin

estaba acusado de tisis pulmonar lo que equivalía a la peste según los prejuicios sobre el contagio de la medicina española.

Resulta curioso que, en esa ocasión, quien estaba en lo cierto fuese el atrasado propietario de las Baleares, mientras la sofisticada dama de París se equivocaba. Porque la tisis o tuberculosis, especialmente en una época de poca higiene, era, desde luego, gravemente contagiosa.

Con razón o no, el señor Gómez ha dado el ultimátum, y George y los suyos tienen que marcharse. El cónsul de Francia en Palma les acoge provisionalmente hasta que George —siempre es ella quien hace todos los trámites— alquila, tras oír elogios del lugar pero sin verlo, dos celdas de un monasterio situado en Valldemosa, muy cerca del mar (era al que se refería Chopin).

El hecho de que en la católica España unos seglares, poco creyentes, pudiesen alojarse en un convento se debía a un antiguo amigo de George, el político español Mendizábal, que le recomendó que viajase a Mallorca. Porque fue él quien, siendo ministro del Gobierno español, con su Ley de Desamortización había suprimido centenares de conventos en toda España, requisando sus edificios y las tierras no cultivadas, «las manos muertas», para venderlas a particulares. Entre ellos estaba la cartuja de Valldemosa.

En 1835, antes de la expulsión, vivían en la Cartuja trece monjes, un novicio y siete «conversos» o

legos, y había lugares en los que parecía que aún moraban allí; se esperaba a cada instante oír sus cantos en el coro, y en el altar de la iglesia quedaban los candelabros con cirios a medio consumir, apagados con la última misa. Las paredes de la iglesia estaban impregnadas todavía de un suave olor a incienso.

La cartuja había sido, primeramente, un antiguo palacio de los reyes de la corta dinastía de Mallorca. Allí iban alguna que otra vez a la caza de halcones en el Teix, un monte de la Sierra Norte próximo a la comarca de Valldemosa. En el primer año del siglo XIV, el palacio ya era propiedad de la orden de los cartujos. El primitivo edificio se adaptó a las necesidades de éstos, se levantaron edificaciones, se derrumbaron otras y se volvieron a edificar, con los siglos. Del palacio real no queda apenas nada, sólo una torre; de la cartuja medieval casi nada; lo que hoy existe se edificó en el siglo XVIII. En 1835 algunas de estas obras aún eran recientes. La iglesia, por ejemplo, había sido inaugurada en 1812.

El cartujo vivía en una celda espaciosa, tanto que allí donde antes moraba un solo hombre hoy se acomoda bien toda una familia. La celda, además de la pequeña entrada, constaba de tres habitaciones, una de las cuales tenía una especie de escondrijo en el que estaba colocada la cama. En uno de los departamentos el monje rezaba y dormía, en el otro trabajaba, y en el tercero comía, porque en él había un hogar. Cada celda tenía su jardín, adonde llegaba el agua de dos fuentes. Sobre la celda había un gran desván que servía de almacén.

El jardín tenía la misma extensión que la celda

y era como un gran balcón sobre uno de los paisajes más hermosos de la isla.

En una de esas celdas vivieron Chopin y George Sand, y con ellos Maurice y Solange (no se sabe dónde dormía la criada Amélie). Sin haber retirado siquiera las hojas impresas que con sus oraciones en latín tenía el religioso pegadas en las paredes, el Estado se dio prisa en alquilarlas a los particulares. Chopin y George Sand visitan un día a los inquilinos de esa celda y les gusta el lugar.

«La poesía de esta cartuja me ha enloquecido», exclama ella.

Deciden mudarse allí, ya que los que la ocupan tienen que abandonarla y ellos han de salir de Son Vent. También se quedan con el ajuar y los muebles. La banca Canut, de Palma, satisface por cuenta de George Sand el importe de la venta. Son 285 libras mallorquinas. Algo menos de mil pesetas.

El camino para llegar es difícil pero hermoso; flanqueado de encinas, pinos, cipreses y olivos, al final de él surge el

> ... inmenso y magnífico convento, desierto, en medio de las montañas. Nuestro huerto está lleno de vampiros y limones [...] Estoy en pleno encanto [...] creo que no saldré jamás de Mallorca.

Si recordamos la relatividad con que George Sand ha usado toda su vida las expresiones «siempre» y «jamás», no nos sentiremos tan impresionados por el cambio de actitud que experimentará a los pocos meses.

El vehículo que utilizan es un birlocho, con un

fondo de lana donde se acomodan los pasajeros y tirados por una o dos mulas.

A fines del siglo XX todavía se discute en cuál de las celdas alquiladas se alojaron George Sand, Solange, Maurice y Chopin, porque la descripción que de ella hace la escritora en *Un invierno en Mallorca* conviene a varias…

> Las celdas eran de techo alto y recibían la luz a través de rosetones de dibujo diverso. Los muros eran gruesos, las puertas daban a un pasillo oscuro que separaba las celdas del claustro. La cocina estaba representada por dos hornos pequeños situados en el exterior de la celda y protegidos de la lluvia por un voladizo. Las tres daban a un parterre limitado por altos muros.

En cuanto al mobiliario, Sand describe los catres de tijera con colchones poco blandos, mesas de madera, sillas con asiento de paja y un sofá que ella llama, con imaginación de novelista y optimismo de viajera, «voluptuoso»…, además de un sillón gótico que les ha prestado el antiguo sacristán que cuida del recinto. En la celda que habita Chopin hay, además, y como corresponde al oficio de su ocupante, un piano alquilado en Palma y que ya ha demostrado en Son Vent su pésima acústica. Sin embargo, el músico tendrá que contentarse con él, porque el encargado a Pleyel, dada la poca eficacia de los transportes en la época, llegará a Valldemosa mucho más tarde, cuando los huéspedes estén a punto de irse. Chopin describe también su estancia en otra carta a su amigo Fontana. El entusiasmo de quien soñaba con el lugar ha dado paso, más que a una

desilusión, a cierta extrañeza. Como tantos enfermos, hace además una alusión a la muerte típicamente romántica. Coincidiendo en general con la descripción que hace George, añade:

> Puedes imaginarme entre las rocas y el mar, en la celda de una inmensa cartuja abandonada, con puertas más amplias que cualquiera de una cochera parisina. Aquí estoy, sin rizos en el cabello ni guantes blancos en las manos y pálido como siempre. Mi celda tiene la forma de un gran ataúd, con una enorme bóveda polvorienta y una ventana pequeña que da a los naranjos, palmeras y cipreses del jardín [...] A los pies de la cama hay un pupitre cuadrado, algo incómodo para escribir, donde se posa un candelabro de plomo con una vela. En el mismo pupitre, Bach y mis garabatos. Silencio [...] se puede gritar, las águilas planean sobre nuestras cabezas. En una palabra: escribo desde un sitio muy extraño...

Y más extraño aún para alguien acostumbrado a la culta y ordenada sociedad parisina. Hay en la cartuja, además de ellos y el sacristán ya mencionado, un farmacéutico con pocos remedios que se hace pagar bien caros, y lo peor: un antiguo servidor de la comunidad de frailes que por las noches deambula totalmente borracho por los claustros y galerías recitando con voz lúgubre plegarias de todo tipo y asustando a los huéspedes.

Y luego está el servicio: dos mujeres dirigidas por la persona que les ha realquilado las celdas. Se llama María Antonia y la novelista describe su actividad con pocas pero incisivas palabras.

> No he visto nunca una boca devota más golosa, ni dedos más ágiles para meterlos sin quemarse en el fondo de las ollas hirvientes, ni un gaznate más elástico para hacer desaparecer el café y el azúcar de los huéspedes sin dejar de tararear una canción.

La verdad es que tendrá pocas oportunidades de distraer comida destinada a los alojados, porque, desde el principio, Chopin rehúsa sus condimentos (siempre la repugnancia por el ajo y la pimienta) y toca a George cocinar para todos.

«En vez de hacer literatura pura hago cocina —escribe George a su editor Buloz que le reclama la obra en que trabaja, *Spiridion*—. Además —se excusa por la tardanza—, tengo que cuidar de Chopin como de un niño. Es un ángel [expresión afectiva típica en ella] de dulzura y de bondad.»

Pero cuidar de él a veces resultaba difícil, dado su carácter nervioso y ultrasensible, excitado aún más por las bóvedas sombrías y los gritos nocturnos del loco. Según relatará su amante y enfermera:

> El pobre gran artista era un enfermo imposible que se desmoronaba fácilmente. Podía soportar el sufrimiento físico, pero no la inquietud de su imaginación. Para él, la cartuja estaba llena de terror y de fantasmas incluso cuando se encontraba bien, y, aunque no lo decía, yo lo adivinaba. A la vuelta de nuestras exploraciones nocturnas por las ruinas con mis hijos, le encontraba, a las diez de la noche, pálido junto a su piano, con los ojos aterrados y el cabello erizado. «¡Ah! —gritó una vez con una voz extraña—, ya sabía que estabais todos muertos.»

Por si el recuerdo de los monjes paseando por los claustros de noche y salmodiando fuera poco, Solange, siempre traviesa, imaginó una jugarreta; al encontrar unos viejos hábitos de los antiguos huéspedes se puso uno, vistió con el otro a la camarera Amélie y se presentaron ambas en la celda cuando caía el día. Era la clase de broma que le faltaba al nervioso Chopin, como apunta George.

> Se desmoralizó. Soportamos el sufrimiento con bastante valor, pero no pudo vencer la inquietud de su imaginación. El claustro estaba para él lleno de terrores y fantasmas, hasta cuando se encontraba bien.

La verdad es que el ambiente sombrío de la cartuja era tal que no ya el débil Chopin, sino la fuerte George se sentía a veces oprimida a causa de él, hasta el punto de escribir:

> Confieso que nunca he cruzado el claustro al anochecer sin una cierta emoción, y cualquier acontecimiento allí lo veía como fantástico y temeroso mezcla de angustia y placer.

Por ejemplo, el martes de carnaval, unas máscaras van a festejar a María Antonia, uno de los pocos habitantes de la cartuja, y la escritora transformó el sencillo acontecimiento en algo sensacional. Oyeron ruido en el claustro y pronto una débil claridad a lo lejos, en la profundidad vasta de la bóveda, que poco a poco se llenó de luz con el fuego de numerosas antorchas. En vez de disfrazados, George Sand ve a Lucifer en persona acompañado de un batallón de

seres abominables, y tiene que esforzarse para sostener su lámpara al nivel de la cara de la máscara y percatarse de que solo era alguien disfrazado.

«La hora, el sitio, la claridad de las antorchas, le daban una apariencia verdaderamente sobrenatural.» Es el resumen de su turbación.

Todos los musicólogos están de acuerdo en que la atmósfera de Valldemosa influyó en las composiciones fechadas en aquel lugar.

Efectivamente, la *Polonesa en do menor* (op. 40) es de un carácter sombrío, llena de dudas. El tercer *Scherzo en do sostenido menor* (op. 39) es más tétrico todavía, «el más dramático de la serie», según ha escrito alguien. Pero todo eso no es nada al lado de la *Sonata en si bemol menor*, llamada *Poema de la muerte*. La marcha fúnebre que compuso con anterioridad, y se interpretó en las propias exequias del autor, está incluida en la obra, de la que se asegura que Chopin compuso algunos fragmentos en Valldemosa.

En cuanto el *Preludio n.º 15 en re bemol mayor*, llamado también *de la gota de agua*, George Sand describe así su creación:

> Chopin se veía ahogado en un lago; gotas de agua pesadas y heladas caían rítmicamente sobre su pecho. Cuando yo le hice escuchar el ruido de unas gotas que caían efectivamente de forma rítmica sobre el techo, negó haberlas oído e incluso se enfadó a causa de lo que yo consideraba armonía imitativa; protestaba con todas sus fuerzas contra la puerilidad de esas imitaciones acústicas. Y tenía

> razón, porque su genio estaba lleno de misteriosas armonías de la naturaleza y no de una repetición servil de los sonidos exteriores. Su composición de aquella tarde estaba, en efecto, influida por las gotas de agua que resonaban sobre las tejas de la cartuja, pero en su imaginación y en su canto se habían transformado en lágrimas que caían del cielo sobre su corazón.

Es dificil describir mejor una inspiración real mecánica —aunque él la negara— transformada, mejorada, idealizada, por un genio del teclado.

No todas las horas del músico eran así de temerosas para su familia. George reconoce que, tras el susto inicial, cambiaba de expresión, sonreía y se ponía a tocar para su amada y los niños piezas divertidas donde no quedaba nada de los terrores nocturnos que le embargaban. George, una novelista convertida por aquellos días en crítica musical, describe así los preludios que vio nacer y corregir.

> Son piezas únicas. Algunos presentan visiones de monjes fallecidos y la audición de los cantos fúnebres que lo asaltaban. Otros son melancólicos y suaves; le llegaban en las horas de sol y de salud, al oír las risas de los niños bajo las ventanas, ante el canto de los pájaros bajo las hojas húmedas, a la vista de las pequeñas rosas pálidas sobre la nieve. Y, en fin, otras son de una tristeza y melancolía tal que aunque encantan al oído, angustian el corazón.

Con altibajos de salud física y mental, Chopin no deja de trabajar, y más cuando por fin consigue que le llegue el piano Pleyel que encargó.

El 22 de enero de 1839 puede, por fin, mandar a su editor en Francia, a través del amigo Fontana, los *Preludios*, la *Balada n.º 2 en fa mayor*, la *Polonesa en la mayor*, la *Polonesa en do menor* y un *Scherzo*. Según los expertos de su música, es probable que en la época mallorquina compusiera también la *Mazurka en mi menor* (op. 41), y los *Nocturnos*.

... Y teniendo en cuenta las visiones dramáticas que el ambiente nocturno de la cartuja le inspiraba, no sería raro que también naciera allí el esbozo de su *Sonata fúnebre*.

Si la vida interior era intensa por parte de los dos —novela y música—, la externa y social apenas existía. George y sus hijos salían todas las tardes —como ella comentaba— a hacer excursiones por los alrededores, subían por las colinas y bajaban a los valles aunque cayera una fuerte lluvia. Semejante actividad hace que, asombrosamente, mejore la salud de Maurice, que allí se siente fuerte y feliz.

En cuanto a la vida social... Para empezar, la gente tradicional de España (en Mallorca la mayoría del pueblo) había recibido con tristeza e indignación una Ley de Desamortización que ponía fin a una vida tradicional a la sombra de tantas iglesias y conventos. A su responsable directo, Mendizábal, el amigo de George, le habían dedicado unos versos anónimos que decían así:

Mendizábal... ese hereje,
el que a los frailes echó,
quitándoles el sustento;
el que campanas a ciento
de las torres derribó;

el que cerró las ermitas
y mató de hambre a los curas;
el hombre que dejó a oscuras
a las ánimas benditas.

(Los dos últimos versos aluden a las velillas que en las iglesias se encendían en su recuerdo.)

Entre los conventos desahuciados estaba la cartuja de Valldemosa; por primera vez, desde que había memoria local, no sonaba su campana ni se veía a los frailes salir a consolar enfermos y a rogar por los muertos.

Y a cambio, ¿quiénes se habían instalado allí? ¡Una francesa que vestía de hombre y llevaba a su hija ataviada de la misma forma! ¡Que vivía con alguien con quien no estaba casada! Y, para acabar de oler a azufre, que jamás asistía a la misa del pueblo...

Cuando pasean por el pueblo todos les miran entre cuchicheos desagradables y los niños tienen prohibido acercarse a Maurice y Solange, pues ¿quién sabe qué extrañas enfermedades físicas y morales podrían contagiarles?

Si entran en los comercios de comestibles, deben comprar éstos a precios exorbitantes y su sabor les extraña. Los embutidos, por ejemplo, que tienen, como todo, demasiadas especias; el pescado, que según George es seco, como los pollos. En ese desierto gastronómico sólo gustan de los dulces, sabrosa herencia de los árabes que ocuparon durante siglos la isla, y de la uva. De vez en cuando su amigo, el cónsul de Francia en Palma, les envía algo con que mejorar su dieta.

Si en lo físico están aislados, la moral del grupo,

dirigida por la indomable George, sigue intacta. La mujer que ha desafiado con su indumentaria y sus atrevidas páginas a todo un país llamado Francia no dejará que las caras hostiles de un pueblo mallorquín le impidan escribir, ni a Chopin componer; tampoco que se interrumpa la educación, entre el libro y la observación de la naturaleza, que da todos los días a sus hijos.

A mal tiempo del exterior, buena cara interna. Sus celdas van adquiriendo un ambiente agradable con esteras de Valencia, cerámica de Felanitx (un pueblo mallorquín) y mantas de indiana.

Incluso, escribe orgullosa, ha conseguido una estufa (recuérdese su antipatía por el brasero) que le hizo un herrero de Valldemosa, «¡por la que pagué cien francos!», un precio alto.

De allí sólo salen para hacer excursiones por una campiña que siguen admirando, mucho más cuando, como ocurre en Mallorca, la primavera se adelanta cubriendo en febrero los numerosos almendros de flores.

La lejanía de amigos y asociados, más las deficiencias del servicio postal mallorquín, dan motivo a Chopin para enhebrar una carta donde la ira se mezcla a ratos con el humor.

> A Julien Fontana, París. Palma, 14 de diciembre de 1838.
>
> Querido Julien:
>
> Ni una palabra tuya, y es ya la tercera carta que te escribo, si no la cuarta. ¿Has franqueado tus cartas? ¿Acaso no ha escrito mi gente? ¿Les ha sucedido tal vez una desgracia? ¿Te has vuelto un perezoso? No, tú no eres perezoso; tú eres activo.

> Indudablemente has enviado a mi familia mis dos cartas (las de Palma), y me has escrito; pero el correo local, el más irregular del mundo, no me ha entregado nada aún [...] Hasta hoy no he recibido la noticia de que el piano ha sido cargado en Marsella en un barco mercante. Supongo que invernará en el puerto, donde quedará anclado (pues aquí nadie se mueve cuando llueve), y que lo recibiré el día de mi marcha, lo que me producirá el mayor placer, porque así, además de pagar los quinientos francos de aduanas, tendré la alegría de volverlo a embalar para mandarlo de nuevo.

En la misma carta hay otra queja sobre el transporte. Si los caminos son tan malos como variados, los coches son peores. No existe en toda la isla ninguno de los que entonces se consideraban mejor fabricados y más cómodos, es decir, los procedentes de Inglaterra.

> He recibido hace tres días tu carta del 9 de este mes, y como es fiesta y el correo no sale hasta la otra semana, te escribo sin prisa; la letra que te envío tardará sin duda un buen mes ruso en llegar hasta ti. La Naturaleza es una cosa muy bella, pero cuando uno ya no tiene nada que hacer con los hombres. Ni caminos, ni correos. Siempre que he venido aquí a Palma ha sido con el mismo cochero, nunca por el mismo camino. Los arroyos abren los caminos, las riadas los reparan; hoy no se puede pasar por allí, porque lo han labrado; mañana sólo pasarán las mulas, ¿y qué coches tenemos? Con decirte, querido Julien, que no encontrarás aquí ni un solo inglés, ni siquiera a un cónsul.

El piano llegó por fin —dice— el 28 del mismo mes—, pero se quedó preso en la aduana en espera de unos derechos que Chopin juzgaba exorbitantes... igual que todas las mercancías. Menos mal que la naturaleza mallorquina sigue siendo bella al estar poco mancillada.

> El piano está en el puerto desde hace ocho días, esperando; ¿qué dirá la aduana, que quiere montañas de oro por esta porquería? Aquí la Naturaleza es bienhechora, pero los hombres son unos ladrones; como nunca ven extranjeros, no saben cómo hacerles pagar lo que venden. Las naranjas están tiradas, pero un botón para los pantalones cuesta sumas fantásticas. Todo eso, sin embargo, no es más que un grano de arena al lado de este cielo y de la poesía que respira aquí todo, y del colorido del sitio más bello del mundo, que aún no han mancillado los hombres. ¡No son muchos los que han venido a espantar a las águilas que vuelan todos los días por encima de nuestras cabezas! Escribe, por el amor de *Dios*. Pon franqueo a tus cartas y añade: «Palma de Mallorca.»

Un toque antisemita se deslizará en la carta a Fontana del 28 de diciembre de 1838. Al parecer un editor hebreo de partituras le reclamaba un dinero.

> Qué importa lo que se diga de mí. ¡León, el judío! No puedo enviarte los *Preludios* porque no están terminados; estoy mejor, me daré prisa; en cuanto al judío, voy a escribirle una carta abierta con un «gracias» que se tragará hasta los talones (o bien hasta donde él quiera). ¡El granuja...!, y decir que he ido a verlo la víspera de mi salida para

escribirle que no envíe nada a mi casa. Schlesing es todavía más perro por haber puesto mis valses en álbum ¡y vendérselos a Probst!, cuando de acuerdo con él se los he dado para Gytz, de Berlín. Todos estos insectos me molestan menos ahora. Que León se retuerza de furia, pero de ti me compadezco y dentro de un mes, a más tardar, estarás en paz con León y con mi casero. Emplea, si es necesario, el dinero de Wessel.

La alusión a la avidez hebrea por el dinero es típica pero, al parecer, Chopin también encontraba natural obtener beneficios de su trabajo, como se ve en una carta sin fecha enviada desde Valldemosa a Pleyel, que, además de proveedor de pianos, era su editor para Francia. En ella le ofrece sus últimos trabajos realizados y fija el precio que estima valen para cada país donde pueden venderse. Sólo al final, como un niño cogido en falta, se avergüenza de su interesada misiva.

A Camilo Pleyel. París.

Querido amigo:

Por fin le envío mis *Preludios*, que he terminado en el *pianino* de usted, llegado a Palma en el mejor estado posible, a pesar del mar, del mal tiempo y de la aduana.

Le he encargado a Fontana que le entregue a usted mi manuscrito, por el que deseo mil quinientos francos para Francia e Inglaterra. Como usted sabe, Probst tiene la propiedad por mil francos para Haertel en Alemania. Estoy libre de compromisos con Wessel, en Londres; éste puede pagar más caro. Cuando pueda usted, entregue el dinero a Fontana. No quiero girar contra usted

desde aquí, porque no conozco a ningún banquero en Palma.[1]

Puesto que ha querido usted, mi buen amigo, tomarse el trabajo de ser mi editor, preciso advertirle que tengo aún varios manuscritos a su disposición. 1.° *La balada* (que entra también en los contratos de Probst para Alemania). Por esta balada quiero mil para Francia e Inglaterra. 2.° Dos polonesas (de las que conoce usted una en *la*). Quiero por ellas dos mil quinientos francos para todos los países de la tierra. 3.° Un tercer *scherzo* al mismo precio que las polonesas para toda Europa. Esto irá llegando a sus manos, si usted lo desea, de mes en mes, hasta que llegue el propio autor, quien le dirá a usted que ya no sabe escribir. He tenido noticias de usted indirectamente por Fontana, que me ha escrito que estaba usted mejor. El correo aquí es de una organización maravillosa. ¡Desde hace tres meses estoy esperando una carta de mi casa de Varsovia! ¿Y su familia? ¿Y la señora Pleyel? ¿Y los señores Denoyers? Expréseles a todos mis mejores deseos para el año 39. Espera carta de usted —aunque sea muy pequeña— y le quiere siempre su afectísimo.

F. CHOPIN.

Perdóneme la ortografía.

Valldemosa, cerca de Palma, 22 de enero de 1839.

Me doy cuenta ahora de que no le ha dado las gracias por el piano —y de que no le hablo más que de dinero—; ¡decididamente, soy un hombre de negocios!

1. Hemos visto que conocía a uno: Canut.

Quizá el resumen más breve y completo de su estancia en Mallorca lo dé Chopin en esta nota a su gran amigo y eficaz representante.

> A Wojciech Grzymala, París.
> (Palma), 3 de diciembre (de 1838).
> Amigo mío: entrega a Fontana mi carta para mis padres. Toso, gruño y te quiero. Hablamos a menudo de ti. Hasta ahora ni una carta tuya.
> Éste es un país diabólico en lo que concierne al correo, a los hombres y al confort. El cielo es tan bello como tu alma; la tierra es tan negra como mi corazón. Te quiere siempre. Ch.

Mientras tanto en París...

La gracia epistolar francesa, como se sabe, es única. Desde el siglo XVIII ha elevado el chisme y el rumor a la categoría de la mejor literatura. Como ejemplo de buena prosa y mala intención se puede poner esta carta de la amante de Musset, Marie d'Augoult, a otra cotilla parisina, Carlotte Marliani, hablando de George y Chopin. Es imposible decir más maldades en menos palabras..., con una sola afirmación positiva: el genio de Chopin.

> Florencia, 9 noviembre 1838.
> El viaje a las islas Baleares me divierte. Siento que no se hubiese realizado hace un año. Cuando George se hacía sangrar, yo le decía siempre: «En vuestro lugar, preferiría a Chopin.» ¡Cuántos lancetazos ahorrados! Además, no hubiera escrito las *Lettres à Marcie*, no hubiera amado a Bocage y todo hubiera sido mejor para mucha gente buena.

¿Durará mucho la estancia en las Baleares? Tal como les conozco a los dos, se cobrarán odio al cabo de pocos meses de cohabitación. Son dos naturalezas «antípodas», pero poco importa; es bonito a más no poder y no sabéis cuánto me alegro por los dos. ¿Y Mallefille? ¿Qué es de él, en medio de estos conflictos? ¿Volverá a templar su orgullo castellano, como él decía, en las aguas del Manzanares? ¿Acaso George tenía razón el certificarme, tantas veces, que era espantosamente necio y ridículo? Nunca he estado muy alarmada por el *estado de salud* de Maurice. En todo caso, el sol de España sería un curioso remedio para sus palpitaciones. Es natural que os guste el talento de Chopin; se trata de la deliciosa expresión de una naturaleza exquisita. Es el único pianista que soy capaz de escuchar, no solamente sin tedio, sino con profundo recogimiento. Dadme detalles sobre todo esto. ¿Curáis las llagas de Bocage o ha caído también en desgracia? Siento, en verdad, que no podamos charlar de todo esto juntas; os aseguro que es de lo más gracioso...

El escritor Lamennais, que al parecer era tan amante del cotilleo como las damas parisinas, aconsejó a la Marliani que se la enseñara a George, que escribió: «¡Así es como una es juzgada y definida por ciertas amigas!»

George es el centro donde convergen todos los problemas del hogar; las peleas entre los hermanos, que alternan con juegos cordiales, y, sobre todo, los problemas constantes del «hijo» más difícil: Frédéric, que hace de cualquier pequeña dificultad en la co-

mida o de una tormenta que cae de improviso cuando pasea un drama que hay que sobrellevar y endulzar con la paciencia de una enfermera que fuera, además, madre y amante.

Y que tampoco cesa de escribir mientras Chopin compone. En esas semanas ha terminado *Spiridion* y prepara una nueva edición de *Léila*.

Y sigue escalando montañas con sus hijos..., hasta que un día, en el intento de acercarse al mar, resbala y sólo el brazo, ya fuerte, de Maurice impide en el último momento una caída mortal. Esa cercanía del fin, más el agravamiento de la salud de Chopin hacen que decida dejar la isla, algo que venía posponiendo semana tras semana.

Si a su llegada —noviembre de 1838— George había escrito que pensaba quedarse para siempre en Mallorca, en febrero de 1839 asegura que «ya es hora de dejar este infierno donde reina una raza estúpida, ladrona y devota». De acuerdo con su ideología, ese último era un defecto tan grave como los anteriores.

La salida resulta tan complicada como su llegada. Los campesinos se niegan a alquilarle un carruaje, pues temen que se contamine con la enfermedad de Chopin. Por fin encuentra un patache de dos ruedas que salta con cada aspereza del camino, lo que al pobre Chopin le producirá un fuerte ataque de hemoptisis al llegar a Palma.

Pero para salir de la isla aún quedaba una rémora: el famoso y pesado piano. La lógica mandaba venderlo a un aficionado a la música de la isla, que obtendría, por un buen precio, una joya acústica. Pero a eso se oponía el temor de la gente de Palma

al contagio; lo había tocado un tuberculoso. Al respecto escribe Elena Choussat:

> Después de un invierno pasado en la montaña y durante el cual el estado de Chopin se siente empeorar, decidieron su regreso, y nuestros viajeros volvieron a la ciudad [Palma]. Fuimos a casa de Fleury [el cónsul francés] la víspera de tomar el vapor, para despedirnos, y en esta ocasión fui testigo de la desesperación de madame Sand a propósito del piano que debía llevarse de ciudad en ciudad, sin saber dónde podría pararse el pobre Chopin moribundo.

Decía George Sand al banquero Canut:

—Es nuevo y excelente, escogido por un maestro, ¡creedlo! No ha sido pagado todavía en casa Pleyel. ¡Haced que se venda!

Pero no valían razones ante la posibilidad de contraer la enfermedad.

—¿Qué quiere usted? —respondía aquél—. Se lo he ofrecido a la señora Ayaman y ha puesto el grito en el cielo. He hecho la misma proposición a la señora Gradolí y también lo ha rehusado. No me atrevo a proponerlo a nadie más, no quieren escucharme.

Por fin la señora Choussat se quedó con el Pleyel y cedió su propio piano a la señora Gradolí. El banquero abonó su importe, mil doscientos francos, a Pleyel y Compañía directamente.

Los herederos del comprador, que hoy poseen el instrumento, conservan esta carta autógrafa de Chopin:

Señor:

Hace más de un mes que he recibido una carta de Pleyel relativa al piano. He retrasado mi contestación siempre en espera de recibir noticias suyas y acabo de contestarle únicamente que usted ha adquirido este instrumento por mil doscientos francos. Tras restablecerme por completo en mi salud, dejaré Marsella de inmediato y, puesto que no iré directamente a París, me creo en la obligación de rogarle, para evitar cualquier retraso, que se sirva dirigirse para el pago, a París, a los señores C. Pleyel y Cía., calle de Rochechouart, número 20, quienes están advertidos. Sírvase, señor, aceptar el testimonio de mis distinguidos sentimientos.

F. Chopin, Marsella, 18 de marzo de 1839.
Sr. Canut. Palma.

Los viajeros consiguen plazas en el mismo barco en que llegaron, *El Mallorquín*, que al día siguiente les deja en Barcelona, desde donde, ocho días después, pasarán a Marsella en un buque de guerra francés cuyo comandante se apiada de Chopin.

La despedida del país que hace George es tremebunda: «¡Cuánto odio a España! He salido de ella, como los antiguos, caminando hacia atrás.»

Mayo de 1839. Nohant de nuevo, la vuelta al refugio de siempre tras la aventura mallorquina, y esta vez con un nuevo huésped, Chopin, a quien ¡menos mal!, le gusta la casa y, sobre todo, el jardín con árboles gigantescos que habían hecho las delicias de

una niña llamada Aurore Dupin, convertida en una dama a la que el músico se refiere en sus cartas, con fingido respeto: «Madame Sand..., mi anfitriona, la señora de la mansión.» Por su parte, ella le denomina en las suyas con burla maternal: «Chip, Chop o, para que suene más polaco, Chipenski.»

La casa y su comedor de gala están abiertos continuamente a los amigos de la pareja, que son una relación de las personalidades de su tiempo. El pintor Delacroix, fijo entre los invitados; tiene como discípulo a Maurice, que presenta buenas disposiciones para el dibujo y el color. Se encuentra también la actriz Marie Dorval, quien, según algunos, está ahora secretamente enamorada de Chopin, que se deja mimar como huésped de honor.

Frédéric se levanta tarde, se pasea por las habitaciones, escribe cartas, almuerza solo, compone y a las cinco de la tarde se reúne con los demás para cenar. Después, con su arte, se convierte en el centro de la reunión. Hace variaciones sobre cualquier tema, improvisando, o toca obras conocidas, suyas o de otro compositor. A veces lo hace a cuatro manos con Solange, ahora su alumna.

Como se ve, los dos hijos de George tienen profesores de categoría.

George Sand asiste a esas veladas como parte del público, pero hasta esa hora ha estado trabajando intensamente en sus libros. Aparte de ser su costumbre, la obligan a ello los elevados gastos que esa hospitalidad generosa le ocasionan diariamente.

Pero ahora el único protagonista es Chopin. En su admiración hacia él, su amante quisiera verlo todavía más alto en la música; se le reconoce como

un gran compositor de obras pianísticas, pero según George Sand podría aspirar a más…

> Un día, alguien orquestará su música sin cambiar nada de su partitura para piano y entonces todo el mundo sabrá que ese genio tan completo, tan sabio como el de los grandes maestros que ha asimilado, escondía una personalidad más exquisita que la de Johann Sebastian Bach, más poderosa que la de Beethoven, más dramática que la de Weber.

¡Cuánto orgullo maternal hay en estas palabras! Es la respuesta de una orgullosa progenitora a las insinuaciones más o menos envidiosas de conocidos. Sí, es un gran pianista, un buen músico, pero… comparado con los grandes maestros que mueven a su antojo a tantos instrumentos, de cuerda, viento y percusión, resulta poca cosa…

Y devuelve a George el calificativo con que ella le alude continuamente al mencionar las causas de su mejoría.

«… y más que nada han sido los cuidados infinitos de mi ángel, los que me han vuelto a poner de pie aunque sobre unas piernas un poco delgadas.»

El músico se siente tan bien que puede enviar a sus amigos las instrucciones pertinentes para la edición de sus obras. Naturalmente los tratos comerciales son siempre difíciles y más cuando el interlocutor es de la raza de Abraham. Chopin deja traslucir en ese momento de su carta otra vez dos constantes de su pueblo: la antipatía a los judíos; y a los alemanes.

«¿Qué quieres? Los judíos serán siempre judíos y los teutones, teutones, pero no hay más remedio que tratar con ellos.»

Paralelamente George hace decir a su editor Buloz por otro intermediario, Madame Mariliani, que le envíe dinero sobre «el asunto de Lélia» y se enorgullece del éxito de su compañero: «Chopin, por su parte, ha trabajado lo suyo y va a salirle el oro por las orejas.»

Con el mismo entusiasmo describe el concierto que, a pesar de usar un órgano en pésimo estado, dio con su maestría habitual Chopin en el fueneral de un amigo de los dos, el tenor Nourrit, que se suicidó en Nápoles tras una crítica adversa a su actuación allí.

Empujada por su cariño la misma George escribe:

> Ese Chopin es un ángel; su bondad, su ternura y su paciencia alguna vez me preocupan; creo que es un organismo demasiado fino, demasiado exquisito, demasiado perfecto para que viva largamente en nuestra grosera y pesada vida terrenal. En Mallorca y a pesar de estar muy enfermo ha compuesto una música que olía a Paraíso pero yo estoy tan habituada a verle en el cielo que no creo que la vida o la muerte signifique nada para él. Frédéric no se da realmente cuenta en qué planeta está; no tiene la menor idea de la vida que los demás concebimos y sentimos.

Un juicio tan inteligente como apasionado, combinación rara para describir a alguien.

Y Chopin se siente en el mismo grado de unión cuando dice a Fontana: «Si la conocieras como yo la conozco ahora, la querrías todavía más.»

Al principio de su relación, el poeta alemán Heine, describe así a la pareja:

«Ella: hermosos cabellos castaños, cayendo sobre los hombros; ojos un poco turbios y dormidos, dulces y tranquilos; una sonrisa llena de bondad; una voz mate y velada, que se oye poco, porque George es taciturna y registra en sí misma más de lo que entrega. Él: una sensibilidad sobrehumana para la cual el menor contacto es una herida, el menor ruido el estallido de un trueno; hombre de intimidad, encerrado en una existencia misteriosa, pero que, a veces, sale de ella con un fogonazo violento; encantador y extraño.»

No creo que se haya dado nunca en la historia del arte una unión semejante de dos fuerzas de la naturaleza: literaria una, melódica la otra y a veces llegando a la fusión. Una noche, George describe brillantemente, una visión campestre. Chopin se la elogia:

—¡Qué bonito es eso que estás diciendo!

George lanza entonces un desafío.

—¿De verdad lo crees? Pues pásalo a tu música.

Chopin empieza a improvisar mientras George le anima apoyando la mano en su espalda.

—¡Sigue, valiente! Mueve esos dedos de terciopelo...

Con los cuidados de su amada, buena nutrición y aire puro, Chopin sigue mejorando, pero siempre dentro de los límites que su frágil salud le permite. La escritora sabe definir la situación con palabras exactas al informar a un amigo común:

> ... Está a veces mejor, a veces menos bien; nunca mal, ni del todo bien. Creo que el pobre chico está destinado a una existencia perpetuamente

lánguida; por fortuna su moral no se ve alterada por ello, y en el momento en que se siente un poco más fuerte, ya se muestra alegre.

El cuidado constante del enfermo tiene más mérito si recordamos que George también sufre problemas de salud, concretamente intestinales, por lo que a menudo tiene que guardar cama. Como escribe un agradecido Chopin: «George, mi ángel guardián, ha caído enferma.»

Según sabemos, George suele hacer partícipes a sus corresponsales de los placeres que experimenta, tanto los del espíritu como los de la carne. Sin embargo, en esos meses no encontramos en sus cartas ninguna alusión al placer sexual con Chopin, de lo que algunos biógrafos deducen que la pasión de antes se ha convertido en una dulce amistad platónica.

Para confirmarlo, y aun teniendo en cuenta lo poco que a menudo hay que creer a George Sand, tenemos una carta dirigida al gran amigo de la pareja, Grzymala. Es el 12 de mayo de 1847 y dice así:

> Hace siete años [es decir, desde 1840 en Nohant] que vivo como una virgen con él [Chopin] y con los demás [tenía entonces treinta y seis años], sin esfuerzo ni sacrificio; hasta tal punto estaba harta de pasiones y desilusionada [...] Ya sé que muchos me acusan; unos de haberle agotado por la violencia de mis sentidos, los otros de haberle desesperado con mis negativas. Tú conoces la verdad del asunto. Él se quejaba de que yo le mataba con mi frialdad mientras que yo tenía la seguridad de matarle si me portaba de otra manera.

La queja aludida de Chopin podría explicar la acusación en otra carta de George:

> Chopin busca en los brazos de las criadas el remedio a la dieta que le he impuesto.

Exageraciones (que nunca pueden evitarse en el caso de George Sand) aparte, parece, efectivamente, que en esos años —1839-1840— hay poca relación sexual entre los dos. ¿Y cómo puede la mujer que conocemos aceptar tan fácilmente ese ayuno? Las malas lenguas, tan corrientes en su mundo, dirán que la expresión «vivo como una virgen» se refiere concretamente a la ausencia de un hombre en su cama. Porque ahora ha aparecido una cantante, Pauline García, hermana de la famosa Malibrán, ya citadas ambas de origen español y, por cierto, hijas del tenor Manuel García, lo que quizá haga que George cambie su juicio adverso respecto de nuestro pueblo.

La vida, pues, sigue igual, pero la del «amor más sexo» de anteriores aventuras ahora se ha dividido: el primero sigue siendo Chopin; el segundo se encarna en Pauline.

En cuanto a él, amar no amará demasiado, pero su trabajo avanza. En el verano de 1839 Chopin está terminando la *Sonata fúnebre*, que empezó en Valldemosa. Las noches de George y Frédéric quizá no sean tan tórridas como antes, pero las veladas resultan cada vez más agradables. Ahora Chopin ha introducido un nuevo aliciente para animarlas: el teatro de marionetas. Él lo dirige, escribe los argumentos y, cuando los muñecos bailan, lo hacen al son de su piano.

> Parecía guiarlas a su guisa haciéndolas pasar, según su fantasía, de lo divertido a lo serio, de lo burlesco a lo solemne, de lo gracioso a lo apasionado.

Chopin tenía gran facilidad para hacer imitaciones tan fieles al original que, entre sus anécdotas, se cuenta que, un día, copió a Liszt en su manera de vestir, hablar y tocar, con tal exactitud que un ingenuo admirador de provincias que asistía a la representación, al encontrarse unos días después con el auténtico Franz Liszt, le dijo indignado: «¡Ah! ¡No, Chopin, esta vez no me engañará usted!»

En una de esas veladas, el perro de George corría en círculos intentando morderse la cola. La dueña de la casa dijo entonces, dirigiéndose a Chopin entre risas: «Si tuvieras el talento necesario compondrías ahora el *Vals del perrito.*»

El compositor recogió el guante y surgió de sus manos el *Vals en re bemol*, que siempre se negó a llamarlo por el nombre sugerido en el desafío. Como en Valldemosa rechazaba ser escuchado como un mero imitador de la vida real en lugar de un creador abstracto.

También en 1840 la novelista intenta trocarse en autora dramática. Como ocurre a menudo, tratándose de géneros tan diferentes, fracasa. Su *Cósima* es silbada, algo que, como es normal en ella, no le impresiona en absoluto. Su reacción consiste en encuadernar un ejemplar de la obra y regalárselo a su protagonista Marie Dorval, para que se rían juntas del fracaso.

Lo malo es que después de fallar en un terreno desconocido, el del teatro, tiene otro problema en el que pisa más fuerte: la novela. Su editor Bouloz le rechaza el original de su *Horace* (otro nombre masculino) porque en él se presenta al proletariado como una fuerza social digna de tenerse en cuenta, lo cual, en opinión del director de la *Revue des Deux Mondes*, molestaría a sus burgueses lectores. ¿Podría endulzar el texto? Respuesta típica de George: «No me avergüenzo nada de mi novela como creéis y no voy a cambiar nada en ella.»

A pesar del tono empleado, concluye con una frase amable: «Tengo la suficiente estima por usted como para estar segura de que, en mi lugar, tampoco cambiaría nada.»

Si una revista no quiere publicar su obra, sólo queda lanzar otra que lo haga. Se llamará *Revue Indépendente* (como ella misma) y todos sus amigos en las letras y en las artes reciben su petición de colaborar con ella y apoyarla económicamente.

En esa jungla de intereses y envidias que es cualquier profesión, Chopin y Liszt se llevan por entonces de forma ejemplar con mutuo respeto hacia sus respectivas habilidades. Así nace la bonita anécdota que ningún director de cine ha dejado de utilizar al filmar sus biografías.

Era una noche de mayo y los invitados estaban reunidos en el salón de la casa. Liszt tocaba un *Nocturno* de Chopin, pero, siendo él mismo compositor, no se limitaba a interpretarlo tal y como estaba escrito. Así intercalaba variaciones de todas clases, saliendo y entrando a su capricho de la partitura. Todos estaban admirados de su habilidad... menos

Chopin que no podía ocultar su nerviosismo al ver tratar su obra con tanta libertad. Por fin se acercó al piano y dijo:

—Querido amigo, si me haces el honor de tocar algo mío, toca lo que está escrito; sólo Chopin puede corregir a Chopin.

Listz se levantó, un poco molesto.

—De acuerdo. Tócalo tú, entonces.

—Con mucho gusto.

Cuando Chopin se sentaba, una mariposa se acercó al quinqué y se quemó en la llama, apagándolo. Alguien quiso reavivar la llama, pero el músico se opuso.

—Al contrario. Apagad también todas las velas. Me basta la luz de la luna.

Debió de ser el sueño de todos los melómanos del mundo. Chopin tocando sus obras durante una hora iluminado únicamente por los rayos que entraban por la ventana. Cuando terminó, los presentes se levantaron entusiasmados; el primero fue Liszt, que le dijo, abrazándole:

—Querido amigo, tenías razón…, las obras de un genio como tú son sagradas, y quien se atreva a corregirlas comete una profanación.

Chopin le tranquilizó, Liszt, dijo, era capaz de tocar temas de cualquiera, ya fuera Weber o Beethoven, como nadie, y volvieron a abrazarse entre los aplausos del público. La anécdota corrió por todos los salones de París, y Chopin la repetía con la satisfacción de quien ha ganado una partida difícil. Lo supo Liszt, e imaginó una pequeña venganza. Días después, en el mismo salón donde había ocurrido la pugna anterior, rogó a su amigo que se sentara al

piano mientras ordenaba a un criado que apagase todas las luces para que el ambiente fuese más íntimo; esa vez sin siquiera la luz de la luna. Ya a oscuras la sala, y cuando Chopin iba a empezar, Liszt le dijo al oído que le dejara la banqueta; el otro, imaginando que se trataba de una broma, se deslizó silenciosamente hasta la butaca vecina. Entonces Liszt procedió a interpretar todas las composiciones que Chopin había tocado en la velada famosa, y lo hizo con tal pureza que los emocionados asistentes creían que el polaco repetía su concierto anterior. De pronto, se detuvo, prendió una cerilla y encendió las velas que había encima del piano.

Asombro en la sala. ¡Creíamos que era Chopin!, a lo que el bromista contestó, saludando: «Como veis, Liszt puede ser Chopin cuando quiera, pero Chopin, ¿podría ser Liszt?»

Nunca se supo, porque Chopin, tal vez por temor, quizá por orgullo, no aceptó el desafío, con lo que la pugna quedó en tablas.

Esos dos genios de la música se admiraban mutuamente, pero en esa amistad Chopin tenía más reservas que Liszt. El 26 de abril de 1841 da un concierto en la sala Pleyel, *Balada op. 38*, *Scherzo op. 39*, *Mazurca op. 94*, la *Polonesa op. 40*, además de varios preludios y estudios. El encargado de la reseña es Legouvé, pero tiene que ceder el puesto a Listz cuando éste se lo pide como un favor. Cuando Chopin se entera, dice a Legouvé:

—Hubiera preferido que la hicieras tú.

—¿Por qué? —se extraña el crítico—. Conseguir

un artículo de Liszt es una suerte. Te labrará un reino.

—Sí —suspira Chopin—, pero dentro de su imperio.

Desconfianza injusta. Liszt se volcará en elogios, llamando a Chopin «un poeta elegíaco, profundo, casto, soñador; en sus obras todo parece surgir de golpe con fuerza y novedad al poseer el arte, grande e independiente que caracteriza la obra de los genios». A propósito de ello, *France Musicale* (2 de mayo de 1841) dice, por vez primera, lo que repetirá el mundo tantas veces después:

> Chopin es el poeta del sentimiento por excelencia. Sueña, llora, canta con dulzura, ternura y melancolía expresando los sentimientos más elevados. Puede decirse que es el creador de una escuela de piano y de una escuela de composición. Es, en fin, un pianista aparte que no puede ni debe compararse con nadie.

Liszt cree que

> los *Preludios* de Chopin son composiciones de un orden completamente aparte. No son, como el título podría hacer pensar, fragmentos destinados a ser interpretados a manera de prólogo de otras piezas, sino preludios poéticos, análogos a los de un gran poeta contemporáneo, que mecen el alma en sueños dorados y la elevan a las regiones del ideal.

Y en cuanto a las *Mazurkas*, se pregunta:

> ¿Qué diré de las *Mazurkas*, esas pequeñas obras maestras tan caprichosas y por tanto tan acabadas?

La camaradería y amistad entre los dos genios se enfriará por culpa de la amiga íntima de Liszt, Marie D'Agoult, que en ese cuarteto se siente, con razón, inferior en cultura y brillantez a su *partenaire* George Sand, por lo que lanza los chismes más envenenados contra ella, aludiendo a su amistad lésbica con la actriz Marie Dorval, algo que ya pertenece al pasado.

Además, quien por entonces la había sustituido en ese sentido, Pauline García, se casa con Viardot, y George Sand asiste complacida a la boda. A través de las cartas cruzadas y de las memorias de la novelista, el biógrafo tiene la impresión de que para George esos amores homosexuales constituían una diversión sin importancia, una especie de entremés entre dos pasiones masculinas. Por mucho que se vistiera de hombre y se hiciese llamar como tal («no me llames Aurore, por favor», dirá a un antiguo amigo), George es totalmente femenina en el cariño hacia sus amantes, y mucho más en la tendencia maternal que caracterizó la mayor parte de su vida.

Por ello, semejantes maledicencias la irritan. Liszt intenta explicar los desafueros de su amiga, pero al cometer él también otra imprudencia (se llevó a una amiguita al apartamento de Chopin sin advertirle y en su ausencia), las dos parejas, antes tan unidas, se distancian; una ruptura que será tan comentada como lo había sido la amistad.

Mientras tanto, Chopin y George Sand buscan sendos alojamientos en París, cercanos pero totalmente independientes. El fiel Fontana será el encargado de buscarlos, amueblarlos y aun de encontrar para él un criado (polaco si es posible). Madame

Sand, por su parte, necesita un hotelito cerca de la rue de Clichy o de la rue Blanche, todo en Montmartre, «con patio y jardín, sobre todo calmo, que no haya herreros en la vecindad —¡el recuerdo de Palma!— expuesto al sol [...] con buena vista».

El pobre Fontana, que era pianista, y de ahí su amistad con Chopin, tiene que olvidar su arte para buscar casa a los dos y, además, encargar al sastre del músico una serie de trajes.

Al parecer lo consigue todo. Un apartamento en la rue Tronchet junto a la Madeleine para Chopin, y un hotel con dos pabellones con jardín interpuesto en la rue Pigalle, siempre en Montmartre, para ella. Pero Chopin se ha engañado a sí mismo al imaginar que podía vivir solo. Está demasiado mimado para esa difícil tarea y, al poco tiempo, con la excusa de que su piso es húmedo, se traslada a la casa de George, que ahora se reparte por sexos: Chopin y Maurice en uno de los pabellones; George y Solange en el otro. «Las convivencias —dice irónicamente un biógrafo de Chopin ante lo conocido de su relación— están a salvo.»

Y en esa cómoda atmósfera los dos trabajan sin cesar, pero a horas distintas, aunque siempre tienen el anochecer para encontrarse y comparar lo realizado durante el día. La *Revue Indépendente* de ella está saliendo con éxito, y en sus páginas aparece en entregas, desde noviembre de 1841, el *Horace*, que no pudo salir en *Deux Mondes*.

También tiene éxito George con su *Consuelo*, nombre español que le gusta tanto como para llamar así a su amiga Pauline, quien, como dije, es del mismo origen.

Para Pauline, ya Viardot, «*Consuelo* nos hace temblar, reír, llorar, reflexionar». ¿Cuántos autores querrían que su prosa tuviese parecido efecto? Esa novela aparece también en capítulos en la *Revue Indépendente*.

Mientras tanto, su categoría de *femme savante* y su vanidad, claro, le permiten aconsejar a sus conocidos cuál ha de ser su conducta. A un tal Poncy, joven poeta de origen humilde (albañil), le anima a poner su obra al servicio del proletariado y no de la burguesía. Su hija Solange, que a los quince años, engreída por los elogios que los famosos que frecuentan la casa hacen de sus primeras incursiones en la poesía, oye decir a su madre que no escriba en un tono «tan rebuscado»; ella responde, ofendida, que «no todos tienen tu estilo», y le reprocha el que invada su terreno en las letras, ella, que se permite coquetear con Chopin, quien ya la aprecia como mujer.

Una anécdota de esa época. En una excursión, cerca de Nohant, Chopin cabalga en una burra mientras ella sigue a pie (lógico, puesto que es la fuerte). Un asno se acerca e intenta violar a la cabalgadura de Chopin, pero tiene que retirarse ante los golpes de sombrilla que una encolerizada George le propina para proteger al amante y a la jumenta. Todo termina entre risas.

La admiración del músico por la pequeña se une a la del pintor Delacroix, quien, como dijimos, es su maestro, y que discute una vez con Chopin sobre si las piernas de Solange se parecen a los cedros del Líbano o, como dice él, más bien a los tilos. Escuchar piropos parecidos de dos personajes famosos

bastaba para envanecer a cualquier adolescente, y Solange no fue una excepción.

Separación provisional de la pareja. Chopin tiene que ir a París, pero George no le deja viajar solo. Para protegerlo y cuidarlo, estará a su lado... Maurice. El hijo menor cuidando del mayor. De él se fía George para que le comunique cualquier deterioro en la delicada salud del músico para que su madre vuele a su lado, porque, como escribe el 18 de noviembre de 1843 al fiel Grzymala:

> Le echo de menos tanto como yo a él. Siento la necesidad de velar por él tanto como lo necesite. Echo de menos su cara, su voz, su piano, su leve tristeza, hasta el desgarrador ruido de su tos. ¡Pobre ángel! Puedes estar seguro de que no le abandonaré jamás; mi vida está consagrada a él para siempre.

Impresionante..., si no fuera que, como hemos visto a lo largo de estas páginas, para Aurore/George la enfática palabra «jamás» sólo se refiere al preciso momento en que la dice.

En cuanto a su trabajo, y en su nueva línea de protectora de las clases bajas, George, como habría hecho Voltaire, denuncia en un folleto titulado *Fanuchette* la tragedia de una muchacha de la edad de Solange, retrasada mental, que fue expulsada del convento donde las religiosas se cansaron de cuidar de ella.

De vuelta a París a cuidar de sus «pequeños», que naturalmente se alegran de ver a quien trabaja por ellos, administra por ellos y, a veces, incluso piensa por ellos sin dejar de pensar también en

otros. A George la vida le ha hecho creer que tiene capacidad de dirigir a los conocidos como lo hace con sus hijos. Así, cuando felicita a su antiguo protegido, Poncy, por el éxito de su segundo libro de poemas (felicitándose de paso por haber creído en su obra desde el principio), le exhorta a pensar en el porvenir.

Son frases nuevas en ella que parecen indicar una aproximación a teorías orientales, como la reencarnación. Éstas son sus palabras:

> El tiempo sólo nos parece largo a nosotros, porque a los ojos de Dios no existe. Nuestros siglos no cuentan en la eternidad y nosotros vivimos y nos movemos en ésta con Dios porque morimos para renacer y progresar. Cada existencia es la recompensa, el castigo de la que la ha precedido...

En 1959, en Ceilán, un taxista budista me lo explicó más sencillamente: si he sido bueno en la vida puedo reencarnarme en un hombre rico o en un rey, pero si he sido malvado renaceré convertido en un mísero perro. Esa amplia posibilidad se mantenía siempre en el mismo sexo.

Por ello su sorpresa desembocó en una carcajada cuando le pregunté si podía reencarnarme en una mujer. ¡Una mujer! ¡Imposible!, y se reía como un loco ante la extraña posibilidad que le había planteado.

Lo anterior no gustaría a la feminista George, que concluye:

> Cada virtud acumula para tu próxima reaparición en la tierra un tesoro de recompensas [...] Puedes estar seguro de que ya has vivido en esa tierra y que tu genio poético es la recompensa de unas buenas acciones y de unos sacrificios de los que no te acuerdas.

Hablando de religiones, ¿cuál es la de Chopin? En principio, y por naturaleza, debía de ser totalmente católico. Como se sabe, Polonia representa la punta de lanza que Roma consiguió mantener en la Europa central después de perder Rusia a manos de ortodoxos y Prusia de los protestantes... Probablemente esas religiones de los enemigos «naturales» del país reforzaron el nacionalismo exacerbado que ha sido, durante siglos, una característica polaca. Los poderosos vecinos no sólo eran enemigos por pretender invadir su tierra —lo que conseguían a menudo— sino también por rezar a Dios de forma diferente.

Esa herencia debería haber hecho del compositor un devoto, pero no era así. Ya vimos que en Valldemosa se mantenía, al igual que George, lejos de la iglesia, lo que, en ese caso, incluso le perjudicaba. Después, a lo largo de su vida, no dio nunca muestras de devoción, y si asistía a ceremonias religiosas lo hacía más para oír la música sacra que movido por la fe. Liszt asegura que rezaba todas las noches, pero no hay manifestaciones exteriores que confirmen esa devoción.

Quizá su obsesión por la muerte, tan presente en sus composiciones, podría interpretarse como típica de un católico, pero esa tendencia no se confirma en ningún otro acto público.

Es verdad que, poco antes de morir, Chopin aceptó los auxilios espirituales que le ofrecía la Iglesia Católica, pero ello puede deberse a la vuelta a la niñez que experimentan tantos moribundos o a un simple temor al más allá conjurado mediante el rito que a él le resultaba más familiar.

La memoria de George es bien viva, tanto en amor como en rencor. Su odio hacia Musset, que se niega a devolverle sus cartas de amor (tampoco es natural esa obsesión por ocultar un episodio que todo el mundo conocía), le impulsa a describirlo duramente cuando se entera de que su protegido, Poncy, le ha enviado su libro de poemas. Era algo lógico por parte de un novicio hacia el consagrado por las musas, pero George lo aprovecha para abrir su caja de truenos contra el hombre con quien viajó encantada a Venecia.

> ¡Un ejemplar a Musset! ¡Una persona que desprecia profundamente a los obreros poetas y a menos que ocurra un milagro escupirá sobre tu libro! Se ha convertido en un cortesano y conservador, a la vez marqués y clase media. El fuego sagrado que en otra época le inspiraba cantos sublimes está muerto.

... Como el amor que sentía por él, evidentemente.

Por su parte, Chopin sigue trabajando en la composición y da conciertos; entre ellos uno a cuatro manos con otro pianista célebre de entonces, Moscheles, en la corte de Luis Felipe. Al final ambos ar-

tistas reciben sendos regalos del rey: Chopin una copa de plata dorada y Moscheles un neceser de viaje, algo que, según el comentario del músico polaco, «es una forma como otra cualquiera de decirle: "¡Ala, márchate!"». Como se ve, el «dulce ángel» de George tenía a veces maledicencias diabólicas.

Y además de componer e interpretar, llama al médico. Un cronista de su vida ha tenido la paciencia de contar los que le atendieron en sus dieciocho años de estancia en París (no mencionamos, pues, los de su adolescencia en Polonia ni los consultados en sus viajes) y salen veinticinco.

Esos sabios le diagnosticaron, por orden o conjuntamente, las siguientes enfermedades: tuberculosis pulmonar, laringitis crónica, anemia, debilidad muscular, fragilismo intestinal, aparte de problemas psicológicos como rasgos de esquizofrenia y delirios.

Cuando no consulta al médico, Chopin lleva una vida regular dentro de su orden particular. Como dijimos, se levanta tarde; se demora en su aliño y, al fin de la mañana, esto es nuevo, da una o dos lecciones; almuerza solo o en compañía de un amigo y vuelve a dar clases hasta las cinco de la tarde. Entre ellas o después de esa hora, corrige o completa obras en curso, pero no se lanza a la gran composición, que deja para la primavera o el otoño. Como profesor, y dados los datos que tenemos de su carácter impulsivo y apasionado, podemos imaginar su reacción ante el trabajo que realizado por los chicos y chicas, que llegaban temblando a la presencia del gran maestro. Si fallaban una nota o «ensuciaban» un acorde (cuenta uno de ellos), se encolerizaba, arrancándose los cabellos y partiendo los

lápices. Por el contrario, si el alumno movía correctamente los dedos sobre el teclado, dulcificaba su expresión: «¡Muy bien, ángel mío!» (al parecer, George había impuesto ese vocablo en la casa), y el discípulo se emocionaba pensando ya en lo que iba a decir a sus padres: «Lo he hecho tan bien que me ha llamado ángel mío!»

Es curioso que las opiniones musicales de Chopin las tengamos gracias a un pintor, eso sí, gran melómano. Es Delacroix quien «pincha» continuamente al compositor, poco dado a teorizar, para que sus ideas y gustos, que luego anotaba devotamente en su *Journal*, llegaran hasta nosotros. He aquí algunas de ellas.

> Para mí, Beethoven estaba atormentado por el recuerdo de Bach [...] Es cierto que Mozart ha trabajado mucho, pero de una forma menos ansiosa que Beethoven, siempre guiado por una idea de conjunto que no le permitía hacer cambios drásticos en su idea primitiva [...] la inspiración es la propia razón adornada por el genio.

Lo anterior parece contradecir la comparación típica que hacemos hoy de aquel período. La razón, del XVIII; el sentimiento, del XIX. Pero resulta que un romántico total, Chopin, admira sobre todo a un neoclásico llamado Mozart:

> Acuérdate de lo que decía Mozart: «Las pasiones violentas nunca deben expresarse hasta provocar el desagrado. Incluso en situaciones horribles jamás deben herir los oídos e interrumpir el ser intrínseco de la música.»

Esta amistad de Chopin y Delacroix era curiosa en el sentido que mientras el segundo adoraba la música y la comprendía, a Chopin apenas le interesaba la pintura, y menos la de Delacroix. Según cuenta George:

> Éste no se cansa de escuchar a Chopin; le encanta y conoce a fondo sus composiciones. Chopin lo agradece, pero cuando mira un cuadro de su amigo sufre, porque no sabe qué decirle. Él es músico, sólo músico, y sus ideas sólo pueden traducirse en forma de música.

¡Ah! Por si no tuviera bastante con la administración de la casa —escribir, cuidar a los hijos y hacer deporte (sigue montando a caballo)—, George Sand prepara confituras. La de ciruela, concretamente, le sale tan bien que regala tarros a varios amigos. ¿Distracción? De eso nada. George lo hace todo a conciencia.

> Esta confitura hay que prepararla una misma y no se puede dejar un solo instante. Es algo tan serio como escribir un libro.

Una perfeccionista como ella no podía decir otra cosa.

También consigue que su hijo Maurice sea declarado inútil para el servicio militar, seguramente más por las influencias de ella que por las deficiencias de él..., que poco después debuta en la vida sexual —¡cómo pasa el tiempo!— al convertirse en el amante de Pauline Viardot, con lo que, en cierto

modo, hereda un amor de su madre. Louis Viardot no está al corriente de su desgracia conyugal, advierte Pauline a George antes de irse a San Petersburgo a cantar ante el zar y tras admitir que «quiere seriamente a Maurice». Y hablando de Luises: otro surge en la escena política: Luis Napoleón, sobrino de Napoleón el Grande (la mala intención de Víctor Hugo, bautizará a este *parvenu* como «Napoleón el pequeño»).

Bonaparte es hijo oficial del hermano de Napoleón, aunque algunos duden de la virtud de su madre, una Beauharnais que había heredado de la emperatriz cierta tendencia al engaño marital; e intentará por dos veces imitar a su famoso tío tomando el poder mediante un golpe de Estado. En las dos ocasiones fracasa, y tras la segunda intentona es apresado y confinado en el fuerte de Ham. George, hija de un oficial napoleónico por un lado, políticamente escorada a la izquierda por el otro, cree que ese pretendiente aporta a la vida francesa un concepto social que ha faltado en los últimos tiempos, tanto en la Restauración como en el tiempo de otro Luis, Luis Felipe de Orléans. Por eso le escribe a la cárcel.

> El pueblo, como vos, está aherrojado y el Napoleón de hoy es el que personifica los dolores del pueblo común, de la misma forma que el otro personificaba sus glorias.

Viniendo de una novelista de fama, Bonaparte recibe esta carta con gran satisfacción. En cuanto a George, y en lo que se refiere a su vida privada, parece que ya se ha olvidado del abandono de los

placeres sensuales que ha comunicado a sus amigos en los últimos tiempos.

Lo prueba el romance que en 1845 le une a un famoso periodista y sociólogo llamado, ¡otra vez!, Louis. Se trata de Louis Blanc, a quien en febrero de 1845 George le manda una misiva que empieza por «Mi querido ángel» (¿les suena?) y termina con un «Duerme bien, te amo».

A propósito, ¿se puede llevar una vida amorosa de esa variedad y seguir siendo una señora? George, al parecer, sí, como, en su nueva faceta didáctica explica a Marie de Rozières, discípula de Chopin y maestra de Solange:

> Hija mía, sólo seréis amada con amor verdadero cuando seáis absolutamente respetada.

En otras cartas de la época se queja de los ataques de celos que tiene últimamente Chopin. (Es evidente que, en alguna de sus manías, el músico contaba con algún dato en que apoyarse.)

Entre los comentarios de George sobre el músico hay alguno gracioso como cuando le cuenta a su amiga Marie de Rozières: «Chopin se extraña de sudar. Está desesperado; asegura que, por mucho que se lave, huele mal; nos ha hecho llorar a todos de risa ver a un ser tan etéreo que no puede admitir que transpire como los demás. Por favor no comentes esto: se pondría furioso.»

Las diferencias llegan al terreno doméstico. Chopin se irrita cuando en Nohant, George quiere despedir a dos criadas que llevaban mucho tiempo en la casa.

«Chopin no concibe que no se siga soportando toda la vida lo que se ha soportado durante veinte años. Yo le contesto que, precisamente porque uno ha soportado algo veinte años, es tiempo de que descanse.»

El músico que no ha captado la amenaza literaria de George ahora sí parece asociar lo que hace ella con una sirvienta y la que podría hacer con él, porque refrena un poco sus reacciones de niño mimado.

«Julio de 1846. Este año está muy amable conmigo. He hecho bien en encolerizarme, lo que me dio el valor de decirle lo que pensaba de él amenazándole con cansarme... En estos momentos se porta bien y ya sabes lo bueno y admirable que es cuando no está loco.»

Por fin, entre los numerosos pretendientes a la mano de Solange, aparece uno que conviene a su madre y a la hija. Fernand de Preaulx. De Casimir Dudevant se acuerda sólo ahora y él ante la noticia responde que en trece años apenas ha sabido nada de Solange y que no piensa contribuir a su dote... aunque la invita a pasar unos días con él.

La satisfacción con que George se contempla siempre a sí misma, aumentando sus virtudes y excusando sus defectos, tiene una excepción. George Sand no quiere seguir fumando. Adoptó la costumbre para completar su atavío de hombre, y ahora no puede abandonarla. Su queja a un amigo en julio de 1845 resulta tópica, siglo y medio después todos la hemos oído de parte de amigos y parientes: «Tengo un defecto abominable... ¡fumo cigarrillos!»

La frase es precisa y por ella y por otros testimonios sabemos que la novelista nunca fumó otra cosa, ya que la leyenda del puro en sus labios nace gracias

a los dibujantes humorísticos de entonces, que encontraban más gratificante completar la imagen del sombrero de copa, levita y pantalón, con un gran veguero en la boca; esos cigarrillos, según ella, ni siquiera son gruesos.

> Cigarrillos pequeños, insípidos, mezquinos, si se les compara con los que consumen algunas «leonas» (elegantes y presumidas de la época) de hoy [...] Y sin embargo si estoy tres horas sin fumar, caigo en estado de torpor [...] Ése es mi gran vicio. Lo adquirí trabajando durante la noche y para combatir el sueño.

Ya nos extrañaba que toda la carta fuera la confesión de una falta de voluntad por parte de George. Como se ve, al final intenta justificar un vicio con el virtuoso origen de una ayuda para mantenerse despierta cuando necesitaba escribir para comer. Pura imaginación, por otra parte, porque ya sabemos que, con mayor o menor afluencia, jamás pasó por ese tipo de penalidades.

La hora de la cena era la de los contactos familiares, George y los niños, y sociales. Después, la pareja se desplazaba a cualquiera de los actos a que, dada su fama, estaban invitados. Muchos de sus amigos eran de origen polaco, y, como ya he señalado, consideraban el francés como su segunda lengua y París como su segunda patria, mucho más desde que la primera gemía bajo la bota rusa. Naturalmente, sólo los ricos podían permitirse ese exilio dorado, y todas las familias que trataban Chopin y George en París pertenecían a la nobleza y la plutocracia.

Eran nombres que todavía hoy se mantienen,

como los Potocky (un descendiente suyo fue el embajador de Polonia en Madrid antes que los rusos —otra vez— ocuparan su país en 1945), o los Radziwill, como se llamaba el marido de la hermana de Jacqueline Kennedy, los Wolicki, los Lempicki. Otros anfitriones nativos eran la *crème* de París en lo que a recepciones se refería, como la condesa de Noailles o los Rothschild.

Como es natural, ninguno de esos dueños de casa resiste a la tentación de pedir al invitado de honor que les deleite interpretando al piano, y Chopin habitualmente no se hace de rogar. Sabiendo de qué público se trata —aficionados de la alta sociedad, no profesionales—, elige lo más ligero, y, sin embargo tan profundo, de su amplio repertorio, como los valses, nocturnos, estudios, escocesas...

Él dice que tocar esas piezas equivale a «contar pequeñas historias en música»; claro que si el ambiente no es de su agrado esa «obligación» de mostrar su talento le molesta, y lo hace notar. Según Berlioz, ocurrió en una de esas veladas en que todo parece funcionar mal, desde el aspecto de alguno de los invitados, a la comida. La cena había resultado peor que mediocre y la dueña, disgraciosa y petulante, no quería perder la oportunidad de lucir a su huésped más importante, por lo que insistía a pesar de sus negativas.

—Señor Chopin, señor Chopin, tiene usted que tocarnos alguna cosa; por favor, señor Chopin.

Para acallarle, el músico se sienta al piano, toca con desgana un par de piezas y se levanta.

—¡Oh, señor Chopin...! ¿Sólo eso? No va a

dejarnos ahora con la miel en los labios, señor Chopin. ¿No quiere tocar algo más?

Y el músico contesta:

—Perdone, señora, pero es que he comido tan poco…

Para los emigrados Chopin no es sólo un polaco que, como ellos, vive en el extranjero. Es la representación de lo más sublime del alma de un pueblo que se resiste a desaparecer aunque lo haya hecho como estado independiente. Como dirá Liszt: «En la marcha de su *Sonata fúnebre* se nota que no se llora la muerte de un héroe, sino la de toda una generación que ha sucumbido dejando atrás sólo mujeres, niños y sacerdotes.»

Como «mensajero de Dios para un pueblo disperso»; le definió un siglo después otro polaco insigne y también músico, Paderewski que escribió: «Chopin es el sacerdote que lleva a los polacos de la diáspora el sacramento de la patria ausente.»

En contraste con esa atmósfera a la vez refinada y nacionalista, las reuniones que prepara George Sand en su casa son de carácter político y tono izquierdista. Cuando Chopin cruza el jardín para incorporarse a ellas encuentra a socialistas como Bianchi, Louis Blanc, un socialcristiano llamado Lamennais, Lerroux…

En realidad son teóricos que, estando en contra del viejo régimen, corruscante de nobleza y grandes industriales, no creen que el bajo pueblo esté preparado para asumir un mando que debe quedar en manos de una burguesía que, eso sí, dé ejemplo de solidaridad social. Escribe George:

> Si el pueblo da su apoyo a la burguesía, ésta no abusará de su posición ni se dejará engañar por consejos pérfidos, por falsas alarmas, rumores sin confirmar ni calumnias contra el pueblo. El pueblo será justo, calmo y bueno siempre que la clase media le dé ejemplo.

Si Chopin se aburre en la reunión de escuchar proclamas políticas, lo que le pasa a menudo, puede acercarse a otro grupo compuesto por escritores tan agudos como Heine, aquel que ni siquiera en su lecho de muerte podrá reprimir su sentido del humor. Acuciado por un sacerdote para que el poeta judío, convertido recientemente al catolicismo, maldijera públicamente a Satanás, se excusó con estas palabras: «Padre, creo que en las circunstancias en que me encuentro es mejor no hacerme enemigos…» Pero eso está muy lejos todavía. Ahora Heine y Chopin se ríen como niños utilizando un lenguaje que han inventado para la ocasión. Más allá están los músicos: Liszt, Berlioz, Meyerbeer y el crítico Saint-Beuve.

George es una mujer a la que no le basta con mandar en su familia próxima. Le gusta intervenir en cualquier acontecimiento, cercano o lejano, si está en desacuerdo con cualquiera de las soluciones que se plantean. Ya vimos cómo utilizó el arma que le es más familiar, la pluma, para defender a una pobre chica del pueblo expulsada por las monjas que la atendían. Ahora la injusticia le toca más de cerca. Se trata de una sobrina llamada Augustine Brault. Su madre, Adèle, es prima hermana suya y está intentando convencerla de que, vista la difícil

situación económica de la familia, acepte lo que entonces se llamaba púdicamente un «protector», es decir, un caballero rico de cierta edad que se comprometía a asegurar el bienestar económico de la muchacha y de los suyos a cambio de obtener los favores de la chica cuando lo considerase conveniente y con cierta discreción.

Era un arreglo típico del París del siglo XIX y cuya última estampa nos la dio Colette con su simpática *Gigi*, publicada a principios del XX.

A la independiente George, que nunca se ha vendido, le parece humillante ese arreglo y convence a Adèle de que le deje ocuparse de Augustine llevándola a Nohant. Su idea no es sólo benéfica. Aparte de salvar a la chica del papel de «entretenida», ha pensado que podría ser una buena esposa para Maurice (él tiene veintidós años, Augustine veintiuno).

Es verdad que existe una amante del chico llamada Pauline Viardot, pero George cree que, dado su carácter, su hijo preferirá un matrimonio sosegado y convencional a la aventura que tiene hoy o puede tener mañana.

> Sólo es feliz en la casa, trabajando en una vida metódica y regular. Ese temperamento tranquilo me hace pensar que en Augustine encontrará todo lo que pueda desear de seguridad, dulzura, alegría y simplicidad.

Adèle duda. ¿Y si el muchacho sólo quiere divertirse con ella, estropeando así el próspero negocio que se le ofrecía? George la tranquiliza. Si no hay boda, su hijo respetará a Augustine como a una hermana.

Llegadas a un acuerdo, Augustine se presenta en Nohant y sus primeras jornadas son de alegría juvenil. Con gente de su edad en el marco de los jardines de la mansión, la muchacha se alegra de haberse librado de las caricias de un señor que le doblaba la edad.

Tras Nohant, será París, con la familia aumentada por la nueva «hija». Solange simpatiza con ella..., ambas toman lecciones de canto con Manuel García, padre de Pauline... Solange cumple ahora dieciséis años y la eterna rebelde, George, no tiene más remedio que acatar, por una vez, las costumbres tradicionales de la buena sociedad y llevar a las dos al gran baile del hotel Lambert. Como una madre burguesa más en esas ocasiones, George asegura a quien la quiera oír que, a pesar de que había en los salones tres mil quinientas personas, «mis hijas estaban muy hermosas y han atraído todas las miradas».

George tiene que seguir en su nuevo papel de madre de una muchacha bella y casadera, lo que significa mirar con lupa a todos los galanes que se acercan a pretenderla. Uno, el escultor J. B. Clésinger, quiere adorar el santo por la peana y pide permiso a George para dar a una estatua que está terminando el nombre de la protagonista de una de sus novelas favoritas: *Consuelo*, permiso que la halagada escritora concede en el acto. Otro pretendiente fracasa, apenas llega, por su fealdad que repugna a Solange. De nuevo George tiene que olvidarse de su independencia y de su afición estética para dar consejos prácticos (¡ella!) a su hija. En una carta, se lamenta del siguiente modo:

> Veo que Solange tiene unas ilusiones sobre la perfección de un posible marido que es necesario rebajar lo antes posible. Ahora cree que los dioses del Olimpo vendrán en masa a pedir su mano. Ignora que los dioses no son de este mundo.

Y sin embargo ella los ha buscado siempre, y cuando no los hallaba los inventaba colmando a los amantes corrientes de todas las perfecciones celestiales.

... Que luego, ante la experiencia, tiene que rebajar bastante. Eso es lo que le está ocurriendo con Frédéric Chopin..., del que empieza a notar más los defectos que las virtudes. Como profesional de la pluma que es, ese desengaño tiene que plasmarlo en una novela que contrata para que salga por entregas en el *Courrier Français* (y además de desahogarse con ella cobrará ocho mil francos, una suma elevada para la época). La obra, que aparecerá entre el 25 de junio y el 17 de agosto de 1846, se titula *Lucrezia Floriani*. Su protagonista es ella, claro, una mujer de treinta años

> cuyas costumbres audaces, los enamoramientos desenfrenados, la fragilidad de corazón y la audacia de su espíritu se mezclaban en una protesta violenta contra todos los principios del mundo y de la religión oficial.

Es George clavada.

En cuanto al protagonista, su amante, el «príncipe Karol», es un celoso insoportable:

> ... un día tuvo celos de un cura que venía a pedir limosna. Otro de un mendigo que tomó por un galán disfrazado...

Pero los fallos del personaje no terminan aquí.

> Era verdaderamente insoportable, porque quería someter la vida real, que jamás había comprendido, a principios que no podría definir. Era burlón, afectado, remilgado, de vuelta de todo. Podía morder muy lentamente, como para divertirse, y la herida que causaba llegaba hasta las entrañas de su víctima; a veces se encerraba en un silencio desdeñoso, en un desprecio que dañaba.

Es Frédéric Chopin... crucificado.

El cruel retrato sorprende al estudioso de la vida de George Sand. Cada uno de esos juicios peyorativos los había escrito ella antes, pero siempre quedaban compensadas por cualidades que los hacían dignos de perdón. Esta vez es una retahíla de vicios sin excusas ni justificaciones, pero probablemente ciertos, y lo digo porque, cuando George lleva su crueldad a leerle la obra a Chopin en presencia de Delacroix, éste comprobará, con susto primero y asombro después, que Chopin ¡no se siente aludido! «Durante esa lectura yo estaba sobre ascuas —recordará el pintor después—. Me asombraban tanto el verdugo como la víctima. Madame Sand parecía muy tranquila y Chopin no dejará de apreciar la lectura.» «A media noche salimos juntos —recuerda Delacroix. Chopin quería acompañarme y yo lo aproveché para sacarle, con mayor detalle, su impresión... ¿fingía ante mí? Llegué a la conclusión que

no era así, que no había comprendido nada porque seguía elogiando aquella novela de forma entusiasta.»

> Otro día se enceló de un criado que, bien tratado como todos los sirvientes de la casa, le contestaba en un tono que no le pareció natural. Después fue el médico, y más tarde un primo tonto. Karol estaba celoso incluso de los hijos. ¿Incluso? Habría que decir «sobre todo». En efecto, eran los únicos rivales que él había tenido, los únicos en los que Floriani pensaba tanto como en él.

Sólo faltaba que la autora precisara que los chicos se llamaban Solange y Maurice.

Naturalmente, no es sólo Delacroix quien nota el claro parecido entre la verdad y la literatura. Cuando su amiga Hortense Allart, tras comentarlo con otros conocidos comunes como Saint-Beuve, se atreve a preguntárselo directamente, George se permite el lujo de ofenderse ante esa curiosidad. ¿Cómo iba ella a desnudarse así en público? Karol no es una persona concreta, y sí la mezcla de varios hombres que ella ha conocido. Y además da una excusa de la que ella misma, dada su inteligencia, se hubiese reído de oírla en boca de un colega. No puede ser ella Floriani porque ésta tiene cuatro hijos «y ella sólo tiene dos», y además, «de ser cierto, ¿cómo se iba a atrever a escribir esas descripciones junto a Chopin y a leérselas a él mismo?».

—¿Y Chopin no se ha reconocido en Karol? —pregunta la amiga.

—No —contesta ella, muy segura de sí—; porque no es él ni Lucrezia soy yo.

La verdad es que, tras tantos años y estudios so-

bre la pareja, sigue siendo un misterio, en primer lugar la audacia de George al confeccionar ese retrato literario de sus relaciones con Chopin y, aún más, la nula reacción del aludido al conocerlo. Es posible que el deseo, a veces inmoral, de todo escritor de aprovechar para sus libros cualquier incidente o personaje que encuentre en la vida real, se uniera el propósito de provocar una reacción indignada en Chopin que le facilitara la ruptura que ella no se atrevía a declarar por un último rescoldo de amor... o por piedad. Aunque esta forma de ridiculizarlo no se aviene con el mínimo respeto que se debe a un enfermo.

Siguiendo esa teoría es posible también que Chopin no quisiese seguirle el juego fingiendo no comprender la semejanza; con ello le dejaba la responsabilidad de afrontar sola el fin de sus relaciones.

Esta teoría puede confirmarse por el hecho de que el músico, que jamás admitió en público ser el modelo de ese retrato, dos años después no puede evitar escribir en una carta enviada desde Escocia:

> No he maldecido jamás a nadie, pero estoy harto de todo últimamente, creo que me encontraría mejor si pudiese maldecir a Lucrezia.

Es decir, el alter ego de George en la novela.

Maurice y Chopin siempre se han llevado bien y sólo en 1846 hay entre ellos un incidente que ella considera importante, cuando es lo que sucede en cualquier familia cuando el trato diario provoca algún

que otro roce. Pero en esos momentos a George le conviene encontrar razones para su alejamiento.

Según la *Histoire de ma vie*...

> Maurice fue ofendido de forma inesperada por Chopin por una razón insignificante. Poco después hicieron las paces, pero el grano de arena había caído en el lago tranquilo y, poco a poco, los guijarros se fueron precipitando en el fondo.
>
> Chopin se irritaba a menudo y a veces injustamente. Fui notando cómo el mal se extendía a mis otros hijos, pocas veces a Solange, que Chopin prefería por la única razón de que era la única persona que no le mimaba.

¿Qué significa esto? ¿Que a Chopin le gustaba, de forma masoquista, aquel que le trataba peor? Esa acusación es inédita en el pliego de cargos que George preparaba contra su amante.

> ... Pero sí a Augustine, con una terrible amargura. Mientras que conmigo Chopin era la devoción, la atención, la deferencia en persona, no había abandonado las asperezas de su carácter contra quienes me rodeaban.

El incidente requiere una tregua en la relación de Chopin con la familia Dudevant. El compositor se va a París, donde se quedará casi todo el invierno, pero no deja de realizar encargos para Nohant. Compra bombones, telas cuyas muestras han sido elegidas por las mujeres de la casa, perfumes. Y cada paquete que llega lo hace acompañado de cartas tan afectuosas como ésta:

> Que seas feliz y te vaya bien [...] Escribidme si os hace falta cualquier otra cosa. ¿Cómo le va a tu salón el estar cálido, a vuestra nieve de Nohant el ser encantadora, a la juventud el divertirse? ¿Tenéis suficiente repertorio de contradanzas para la orquesta de pantomimas? Divertíos tanto como podáis, sed felices. En cuanto a mí, me defiendo.

Y no faltaban los saludos para los «niños» al final de la carta; pero además, escribe a Solange:

> Ya he rogado a tu madre que te transmitiera mis deseos más sinceros para tu porvenir; ahora quiero que sepas el placer que me causó tu encantadora nota, en la que parecías tan dichosa. Estás en la cúspide de la felicidad, y así es como espero verte siempre. Con toda mi alma, hago votos para que tengas una próspera vida. Ch.

Las ilusiones de George sobre la felicidad de su hija duran bien poco. Apenas un mes y medio después del matrimonio, manda a Clésinger una carta con una lista de quejas.

> En París he encontrado a Solange bajada de su pedestal. Me ha parecido entregada a pequeñeces desagradables, a celos tontos y hasta malvados. En lugar de elevarla a tu altura, has dejado que volviera a ser una niña maliciosa y poco sincera. Me ha dicho cosas hirientes y en un tono que parecía el reflejo de su odio hacia mí.

Pero el futuro de ese matrimonio ya lo había visto claramente Chopin, aun descontando de su

opinión adversa la antipatía que un hombre mayor siente por quien se lleva a una muchacha que él amaba entre paternal y físicamente. La historia de esa relación la describe así a su familia de Varsovia:

> Desde el principio no me ha gustado nada que Clésinger fuera ensalzado de tal manera por la madre de Solange, ni que las dos se trasladaran casi a diario a su taller a posar para él. La madre es adorable, pero carece por completo de sentido común y todos los defectos de ese segundo Miguel Ángel [la ironía, como se ve, es fuerte] los achacaba a su calidad de genio.

En otro momento de su carta Chopin teme que ésta sea demasiado negativa para su amante, y la elogia.

> Sin embargo todo lo que madame Sand inicia acaba de buena manera, incluso cuando parece imposible que así sea. Ella, aunque trabaja mucho, se encuentra muy bien, y a pesar de haber escrito tantos libros (más de noventa) tiene los ojos perfectos.

Probablemente Chopin incluyese toda clase de folletos en la cifra que da y que, a pesar de la actividad frenética de George, nos parece muy alta. A las ventajas fiscales siguen las morales:

> Todo el mundo le adora [...] es caritativa. En lugar de organizar una boda de gran lujo para su hija, ha dado mil francos a los pobres de su parroquia.

Ahora Chopin se da cuenta, de que quizá exagera tanto en sus elogios que éstos no resultan creíbles, y da una nota más imparcial y humana. «Sin embargo, algunas veces le ocurre que no dice la verdad...»

Pero, claro, «eso es algo aceptado en una novelista».

Después de esto tiene que volver al tema que le preocupa, aunque signifique otro juicio adverso para quien lo aceptó.

> Ese matrimonio ha hecho una curiosa impresión en París, donde se conoce a Clésinger como un ser brutal y un bebedor sin escrúpulos.

La impresión, entonces, más que «curiosa» debería haber sido escandalosa, sobre todo por la tendencia erótica de sus esculturas.

> La estatua que ha expuesto últimamente representa una mujer desnuda en una postura más que indecente. Y para justificar esa postura ha tenido que añadir una serpiente arrollada en una de las piernas de la estatua. Da miedo ver cómo la imagen se retuerce. Es el retrato de una cortesana muy conocida en París, por lo que mucha gente se asombra de que una joven como Solange se haya enamorado de un artista que expone tan voluptuosas, por no decir impúdicas, obras. Os aseguro que en su próxima exposición el público tendrá ocasión de ver, en otras estatuas, el vientre y los senos de su propia esposa.

Chopin habla luego de un posible encuentro con alguien de la familia, quizá en el Rin, para acompañarle luego a París…, pero no tiene más remedio que volver al tema que le obsesiona:

> Insisto que el desdichado matrimonio de Solange, a la que desde hace diez años veo todos los días y por la que a menudo he intervenido ante su madre, me ha causado una triste repulsión.

Según los *souvenirs* de J. B. Clésinger, y que por ello son de poca fiabilidad, en el curso de una discusión entre suegra y yerno se intercambiaron amenazas entre duras y cómicas.

George: «¡Caballero!, os voy a sacar en una de mis novelas y mucha gente os reconocerá.»

Clésinger: «¡Señora!, yo esculpiré vuestro culo y todo el mundo os identificará.»

Situarse entre las dos mujeres enfrentadas significa llevarse golpes por ambos lados. Solange le pide a Chopin que le preste su coche para un viaje que no quiere hacer en la incómoda diligencia. Chopin accede, pero cree su deber avisar a la madre de ese préstamo.

Una doble corrección que… irritará a las dos.

> (Verano de 1847.)
>
> Estoy muy apenado de saberte enferma. Me apresuro a poner mi coche a tu disposición.
>
> Así se lo he escrito a tu señora madre.
>
> ¡Cuídate! Tu viejo amigo. Ch.

George es quien agradece el detalle con una dura carta en la que le advierte que sólo podrá volver a Nohant si jura que no pronunciará jamás el nombre de Solange. Con ello la frustrada señora Sand quiere evitar lo que temen todos los equivocados del mundo, y que en este caso es: «¿Ves cómo tenía razón yo en cuanto a su casamiento?»

La respuesta de Chopin ante el ultimátum es tan firme como correcta. George sabe que él siempre ha intercedido ante ella por los hijos («por los dos», subraya), y que ella tiene que quererles siempre:

> porque son los únicos afectos que no mudan. La desgracia puede velarlos pero no destruirlos. La de Sand tiene que ser muy grande cuando prohíbe que se mencione el nombre de una hija en el momento en que ésta, por su estado, necesita más que nunca los cuidados maternales.

Solange espera un niño. La carta termina de forma digna:

> Ante un hecho tan grave que altera tus afectos más sagrados, yo no me doy por enterado de lo que a mí me atañe. Esperaré siempre con la misma actitud. Devotamente, Ch.

A la gente orgullosa no le gusta que le den lecciones de humanidad, y George reacciona ante la de Chopin como quien ha recibido una bofetada.

La ruptura de una pareja tan famosa se comentó en todo París, y a George le preocupan —aunque finja despreciarlas— las versiones según las cuales

ella es la culpable, cuando todo el peso de la separación *debe* de caer sobre un hombre con el que la convivencia resultaba imposible.

> ... No puedo, no debo, no quiero volver a caer bajo esa tiranía oculta con alfilerazos continuos, a menudo profundos...

Igual que los de su personaje Karol.

> ... Quiere quitarme hasta el derecho a respirar.

Sobre todo por los celos..., igual que Karol.

> Hombres, mujeres, viejos, niños, todos le resultaban objeto de horror y de celos furiosos e insensatos.

Aunque a sabiendas de la popularidad de Chopin, le asalta un temor:

> La gente hará de él una víctima y encontrará más interesante que la verdad suponer que, a mi edad [cuarenta y tres años], le he despedido para tener un amante. Todo eso me da risa.

Una risa más literaria que auténtica, probablemente, ya que sigue con su obsesión de sentirse vilipendiada por todos, empezando por Chopin. En vano Louis Viardot, el marido de Pauline, le reitera lo que ésta ya le ha dicho: que el músico estaba desde el principio en desacuerdo con el matrimonio de Solange pero que lamenta que su vaticinio negativo se haya cumplido; que compadece a las dos víctimas

del error y que «intenta transmitir unas palabras de consuelo a la única de ellas que me permiten ver» (es decir, Solange), y éste, concluye Viardot, no es el lenguaje de un enemigo. «Me temo que entre vosotros se haya interpuesto el aliento de bocas malvadas; ¡que Dios os proteja de ellas!»

La bienintencionada aclaración no sirve para nada... George prefiere creer en la maldad de su ex amante para justificar su decisión de dejarle. Chopin, que lo ha visto claro, se lo explica a su familia, con la que, desde que empezaron los problemas con George, se comunica más a menudo, en busca de comprensión y amparo.

> Parece que ella quería deshacerse, a la vez, de su hija y de mí, porque ambos le molestábamos. Pero como seguirá en contacto con Solange porque su corazón maternal no puede vivir sin noticias de su hija, se calmará durante un tiempo y su conciencia se tranquilizará. Ella está segura de que tiene razón y sostendrá que soy su enemigo, porque me ha puesto al lado del yerno que ahora ella no puede soportar por haberse casado con su hija [...] y sin embargo yo he hecho todo lo que estaba en mi mano para que ese matrimonio no se realizara.

Dicho así parece melodramático; el caballero luchando solo por una causa justa, pero, como hemos visto, su situación ilegal en la casa no le permitía más que un comentario escéptico sobre las posibilidades del enlace, lo que sí hizo; ahora la carta sigue con un análisis psicólogo increíblemente ajustado a la realidad.

Ese artista abúlico que de George parecía saber

sólo lo que convenía a su comodidad se revela en estas líneas como un observador de primer orden:

> ¡Qué criatura extraña a pesar de toda su inteligencia! Una especie de locura se ha apoderado de su espíritu o la hace destruir su existencia y la de su hija. Y con su hijo acabará igual; lo preveo y lo juraría. Para justificarse ante sus propios ojos a ella le gustaría descubrir cualquier maldad cometida por los que la quieren, que jamás le han causado el menor daño pero que ella no puede sufrir porque son el espejo de su alma [subrayado en el original]. Ésta es la razón por la que no me ha escrito una línea, por la que no volverá este invierno a París y por la que no ha hablado de mí a su hija.

De lo que está seguro Chopin en ese momento es de que su episodio con George ha terminado definitivamente. Es hora, pues, de hacer un balance —un poco *prodomo sua,* claro, como es humano en esos casos—, de los años pasados con ella.

> No lamento en absoluto haberla ayudado a pasar los ocho años más deliciosos de su vida, aquellos en que su hija crecía, aquellos en los que ella educaba a su hijo. No lamento lo que he sufrido [subrayado en el original, pero me compadezco de su hija, esa bella planta criada con tantos cuidados, protegida de tantas tormentas para que, después, la tronchara una mano maternal, con una imprudencia y ligereza que podría perdonarse en una mujer de veinte años pero no en una de cuarenta. Lo que ha sido y ya no es no tiene por qué recordarse.

Veamos. El espíritu lúcido y crítico que ha mostrado hasta ahora Chopin se confunde en la línea dedicada a Solange, dando la razón a aquellos que notaron en él un enamoramiento progresivo de la muchacha. Porque aunque el jardinero (George) hubiera destruido la «bella planta» con su falta de criterio ante la elección del marido, tampoco Solange, caprichosa, celosa, temperamental y vanidosa, era el inocente cordero llevado al sacrificio por una madre imprudente. Solange, como cualquiera de las muchachas de entonces, era mayor a los quince años —muchas se casaban a esa edad— y su frivolidad continua, su cansarse de los varios pretendientes, los celos de su madre combinados con el deseo de imitarla, y aún de superarla, nos dan un retrato de la joven bastante menos rosado del que nos ofrece Chopin. En cambio, a George sí la vio bien en el retrato que citamos y que termina así:

> Más tarde, cuando explore su pasado, madame Sand sólo podrá encontrar en él un buen recuerdo de mí. Ahora ella se encuentra en el estado más asombroso de exaltación materna, contenta en su papel de una progenitora perfecta, mucho mejor de lo que es en realidad. Se trata de una fiebre contra la que no existe ningún remedio, sobre todo cuando el ser que ataca está provisto de una imaginación desbordada y se mueve sobre un suelo movedizo.

Entre los dos personajes que tratamos con ansia de gloria, el triunfo se lo lleva sin duda Chopin. Si en su tiempo ambos eran conocidos, hoy, fuera de Francia, sólo algunos especialistas comentan a George Sand,

mientras todo el mundo sigue admirando a Chopin.

Sin embargo, la novelista tiene la ventaja de que compensa los magros ingresos de los escritores; mientras los juicios adversos del músico tienen que buscarse entre sus cartas particulares, los de ella sobre él llegan a miles de ojos gracias a sus libros.

Fue en *Historie de ma vie*, además de *Lucrezia Floriani*, donde George Sand crucificó al hombre a quien había querido y del cual se desengañó, más por culpa de su propio carácter que por las faltas de él, como hemos visto; al lado del elogio —obligado por otra parte, pues ¿quién puede negar el genio de Chopin?—, viene la mezquindad, los defectos exagerados de su amante.

> Sensible un momento a las dulzuras del afecto y a las sonrisas del destino, se incomodaba durante días o semanas enteras por el desaire de un desconocido o por las contrariedades mínimas de la vida cotidiana. Y algo curioso: un dolor auténtico no le hería tanto como uno insignificante. Lo mismo ocurría en su pobre salud. La aceptaba heroicamente cuando se trataba de peligros reales y se sentía atormentado por ella en los detalles insignificantes.

Y termina con un diagnóstico demasiado amplio y concluyente, como era habitual en ella:

> Es la historia y el destino de los seres en los que el sistema nervioso se ha desarrollado de forma excesiva.

Tras sopesar la disputa entre dos personajes extraordinarios, uno de los biógrafos de Chopin llega a una conclusión que creo acertada.

Ni Sand ni Chopin son seres perfectos, pero hay una cualidad que el segundo posee y que le falta a la primera: la nobleza. Entre la que fue baronesa Dudevant y Frédéric Chopin, hijo de un humilde maestro de escuela de origen campesino, él resulta el príncipe y ella la plebeya. A pesar de su menguado aspecto físico, Chopin demuestra un carácter firme que no transige cuando se trata de defender la verdad, mientras ella, mentirosa de nacimiento, se las ingenia, pase lo que pase, para adaptarla en su provecho.

Anteriormente, Chopin ha escrito a George continuamente, cuando él está en París y ella en Nohant. Son cartas curiosas en las que el genio de la música a quien todos, empezando por George, acusan de comodón y amante de ser servido y mimado, se preocupa de realizar los encargos que la novelista y sus hijos le hacen continuamente. Como en este caso:

Lunes, a 3 de diciembre, 1844.

¿Cómo están en casa? Acabo de recibir tu excelente carta. Aquí nieva tanto que me alegra que no estés en camino y me reprocho por haberte podido sugerir, quizá, el viaje en silla de posta con este tiempo. Solange debe de estar mal ya, porque nieva desde ayer por la mañana. Tu decisión de esperar algunos días me parece la mejor, y así tendré tiempo de hacerle calentar bien las habitaciones. Lo esencial es no ponerse en camino con este tiempo, con todos los sufrimientos en perspectiva. Jean ha puesto tus flores en la cocina. El jardincillo está lleno de bolas de nieve, de azúcar, de cisnes, de armiños, de queso de nata, en las manos de Solange y

los dientes de Maurice. Acaban de venir los fumistas, porque no me atrevía a hacer mucho fuego sin ellos.

Tu traje es de *levantine* negra, lo mejor que se hace. Lo he elegido de acuerdo con tus gustos. La modista se lo ha llevado con todas tus instrucciones. Ha encontrado una tela muy bella; sencilla, pero de buen porte. Me parece que estarás contenta. La modista me ha parecido muy inteligente. La tela ha sido elegida entre diez más; es a nueve francos el metro; de manera que es lo mejor que hay como calidad, y será, al parecer, excelente; por parte de la modista, que quiere quedar bien, ha sido previsto todo.

Aquí hay muchas cartas para ti. Te mando una que me parece ser de la madre de García [el tenor español]. Hay una de las Colonias, y una de Prusia para «Madame Dudevant, nacida Francueil», que te mandaría hoy mismo si no fuesen tan grandes. Si quieres, te las enviaré. Hay muchos periódicos (*L'Atelier*, *Le Bien Public*, *Le Diable*), algunos libros, algunas tarjetas; entre otras, la de monsieur Martins.

He comido en casa de Franchomme; no he salido hasta las cuatro a causa del mal tiempo, y por la noche he ido a casa de madame Marliani. Hoy cenaré en su casa con Leroux, según me ha dicho ella, si el proceso de su hermano, que debe verse hoy, termina temprano. He encontrado a los Marliani en bastante buena salud, salvo el resfriado. No he visto ni a Grzymala, ni a Pleyel; era domingo. Cuento con ir a verlos hoy un rato, si la nieve cesa un poco. Cuídate; no te fatigues con los paquetes. Mañana, una nueva carta, si me lo permites. Tuyo, cada vez más viejo, más increíble, extraordinariamente viejo. Ch.

Además.

Besos a tus hijos.

Franchomme ha pasado la tarde conmigo. Es muy bueno para mí. Se pone a tus pies. Recibo en este instante una carta, que me parece de Delatouche, y la adjunto.

En otra, días después, le contará detalles de su vida social, pero tampoco en ella veremos al ser egoísta y acaparador de atenciones que nos describe su leyenda negra.

Jueves, a las tres [5 de diciembre de 1844].

Acabo de recibir tu excelentísima carta, y te veo muy preocupada por tus retrasos. Pero apiádate de nosotros y ten paciencia, porque verdaderamente estaríamos todos apenados de saberte en camino con este tiempo y no en buena salud. Desearía que no encontrases sitio hasta más tarde, a fin de que hiciese menos frío; aquí, es fabuloso; todo el mundo pretende que el invierno avanza demasiado bruscamente. Todo el mundo son M. Durand y Franchomme, a quien he visto esta mañana y en casa de quien cené anoche junto al fuego con mi gruesa levita y al lado de su rollizo hijo. Era sonrosado, fresco, caliente y llevaba las piernas desnudas. Yo estaba amarillo, ajado, frío, y con tres franelas bajo el pantalón. Le he prometido chocolate de tu parte. El chocolate y tú son sinónimos ahora para él. Creo que tu cabello, que, según contabas, era tan negro, se ha vuelto ahora de color de chocolate. Es muy gracioso, y lo quiero muchísimo. Me he acostado a las diez y media, pero he dormido menos que la noche siguiente al viaje en tren.

Me contraría mucho el que tus plantaciones estén terminadas; me hubiera gustado saberte traba-

jando en zuecos y al aire libre, porque a pesar del frío y del barro aquí hace buen tiempo. El cielo es puro, y no se cubre de bruma más que para dejar caer un poco de nieve. He escrito a Grzym [su amigo Grzymala]. Él me ha escrito también, pero no nos hemos visto todavía. He estado, sin embargo, en su casa, pero no hay manera de encontrarlo.

Saldré, como siempre, para llevar esta carta a la Bolsa, y antes de ir a casa de mademoiselle de Rozières, que me espera a cenar, iré a ver a madame Marliani, a quien no vi ni ayer ni anteayer; no he ido tampoco a casa de madame Doribeaux, porque no tengo ropa buena, lo cual hará que no haga visitas inútiles. Mis lecciones no están en marcha todavía. Primero, acabo de recibir solamente un piano. Segundo, no se sabe todavía que haya llegado el otro, y no he tenido más que algunas visitas interesadas. Todo vendrá poco a poco; no me inquieto por ello.

Pero me preocupa saberte alguna vez impaciente, y pongo mi nariz a tus pies para rogarte que te armes de un poco de indulgencia para con los conductores de vehículos que no traen respuesta de Chateauroux, y otras cosas semejantes. Hasta mañana.

Te mando una carta para despertarte mejor aún.

Imagino que es por la mañana, y estás en ropa interior con tus queridos *fanti*, a los que te ruego beses de mi parte, así que me pongo a tus pies. En cuanto a las faltas de ortografía, soy demasiado perezoso para consultar a Boiste.

Tu momia de viejo amigo.

Jean limpia en este momento el salón. Está muy ocupado con los espejos y pone tiempo en ello. Ch.

Chopin se preocupa tanto de George como de sus hijos, a quienes no cesa de solucionar problemas. Ésta es una posdata a la carta dirigida a George.

> A tus queridos hijos:
>
> Recibo vuestra carta, que trae un retraso de seis horas. Es buena, buena y perfecta. Por lo tanto, mañana no mandaré vuestros encargos. Esperaré. ¿Me mandaréis vuestra muceta para hacer que la arreglen aquí? Esperaré vuestras órdenes, pues. Celebro que los bombones hayan tenido éxito. Ando corto de pedernal, pero no sé si hay suficiente yesca. Iré a la central de correos con esta carta antes de ir a casa de Grzym.

En su continuo intento de promover la unión y la felicidad de una familia que consideraba la suya, Chopin anima al hijo que está con él en París a que se comunique con su madre.

> Sábado [10 de abril de 1847].
>
> Gracias por tus buenas noticias. Las he comunicado a Maurice, que tiene que escribirte. Está bien, lo mismo que yo. Aquí todo está tal como lo dejaste; no hay violetas, ni junquillos, ni narcisos en el jardín. Se han llevado tus flores, han bajado tus cortinas; eso es todo. Sé feliz, bien dispuesta, cuídate, y escríbeme dos palabras sobre todo esto cuando puedas.
>
> Tu abnegado.
>
> A la juventud. Ch.

En París, esperando a George, Chopin procurará que las habitaciones de su pabellón estén acogedoras a su llegada.

París [sin fecha, ¿1847?]

Maurice se marchó ayer por la mañana en buena salud y con un bello día. Tu carta me llegó después de su marcha. Espero, todavía, una carta fijándome el día de tu llegada, para encender fuego en las habitaciones. Que tengas, pues, buen tiempo, bellas ideas y toda la felicidad de este mundo.

A la juventud.

Miércoles. Ch.

Entre las noticias del mundo de hoy Chopin recibe algunas relacionadas con el ayer polaco. Su hermana Louise le comunica el matrimonio de Maria Wodzinska, su antiguo y primer amor, con Josef Skarbek, que es hijo del padrino de Frédéric, algo así como un guiño del destino familiar.

Chopin no contesta la carta, y nunca sabremos cuál fue su reacción. Sí lo hace en cambio ante otra noticia triste: la muerte de Adalbert Zywny, su antiguo maestro de piano. Por un instante Chopin quiere asistir a su funeral en Polonia, pero finalmente desiste. Polonia está muy lejos geográficamente, pero mucho más (los rusos) políticamente. Sin embargo, el cordón umbilical con su Varsovia se mantiene. El padre, Nicolas Chopin, le da consejos sobre su vida doméstica. Al saber de su mudanza primera, le pregunta: «Has cambiado de alojamiento, pero ¿no te sentirás solo si otras personas no lo hacen?» Sabe lo de George Sand y sabe que su hijo no puede vivir sin que cuiden de él.

La madre le escribe también. Debe tres mil florines y se lo ha ocultado a su marido. ¿Podría su Frédéric enviárselos antes de que se entere? Sus dos

hermanas, por su parte, le cuentan los mil chismes de una capital que le resulta provinciana si la compara con París, pero que a él le gusta al recordarle a la gente de sus años mozos.

Otra nueva le sería mucho más dolorosa. El padre que velaba por el hijo famoso y lejano, muere en 1844 a los setenta y tres años. Frédéric recibe carta de su cuñado.

> Papá ha muerto serenamente, en la dulce certidumbre que sobreviviría a través de unos hijos cuyo corazón había formado de acuerdo con el suyo.

Chopin se hunde, y George procura aliviar su dolor invitando a su hermana Louise a que comparta unos días con ellos; antes la prepara para que no se impresione con el aspecto desmejorado de Frédéric:

> Está enfermo, pero gracias a Dios el pecho se mantiene sano y su organismo sin ninguna lesión.

¿Intenta mentir a la cuñada o a sí misma?

> Venid a vernos y creedme si os digo que ya os quiero como a una hermana. Vuestro marido será también nuestro amigo.

La llegada de esos familiares que traen tantos recuerdos de su infancia y adolescencia polaca hace bien a Chopin, que se convierte en su guía por un París que desconocen, acompañándoles a estrenos teatrales y presentándolos a todos sus amigos. Los recién llegados, por su parte, aprecian la fama de su

hermano y la admiración que despierta allí donde va.

Después es el obligado viaje a Nohant, donde pasarán tres semanas; todos los testimonios están de acuerdo en que fueron unas jornadas felices. La entrevista más difícil —la de una cuñada que no lo es, con su «protectora», como le llamaban los Chopin en sus cartas a Frédéric— se resuelve con agrado mutuo. En las veladas, Chopin toca a cuatro manos con Solange, y George lee trozos de su último libro, *La charca del diablo*.

Los días felices se acaban. El matrimonio polaco tiene que volver a su país, pero el efecto que George preveía se ha producido; como escribe a su nueva amiga:

> Tu presencia ha hecho desaparecer toda la amargura de su alma y le ha transformado en fuerte y valiente.

Esos cambios eran frecuentes. La imagen de un Chopin enfermo y por ello triste y melancólico como sus composiciones no se ajusta a la realidad, al menos de manera total. Entre sus numerosas formas vitales, como decía, estaba la cómica. Hay cien testimonios de la forma en que, tras tocar una lúgubre composición, se levantaba, saludaba y empezaba a hacer visajes imitando a algún conocido. Parece que su mayor éxito era representar al viejo emperador de Austria, con su andar cansino y su tartamudeo.

También le gustaban las palabras oportunas, *le bon mot*, tan del agrado de los parisinos. Un día alguien contó lo que le había pasado a Víctor Hugo

cuando, sorprendido en camisa de noche junto a su amante por la policía enviada por un marido celoso, protestó que nadie podía detenerle ya que era el «vizconde Hugo, par de Francia y por ello inviolable».

«Pero no *inviolador*», apuntó Chopin en ese momento entre las risas de los presentes.

Años 1845 a 1847. George escribe: «Maurice es bello y bueno; Solange, bonita y malvada.» La madre siempre ha tenido preferencia por su hijo y esas diferencias, con el correr del tiempo, producen el comportamiento hostil de la preferida, en ese caso agravado por el exceso de mimos que Solange ha recibido desde niña por parte de los famosos que frecuentan su casa. No es raro que, en su rivalidad con una madre «perfecta», Solange quiera vengarse, como dije, coqueteando con Chopin. Éste cuenta a un amigo que Solange apenas le deja trabajar, invitándole constantemente a asistir con ella a una cacería o a tocar a cuatro manos. Pero lo dice con más comprensión, ¡él!, que resentimiento.

Esa actitud molesta más el orgullo de George que su amor por Chopin, que está dando las últimas boqueadas. La mujer que escribió años atrás: «No había tenido nunca un tuberculoso. ¡Dios mío qué excitante!», se está cansando ahora de aquella tos constante que decía amar. Véase la frialdad con que da a una amiga la noticia de la salud de su antiguo «ángel».

> Chopin se queja mucho, como siempre en otoño. Sólo tose un poco más por la mañana. Eso es todo.

Diciembre de 1846. Por vez primera en mucho tiempo la pareja no se reúne el fin de año. Chopin, en París, escribe a George, que se encuentra en Nohant:

> Sé feliz, sed felices en el año que llega y cuando puedas te ruego me escribas que todo va bien.

Todo iba bien en Nohant, pero quizá porque él no estaba. George se divierte con los dos hijos, más Ferdinand, el prometido de Solange, Maurice y un amigo de éste, pintor. Para ellos escribe pequeñas piezas teatrales que por la noche interpretan juntos en un escenario improvisado en el salón. Como cada obrita es nueva, nadie se aprende bien su papel, pero la obligada improvisación ayuda al resultado cómico, que todos celebran antes de ir a acostarse.

El futuro yerno, Ferdinand es tan del agrado de George que ésta no duda en elevarlo en sus cartas a la categoría máxima de sus juicios personales. Ferdinand también resulta «bello como un ángel».

Pero ese ángel va a caer pronto derribado por un viejo diablo que es el admirador de ayer, Jean-Baptiste Clésinger, quien convence a George de que pose para él con Solange; mientras lo hacen, ésta se embriaga con la atmósfera de gente bohemia y divertida que se respira en el estudio. En su obsesión de equipararse y si es posible dominar a su madre, ve en Clésinger, el escultor de moda, a alguien que la considere su musa, igual que lo fue George para Musset y Chopin.

Por otro lado, Ferdinand puede ser bello como un ángel pero le ofrece una vida aburrida en el rin-

cón de Francia de donde procede y en donde piensa residir después del matrimonio. Quien ha gustado de la sociedad parisina anhela seguir en ella, y Solange despide a su pretendiente para aceptar la mano de Clésinger. Éste viaja a Nohant y convence a George no sólo de que ama a su hija, sino de sus posibilidades económicas, que muchos ponen en duda, para el futuro de ambos.

George anota:

> El empecinado escultor está aquí y el idilio florece; la altiva princesa [¡cuánta sorna!] se ha humanizado hasta decir que sí. Los dos parecen encantados y, por consiguiente, yo también lo estoy.

Como se ve, ninguna palabra airada por el capricho de Solange de romper un compromiso matrimonial en una semana. Esa pasividad de George puede explicarse porque lo importante para ella es que la, cada vez más impertinente, Solange se vaya de su lado, y cuanto antes mejor.

Además, hay algo en el escultor que le atrae y que le asemeja a ella. Es su voluntad de acción, que se trasluce tanto en su trabajo con el mármol como en la tenacidad con que ha conquistado a una mujer prometida a otro. Como escribe a Maurice...

> Esta tensión de la voluntad, sin cansancio ni flaqueza, me asombra y me gusta [...] admiro su fuerza y en ella veo la salvación del alma inquieta de tu hermana, que, con él, caminará derecha y sin dejar de ser dichosa porque él quiere apasionadamente lo que ha creado con su conquista.

La prisa de Solange por salir del dominio de su madre, la prisa de George para librarse de su hija, se une a la de Clésinger para poseer a una mujer tan joven que podría ser su hija y se añade a la dote que él imagina fabulosa de una escritora tan conocida.

¿Y Chopin? La pareja fija, el padre adoptivo de Solange, ¿qué dice a un proyecto... del que se enterará cuando ya esté todo dispuesto? Ni siquiera será invitado a la boda, que se celebra el 18 de mayo de 1846 en Nohant. Misiva cortés de Chopin:

> Sabes que ninguno de entre vuestros amigos hace votos más sinceros para la felicidad de tu hija.

¿Por qué esa ofensa al «ángel» de ayer? George le explica a una de sus amigas sorprendidas, Marie de Rozières:

> Me temo que el matrimonio de Solange le disgusta, ya que cada vez que lo he mencionado he notado una impresión desagradable. Sin embargo, no he podido ocultárselo y he tenido que actuar como lo he hecho. No puedo hacer de Chopin un jefe y un consejero de familia al mismo tiempo. Mis hijos no lo aceptarían y la dignidad de mi vida estaría perdida.

Además, explica, asistirá a la boda el padre de la novia, Casimir Dudevant, y no estaría bien que el ex marido y el amante actual se encontrasen en la ceremonia nupcial. *Quelle delicatesse!*

Bien. Ahora que ha casado a Solange sólo falta hacer lo mismo con Augustine. El elegido será Théodore Rousseau, pintor y amigo de Delacroix.

En cuanto a la dote, estaría dispuesta a darle... ¡Demasiado! Gritan simultáneamente Solange y su interesado marido Jean-Baptiste Clémenzer, que ya han recibido una casa en Narbona pero no pueden tolerar que la sobrina, recogida por compasión, reciba la mitad de lo que vale lo suyo. Para evitarlo comienzan a levantar una serie de calumnias tales como que Augustine había sido amante de Maurice; el pobre Rousseau, aterrado, se desliga del compromiso adquirido.

En vez de calmar sus ambiciones, ese triunfo anima a los Clésinger a pedir más. Ante el cúmulo de deudas que tiene el escultor, los dos piden a George que hipoteque Nohant para ayudarles. Negativa enérgica de George: «Jamás. Nohant es el refugio de mi vejez y el patrimonio de Maurice.»

Indignación del matrimonio, que desde entonces multiplica sus ofensas a toda la familia, insultando a Augustine y a Maurice, a quien llaman chico «embrutecido». Hasta ahí podían llegar los improperios. George conmina a su hija y a su yerno a que dejen su casa de inmediato.

La escena siguiente es tan dramática que podría figurar en una de las novelas de George. Mientras están empaquetando, Solange se queja a su marido de que Lambert, un amigo de Maurice, ha pasado sin saludarle. Clésinger le ordena que le pida perdón; el otro contesta que es incapaz de ofender a una señora, y ambos llegan a las manos; Maurice interviene, y Clésinger le amenaza con el martillo que usaba para cerrar las cajas donde embalaba sus esculturas; George aparece, ve el instrumento de trabajo encima de su hijo y abofetea al yerno, que

responde con un puñetazo. Solange, por vez primera en posesión de la autoridad en aquella casa, interviene, diciendo a su marido: «Amigo mío, retírate a tus aposentos; has pegado a mi madre y ahora el error es tuyo.»

Después de esa frase definitiva, que podría haber firmado su madre, la pareja se retira a sus cuarteles, donde cenan para, al día siguiente, salir sin despedirse de nadie. El mensaje lo envían en su primera parada, el albergue de La Châtre, donde dan una larga «conferencia de prensa», durante sus dos días de estancia allí; todo el que quiere oírlos escucha los defectos de una madre desnaturalizada, de un hermano imbécil y de una Augustine malvada.

E, inesperadamente, otra persona de la familia toma partido por Solange; como lo describe George:

> Chopin iba a venir y de pronto dice que no lo hará. Chopin, que ha cambiado totalmente y ya no se muere de ese eterno amor que mis amigos me reprochaban era incapaz de compartir, me ha declarado que soy una mala madre, que Solange tiene razón y que él no la traicionará.

En cierto modo es una buena noticia. George tiene ya el pretexto que necesitaba para romper con Chopin, algo que le resultaba difícil dadas las simpatías que el músico, por genio y por enfermo, despertaba en todos. Debería estarle agradecida por ello, pero a ese cálculo se opone el orgullo de una mujer que, al ser abandonada, recuerda rencorosamente todos los defectos de su ex amante.

> ¡Qué alivio para mí! ¡Qué agradable rotura de cadena! Siempre aguantando su espíritu mezquino y despótico, siempre encadenada por la piedad y el temor de hacerle morir de pena.

La carta del 26 de julio de 1847 dirigida a su amigo Emmanuel Arago termina con esta frase, la menos elegante y más cruel de las frases: «¡Hace nueve años que yo, llena de vida, estoy ligada a un cadáver!»

La respuesta de Arago a esta revelación desconcierta un poco a George. A su amigo le parece lógica la preferencia de Chopin por Solange... porque la ama.

> Desde hace años, Chopin estaba fascinado por ella y le aguantaba, encantado, lo que le hubiera exasperado en otra persona (como cuando le impedía trabajar, por ejemplo). Yo había notado que tenía por ella un sentimiento profundo que, al principio, era sólo afecto paterno y que fue transformándose, quizá sin darse cuenta él mismo, cuando la niña se transformó en adolescente y la adolescente en mujer.

Se podrían poner algunas notas de escepticismo a ese diagnóstico tan claro. Porque no tiene demasiado sentido que un enamorado prefiera ver a su adorada en los brazos de un marido que en la casa donde, un día u otro, sus esperanzas podrían tener una favorable acogida.

El caso es que la revelación deja a George desconcertada. Imagino que en su inmenso orgullo no podía imaginar que ella, la escritora insigne, aclama-

da por el público, la invitada de honor a los mejores salones, podría ser un día postergada por una muchacha, frívola y sin demasiadas luces, que es su hija.

Sea como sea, y aunque hubiese preferido ser ella quien diera el primer paso para poner punto final a la relación, tiene en la mano la excusa que necesitaba para romper con el músico. Ésta es la carta que cierra un capítulo de su vida:

> Muy bien, amigo mío, haz lo que el corazón te dicte y considera tu instinto como el lenguaje de tu conciencia. Lo comprendo muy bien. En cuanto a mi hija, su enfermedad no es más inquietante que la del año pasado y jamás mis atenciones, mis cuidados, mis órdenes ni mis ruegos han podido convencerle de que no se porte como Chopin, a quien le gusta enfermar. Ella puede tener la desfachatez de decir que necesita el amor de una madre a la que detesta y calumnia, de la que enturbia los actos más sagrados y su propio hogar con duros ataques. A ti te encanta escuchar todo eso y quizá creerlo, pero yo no iniciaré un combate de esa clase, me horroriza. Prefiero ver cómo te pasas al enemigo que defenderme de un enemigo salido de mi seno y alimentado con mi leche.
>
> Cuídala, ya que es a ella a quien crees tu deber consagrarte. Yo no te odiaré por ello, pero espero que comprendas, que, por mi parte, me atrinchero en el papel de madre ofendida y a quien nadie, desde ahora en adelante, le hará olvidar su autoridad y su dignidad. Ya basta de ser engañada y víctima. Te perdono y no te haré ningún otro reproche, porque tu confesión es sincera. Me asombra un poco, pero si con ello te sientes más libre y más cómodo,

> yo no me atormentaré más ante esa extraña mudanza.
>
> Adiós, amigo mío; que te cures de todos tus males y yo daré gracias a Dios por ese extraño final de nueve años de amistad total. Envíame tus noticias de vez en cuando.
>
> Lo demás es inútil recordarlo.

Después de tantas emociones George cae enferma; luego tiene que defenderse de las acusaciones que su hija le hace. Aunque ya sabemos que, para George, defenderse significa atacar con mayor ferocidad a su enemiga de turno, en este caso Solange.

> Cada día me trae de lejos una muestra de la aversión que esa desgraciada y criminal niña siente y que se manifiesta en calumnias contra su familia e incluso contra mí, que sólo he vivido por ella y por Maurice [más bien por éste que por aquélla].
>
> Se presenta como una víctima de mi injusta preferencia por su hermano y su prima; tampoco me salva a mí, que llevo una existencia de religiosa, como bien sabe.

Y entonces era verdad. «El diablo harto de carne se metió a monje.»

La visita de Solange y su marido a Nohant ha sido un desastre desde todos los puntos de vista, y la pareja, aun admitiendo la poca flexibilidad de George, tiene la mayor parte de culpa. Sin embargo, Chopin, en carta dirigida a la muchacha, se muestra de nuevo parcial a su favor, cuando era evidente que, en este caso, la culpa no era del difícil carácter de George.

> Hace ya quince días que me pongo a escribirle cada mañana; no sabes lo apenado que estoy por el resultado de las dos visitas a Nohant. No obstante, ya está dado el primer paso; has demostrado coraje, y existe cierto acercamiento, por lo que te ruega que escribas. El tiempo hará lo demás. Tú sabes que no es preciso tomarse al pie de la letra todo cuanto se dice, y si no se *conoce* a un extranjero, como yo lo soy, no puede ocurrir lo mismo con alguien que ha pasado a formar parte de la familia.

A pesar de todo, sin embargo, Chopin hará votos para que la pelea entre madre e hija termine. He aquí lo que escribió al respecto el 31 de diciembre de 1847. Contestando a la queja de Solange motivada por haber recibido sólo «nueve líneas» de su madre con ocasión del próximo nacimiento de su hijo, le augurará:

> Tengo fe en que todo se arreglará poco a poco, y que, pronto, en lugar de nueve líneas recibirás noventa y que la felicidad de la abuela será la de la joven madre.
>
> Las dos adorarán al angelito que vendrá al mundo para volver a sus corazones a su estado normal.

Año 1848. La revolución de Francia está en marcha, pero Chopin se preocupa sobre todo de felicitar a Solange por su parto.

> París, viernes 3 de marzo de 1848.
>
> No quiero dejar de escribirte enseguida para participarte mi felicidad de saberte madre y en buena salud. El acontecimiento de tu hijita me ha cau-

sado mayor alegría, como puedes suponer, que el advenimiento de la República. Gracias a Dios, tus sufrimientos han acabado. Un nuevo mundo comienza para ti. Sé feliz. Cuidaos todos bien. Tenía gran necesidad de tus noticias. Durante el acontecimiento estuve en cama. Sufrí una neuralgia que me duró toda la semana. París está tranquilo a causa del miedo. La gente permanece unida. Todo el mundo pertenece a la Guardia Nacional. Las tiendas están abiertas, pero no hay ni un comprador. Los extranjeros esperan con sus pasaportes la reparación de los ferrocarriles averiados. Los clubes comienzan a formarse. Pero si quisiera describirte todo lo que pasa aquí, no acabaría nunca.

Gracias por tu amable carta.

Tu abnegado, Ch.

Unos días después insistirá en su optimismo sobre las relaciones entre madre e hija:

Me han dicho que tu madre ha abandonado París. No la he visto desde mi salida de casa de madame Marliani. Las cartas que enviaste ella las recibió en Nohant. Es digna de lástima, ha sido un golpe muy duro para ella, estoy seguro, y no tengo la menor duda de que hará cuanto pueda por ti. Valor, pues, y *calma*. Dejo todas mis frases de pésame de lado; me parecen muy poca cosa delante de los grandes sufrimientos.

Tu abnegado, Ch.

Te escribiré a menudo. Queda tranquila por tu marido.

EL BREVE OCASO DE ÉL

El 10 de febrero de 1848, Chopin hace a su hermana Louise un resumen completo de cómo está la situación, desde el trabajo profesional —el concierto en la sala Pleyel— hasta el problema económico que persiste en el matrimonio Clésinger y el difícil trato de Solange con su madre.

> En lo que a mí respecta, estoy tan bien de salud como me es posible. Pleyel, Perthuis, Léon, Albrecht me han convencido de que dé un concierto. Desde hace una semana no quedan localidades. Lo daré el 16 de éste, en la sala Pleyel. No hay más que trescientas entradas a veinte francos. Tendré a lo mejor de la sociedad parisina. El rey ha mandado reservar diez localidades; la reina, otras diez; la princesa de Orléans, diez, y el duque de Montpensier, diez, a pesar de que están de luto y ninguno de ellos asistirá al concierto. Ya comienzan a apuntarse para el segundo, que probablemente no llegaré a dar, pues ya éste me aburre. La señora S [Sand] está en el campo con Borie, su hijo, Lambert y Augustine, a quien van a casar seguramente, esta vez con un profesor de dibujo del pueblecito de Tulle; es un amigo de Borie. Ella no me ha escrito una palabra; yo tampoco. Sé que ha escrito a su casero rogándole que disponga de su piso. Sol [So-

lange] está en Gascuña, en casa de Dudevant, su padre, y me escribe. Su marido está aquí; está terminando sus mármoles para la exposición que tendrá lugar en marzo. Sol ha estado enferma en casa de su padre. No tiene dinero, y más le vale pasar el invierno en un buen clima. Pero la pobre se aburre. ¡Bonita luna de miel tiene!

Luego viene el repaso a su tensa relación con George Sand; empezando por la admiración a la escritora para seguir con la censura a una mujer que se hace daño a sí misma. Hay, entre esas líneas que quieren ser serenas e imparciales, un grito dramático: «Hasta ahora no me he repuesto del golpe.»

Entretanto, su madre publica un muy bello folletón en los *Débats*. Da también representaciones de teatro en el campo, en la cámara nupcial de su hija; trata de olvidar, de engañarse como puede, y no se despertará hasta que le duela mucho el corazón; ahora se lo ciega la cabeza. Yo ya he tomado mi partido en este asunto. Que Dios la perdone si no sabe distinguir un afecto verdadero de la adulación. Y, por otro lado, tal vez me parece a mí que los demás sólo son aduladores, y acaso su felicidad está realmente allí donde yo no sé verla.

Sus amigos, sus vecinos, no han comprendido en mucho tiempo nada de lo que pasó últimamente; quizá ya se hayan habituado. Por lo demás, nadie sabrá nunca seguir los caprichos de este alma. Fue demasiado, ocho años de vida un poco ordenada. Dios ha permitido que fuesen ésos, precisamente, los años durante los cuales crecieron sus hijos; pero si yo no hubiera estado a su lado, no sé cuánto tiempo haría ya que los hijos estarían con

su padre y no con ella. Maurice también se marchará con su padre en la primera ocasión. Pero ¿tal vez son ésas las condiciones necesarias para su vida, para su talento de escritora, para su felicidad? No te preocupes por esto, pues ya hace algún tiempo que ha sucedido. El tiempo es un gran médico. Hasta ahora, aún no me he repuesto del golpe. Ésta es la causa de que no os escriba, pues quemo todo lo que comienzo a escribiros.

¿Para qué haber escrito tanto? ¡Más hubiera valido no escribir nada! Lo que ocurre, sencillamente, es que no nos hemos visto desde hace mucho tiempo, sin ninguna batalla ni escena, y yo no he podido ir allá, porque me ponía por condición no hablarle de su hija. De camino hacia la casa de su padre, Solange ha pasado por casa de la madre, que la ha recibido fríamente; no quiere ver a su yerno, pero mantiene correspondencia con su hija; correspondencia áspera, pero que me alegra, puesto que así queda al menos algo entre la madre y la hija.

Envío esta carta para que sepáis que estoy bien y la verdad sobre los libros.

Envío la carta a Rozières.

Lo que no contó a su hermana del concierto es que a mitad de la *Sonata en sol menor* Chopin se levantó del taburete, hizo un gesto de disculpa al público y salió del escenario. Susurros y comentarios en voz baja: «¿Qué le pasa?» A los pocos minutos volvió, se sentó y reanudó el concierto.

... Que obtuvo, como siempre, grandes ovaciones. Después, no quiso comentar el incidente en público, pero se confió al organizador del acto: «De pronto, a media sonata, se me han presentado a la

imaginación una serie de monjes encapuchados, los que debían desfilar por el claustro de Valldemosa. Iban con cirios encendidos y cantaban himnos funerarios. Sus voces eran tan altas que por un instante han ahogado mis notas y he tenido que salir para reponerme. Cuando se disipó la horrible escena pude volver y terminar mi actuación.»

Es el último recital que dará en París. Dos meses después viaja a Londres, donde una antigua y rica discípula, Jane Stirling, ha hecho todos los preparativos para su estancia.

El apartamento que le ha reservado está en la elegante Dover Street.

Sin embargo, no es gratis. Le cuesta al músico diez guineas semanales (la moneda, hoy desaparecida, equivalía a 21 chelines, es decir, uno más que la libra esterlina). Con su gran sentido del humor Chopin describirá al criado esnob que le ha tocado a suerte. Ésta y otras noticias aparecen en una carta que el músico envía desde Londres a alguien cuya identidad hoy desconocemos.

> 48, Dover Street, Piccadilly. 1.º de junio de 1848.
>
> Le escribo dos palabras para saber cómo está usted y qué es lo que hace de bueno.
>
> Todavía no estoy habituado a este aire de Londres, y esta existencia de visitas, comidas y veladas me es bien difícil. He escupido sangre los últimos días, y no he hecho más que tomar limón y helados, lo que me ha sentado bien, así como el reposo que me he concedido durante tres días. Conozco ahora un poco la sociedad de Londres, una cantidad de *ladies*, a quienes he sido presentado y

cuyos nombres se me van de la cabeza apenas han sido pronunciados.

Con ocasión de un bautizo, he tocado en casa de la duquesa de Sutherland ante la reina [Victoria], el príncipe Alberto, el príncipe de Prusia, Wellington y todo lo más escogido de aquí (en reunión íntima de ochenta personas). Allí se encontraban también esa noche Lablache, Mario y Tamburini. Su majestad me ha dirigido algunas palabras bien amables. Dudo, sin embargo, que llegue a tocar en la corte, pues ahora comienza el luto por una tía de su majestad, hasta el 22 o el 24. Doy algunas lecciones en mi casa. Me piden que toque en algunos salones elegantes; esto me produce algunas guineas que se van enseguida, a pesar de mi economía. Sólo el cuarto me cuesta ahora diez guineas por semana (después de que me he instalado y he enviado mis tarjetas me lo han subido).

Verdad es que estoy en uno de los más bellos barrios de Londres. Tengo un gran salón con tres pianos: un Pleyel, un Broadwod, un Erard. Tengo una escalera monumental. La señorita Manozourow (que está aquí de paso) encuentra que esto no es caro, pero yo me doy tanto más cuenta de ello cuanto que mi ayuda de cámara italiano (si es que quedaba un italiano) me sisa en consecuencia. Se niega a acompañarme por la tarde, cuando voy en un simón en lugar de hacerlo en coche de lujo. Me veo obligado a aguantar todas estas cosas a falta de poder encontrar algo mejor. Creo, sin embargo, que pensaré en eso. No tocaré en el Philharmonique, a pesar de las amables ofertas de esos señores. No quiero tomarme ese trabajo por nada; tocar con un solo ensayo público y, por consiguiente, mal conjunto y quitar el sitio a todos los que querrían llegar a eso. (Creo que Hallé es justamente el hom-

bre que precisan, y le he prometido decírselo en cuanto me haya decidido, para que haga sus gestiones.) También evito todos los grandes conciertos públicos, y creo que daré un concierto en algún salón de la buena sociedad (aforo limitado a ciento cincuenta o doscientas personas).

He conocido a la señorita Lind. Es encantadora y cantante de genio. He vuelto a ver también a la señora Viardot,[1] que resulta muy encantadora aquí. Ha tenido la amabilidad de cantar mis mazurcas en el concierto de su teatro —sin habérselo pedido—. Hasta ahora no ha cantado más que *La sonámbula*; ahora le están preparando el *Barbero* y *Capuletti*. F. Ch.

A su íntimo de tantos años y de nombre tan impronunciable para los latinos como su apellido, Woyciech Grzymala, le abre su corazón sobre las interminables veladas de invierno que tiene que resistir en Inglaterra y Escocia. Era el 1.º de octubre de 1848.

Pronto olvidaré el polaco; voy a hablar el francés a la inglesa y el inglés a la escocesa; acabaré por parecerme al viejo Jaworski, que hablaba cinco lenguas a la vez. Si no te hago jeremiadas no es porque tú no me consolarías; tú eres el único que conoces todo lo que me afecta, pero si comienzo a contar, no terminaría nunca y sería siempre lo mismo. Digo mal; no sería siempre lo mismo, pues en cuanto a mi porvenir, la cosa va de mal en peor.

Me siento más débil y no puedo componer

1. Antes Pauline García, hija del tenor García y hermana de la Malibrán.

nada, no porque me falten deseos, sino por impedimentos materiales; cada semana me arrastro por una rama distinta. ¿Qué hacer? Por otro lado, economizo así algunos *grosz*[1] para el invierno. He recibido multitud de invitaciones, pero no puedo ir a donde yo quisiera; por ejemplo, a casa de la duquesa de Argyl, o a casa de łady Belhacen, porque la estación ya está demasiado adelantada para mi salud. Por la mañana, por ejemplo, hasta las dos, no sirvo de nada; más tarde, cuando estoy vestido, todo me estorba y estoy jadeando hasta la comida, después de lo cual tengo que quedarme en la mesa con los hombres, mirar lo que dicen y oír cómo beben. Presa de un mortal aburrimiento (sentado a esta mesa, pienso en cosas distintas que ellos, a despecho de todas las gentilezas e *interlocuciones* en francés), voy al salón, donde preciso hacer un llamamiento a toda la fuerza de mi ánimo para reavivarme un poco, porque entonces tienen curiosidad por oírme. Después mi buen Daniel me lleva por la escalera hasta mi dormitorio (que en estas tierras, como sabes, generalmente se encuentra en el primer piso), me desnudo, me acuesto, me dejo una vela y soy libre de jadear y soñar hasta que la misma cosa vuelva a comenzar. Apenas me he habituado un poco a un sitio, cuando me es preciso marchar a otra parte, pues mis escocesas no pueden dejarme en paz donde estoy, y, o bien ellas vienen a buscarme, o bien me zarandean por toda su familia (n.b. ellas se hacen invitar personalmente siempre). Acabarán por ahogarme con su amabilidad, y yo, por amabilidad, se lo permitiré.

Lo mismo ocurría en todos los castillos en que le albergaban. Aquel ambiente, con cazadores que

1. Moneda polaca.

hablaban todo el tiempo en un idioma desconocido de sus proezas cinegéticas mientras consumían grandes cantidades de whisky y brandy, le aburrían soberanamente. Apreciaba el hermoso paisaje, se deleitaba viendo cuadros de maestros británicos como Gainsborough, Lawrence, Romney, y componía a gusto en la soledad del cuarto de invitados, pero cuando tenía que reunirse con cazadores y bebedores a partes iguales, se le alargaba el tiempo. Y lo malo era que no podía quejarse de una hospitalidad que le resultaba excesiva.

Otro discípulo escribe desde París preguntándole si son ciertos los rumores de que se casa con su antigua alumna Jane. Chopin, cada vez más delgado y débil, le contesta con la típica obsesión del moribundo en la vuelta al hogar y al seno materno.

> Yo no pienso en una esposa si no en la casa paterna, en mi madre y en mis hermanas [...] El mundo desaparece en torno a mí de una forma que no puedo comprender [...] Me encuentro más cerca del sepulcro que del tálamo nupcial. Pero mi alma está en paz y estoy resignado.

Desde Londres, Chopin no puede dejar de pensar en su adorada Solange, en sus problemas económicos, que intenta arreglar, y en las relaciones con su madre, que siguen tirantes.

> 30 de junio de 1848.
>
> Espero que tanto tu marido como tú estéis bien de salud. He pensado mucho en ti, que vives cerca de la barrera [en París] donde tanta sangre se ha vertido (se refiere a la revolución de aquel año).

Temo que tengas amigos entre las víctimas de estos últimos días. Dame noticias, te lo ruego. ¿Estás decidida a abandonar París? Me parece cambiado. En todo caso cuenta por mi parte con cartas excelentes, o al menos es lo que parecen de lejos; se las pedí a una de mis discípulas que vino aquí por un tiempo, y me las ha mandado. Ya me dirás si no ha cambiado de proyectos.

Te escribo con muchas prisas, con una pluma y una tinta imposibles. Estoy en pleno ataque de *spleen*. Despido a mi criado italiano, embustero y zalamero sin contar otra cosa... Sabe el inglés como yo. Dios te bendiga... y os dé salud a los dos. Ch.

48, Dove Street, Piccadilly.

Perdone mi estilo
El Estilo es el hombre,
Mi estilo es muy tonto.

He dado una *matinée*. Había buena gente. Mario ha cantado tres veces; yo he tocado cuatro. Ha sido un éxito... Me ha proporcionado quinientas guineas; no había más que ciento cincuenta localidades y, desde la víspera, estaban vendidas.

La caprichosa, la difícil Solange no sólo pide ayuda para la pareja, sino que la exige. Chopin se defiende hablando de su gestión en Londres y Rusia, e intenta, una vez más, reconciliar a madre e hija.

Londres, miércoles 22 de noviembre de 1848.

Me acusas injustamente. Ni un solo día he dejado de intentar escribirte; me he preguntado, incluso antes de recibir tu carta, si tu marido encontraría trabajo aquí; me he informado con gente que cono-

ce Londres y su arte, y he aquí lo que he sacado en limpio. El gran mundo (excepción hecha de los empleados, magistrados y abogados) casi nunca pasa el invierno en la ciudad. Este mundo, que puede ser útil a tu marido, no está aquí antes de marzo o abril [es cuando empezaba la *season* social y cultural], por lo tanto, no hay nada que hacer antes del comienzo de la temporada próxima; y aunque la cosa es muy azarosa, no es imposible con algunas buenas recomendaciones, y al cabo de un mes de estancia aquí, que podría no ser muy costosa, tu marido sabría a qué atenerse. Conozco algunas personas influyentes que me han prometido sinceramente ser útiles, pero dicen que ahora no podrían hacer nada.

En cuanto a lo que te ocurre en París, es posible que tu madre haga cuanto pueda por ti, pero también es posible que no tenga dinero; sin duda te restituirá los pequeños objetos comprados al parecer con vistas a ello, y, una vez vendida la casa, arreglará sus asuntos sobre nuevas bases. Ella es tu madre y sabe cuál es su deber para contigo. Ella puede olvidarse de sí, pero no puede olvidarte a ti.

Mañana iré a París, arrastrándome con pena y en un estado de debilidad en que no me has visto nunca. Los médicos de aquí me echan. Estoy hinchado, y a causa de la neuralgia no puedo respirar ni dormir, ni he salido de mi habitación desde el 1.º de *noviembre* (salvo el 16, para tocar una hora por la tarde en el concierto para los polacos). Después, tuve una recaída; me es imposible respirar aquí; es un clima inconcebible para gente como yo, pero solamente durante los meses de invierno. Encienden [la luz] a las dos. He prometido volver la temporada próxima. Sir J. Clark, el médico de la reina, ha venido hace poco a verme y me ha dado la bendición. De manera que me iré a gemir a la place

d'Orléans esperando algo mejor. Te aconsejo seriamente que estés contenta de disponer del aire de Guillery para tus pulmones, con tu marido al lado. Para todo lo demás, vendrán días mejores. Respecto a Rusia, personas muy influyentes que me han dado cartas para tu marido dirigidas a San Petersburgo, me han dicho que actualmente es muy difícil para un francés que no goce de gran favor penetrar en aquel mundo. No acuses, pues, a Mme. Obreskoff, al menos todavía, y si Inglaterra pudiese procurarle trabajo (a tu marido), creo que ganaría más dinero y de forma más agradable. No tendrá que luchar contra el clima, ya que tiene buenos pulmones y si se establece en Londres durante el invierno, podrá preparar su trabajo para la temporada. Un poco de paciencia. Es posible que el permiso para San Petersburgo llegue. Ahora Londres no cuenta para el arte. Es la temporada muerta. Todo aquel que es libre vive fuera y el que se queda tiene poca iniciativa para el éxito de un talento. La estatua de tu marido, por bella que fuese, necesitaría ser muy encomiada para que se la considerara bella desde el principio. Después dirán que es suya y todo el mundo la admirará. Es necesario ante todo que los grandes duques y los pares de Inglaterra lo consideren así, y en este momento todos están fuera de Londres.

Perdona el desorden de mi carta, pero hoy sufro mucho. Nunca pienses mal de mi vieja amistad a toda prueba. Ch.

El 30 de enero de 1849 Chopin, ya en París, se encuentra muy mal pero no deja de preocuparse por la vida de Solange y el trabajo de su marido. Termina deseándole lo que a él le está faltando...

París, martes 30 de enero [1849].

Todos estos días he estado demasiado enfermo para poder escribirte y decirte que he visto a tu marido. Vino a verme el viernes; lo encontré muy bien y dispuesto a ponerse a trabajar en una estatua de la *Vanidad*. Ayer me escribió unas líneas para decirme que está trabajando ya. Me ha dado buenas noticias tuyas diciéndome que tenías toda la salud y el valor posible en tu nuevo estado. Aquí hace un buen tiempo de mes de marzo, de manera que diez veces al día me echo sobre la cama. Molin tenía el secreto para animarme. Después he visto a Mr. Louis, al doctor Roth durante dos meses, y ahora a Mr. Simon, que tiene gran reputación entre los homeópatas; pero todos andan a tientas y no me alivian. Están todos de acuerdo sobre el clima, la calma y el reposo. El reposo, un día lo tendré sin necesidad de ellos. En París la tranquilidad no ha sido turbada ni un solo momento, pese a que se esperaban algunos desórdenes debidos a la guardia móvil que están reglamentando a causa del proyecto del gobierno de suprimir los cultos. Ayer lunes había soldados y cañones por todas partes y esta actitud firme ha impresionado mucho a los que querían armar alborotos. Incluso yo te escribo sobre política en lugar de hablarte de cosas más agradables. Pero cada día me vuelvo más estúpido y lo atribuyo al cacao que tomo todas las mañanas en lugar del café. No tomes nunca cacao e impide a tus amigos que lo tomen, sobre todo si mantienes correspondencia con ellos. Trataré de que mi próxima carta sea escrita después de algún sulfato de algo bien espiritual que Mr. Simon me hará respirar. Entretanto, lee estos garabatos que te dan noticias de la salud y el valor de tu marido. Mme. Obreskoff vino ayer a verme, pero tenía en casa al

Bon, de Stockhausen, Legouvé y otros, delante de quienes no quería hablar de San Petersburgo, porque ya sabes cuán buena es y cuánto habla. Si me escribes una línea sobre tu salud, no será malgastar el tiempo.

Felicidad, salud, salud... Ch.

En la carta siguiente dará a Solange malas noticias de sí mismo y esperanzas de trabajo para la pareja.

París, jueves 5 de abril [1849].

He visto a Mme. Obreskoff, que no tiene nada que decirte. Creo que el horizonte político se vela cada vez más por este lado y que lo que era difícil hace un mes ahora lo será más todavía. Me he enterado por Mlle. de Rozières de que estás bien de salud. Que Dios te la conserve. A mí me tienes al final de mis fuerzas. Estoy en mi cuarto médico, me cobran diez francos por visita, me hacen a menudo dos al día, y todo esto para aliviarme apenas.

Sábado.

Tu marido ha venido a verme antes de que hubiese tenido tiempo de terminar mi carta. Tiene muy buen aspecto y me ha dado buenas noticias de su salud. En este mundo no se puede tener todo; conténtate, pues, con la mayor de las felicidades, la salud. Tu marido cuenta con ir a Londres y creo que tiene razón. No hay ningún motivo para que no triunfe en toda la línea.

No dudes de que personalmente haré cuanto me sea posible en lo que a las informaciones sobre Inglaterra, así como a las cartas, se refiere.

Su enfermedad va avanzando, pero Chopin sigue pensando en el bienestar de la niña a la que vio crecer y de su nueva familia.

París, mayo, 1849.

Un amigo desgraciado te bendice y bendice a tu hija. Hay que esperar que el porvenir te reserve otros motivos de consuelo y sus favores. La juventud manda. Es decir, que es absolutamente necesario ser feliz y conservar su buen recuerdo para los que te quieren. Ch.

París, miércoles 4 de julio de 1849.

Gracias por tu amable carta. He recibido de Mr. Bouscinat unas palabras cumplimentando su orden referente a mi coche, pero un reciente vómito de sangre cambia de momento mis proyectos de viaje. Es posible que el emperador [de Rusia], que en estos momentos está en Varsovia, dé a mi hermana un permiso para venir a verme; sólo entonces, después de maduro examen, sabré si puedo abandonar París o si tengo que quedarme por no poder soportar ya los largos viajes. No hablemos más de mí. He visto con satisfacción que has ido sin fatiga hasta Burdeos, lo cual no demuestra, sin embargo, que no tengas que cuidarte. Me imagino a tu hijita con una cabecita grande, risueña, ruidosa, echando babas, mordiendo y todo lo que sigue. Las dos juntas debéis de estar muy graciosas. ¿Cuándo le enseñarás a montar a caballo? Supongo que ahora tendrás trabajo a todas horas, y que te gustaría multiplicar las horas del día y de la noche, pese a que la pequeña debe de despertarte con frecuencia. Empiezo otra vez con mis tachaduras. No tengo nada más que escribirte, salvo que te deseo, como sabes desde hace mucho tiempo, toda la felicidad posible. El cólera disminuye, pero, por lo que dicen, París está cada vez más desierto. Hace calor y hay polvo. Hay miseria y suciedad y se ven rostros del otro mundo. Todos los Cremieux, in-

cluso Bignat, dicen que se vuelven feos. D'Arpentigny, sin embargo, es rubio y embellece. No se habla bien de la exposición. Delacroix ha pasado algunas semanas en el campo, está un poco delicado y quizá vaya a Aix-la-Chapelle. Celebro saberte en tu bello pueblo. No es el momento de vivir en la ciudad. Ten la bondad de escribirme dos líneas aprovechando un momento en que tu hija te deje tranquila, para tenerme al corriente de la salud de todos, ahora que la familia ha aumentado con una pieza tan importante.

Que seáis felices. Ch.

Fue la última carta que pudo hacerle llegar.

Entretanto, para George Sand empezaban (o resucitaban), además de las disputas políticas, las personales. La popularidad y la fama la predisponían a ser el blanco de muchos insatisfechos con su suerte. El padre de Augustine, Brault, de oficio sastre, publicó un folleto, *Una contemporánea. Biografía e intrigas de George Sand*, cuyo subtítulo ya indicaba la tendencia del libelo.

Efectivamente, en él la acusaba de haber acogido a Augustine para que fuera amante de Maurice —recordemos el temor de algunos a que eso ocurriera— y, tras conseguirlo, desprenderse de ella casándola con el primer pretendiente que se puso a tiro. George consultó al abogado Chaix d'Est-Ange, jurándole que entre su sobrina y su hijo no había existido más que un afecto fraternal.

El leguleyo visitó al sastre y le amenazó con una persecución judicial por su intento claro de chanta-

je, con lo que la continuación anunciada del folleto no vio la luz.

Sin embargo, la noticia del primero circuló por todas partes. Chopin, siempre dispuesto ahora a ponerse al lado de los hijos contra su madre y Maurice, aceptó la acusación en una carta particular:

> En una palabra, se trata de una aventura muy sucia de la que todo París habla hoy. Ha sido una indignidad por parte del padre [...] pero es verdad. Fue un acto cruel [la adopción] que yo combatí con todas mis fuerzas cuando la muchacha entró en la casa.

Naturalmente, esta reacción llegó a oídos de George, que se mostró altiva pero generosa.

> No he podido contrarrestar su odio y su furor, con furor y odio [asegura a su hija Solange, que seguía tratando al músico]. Pienso a menudo en él como en un chiquillo enfermo, agriado y descarado.

En 1849 esa Augustine, tan traída y llevada, tiene un hijo de Berthold, a quien llamarán Georges (así escribía al principio su seudónimo Aurore Dupin), elección que, por otra parte, es un mentís al trato malvado que Augustine, según su padre, había recibido de madame Sand.

Una de las tragedias de Chopin, incomprensible en alguien de su prestigio, era el problema económico. A pesar de lo mucho que ganaba con sus conciertos y la edición de sus obras, el tren de vida y los enormes gastos que le ocasionaba su larga enfermedad le

habían dejado con pocos fondos. Sabiéndolo, las hermanas Sterling le enviaron anónimamente un sobre conteniendo la cantidad, alta para la época, de veinticinco mil francos.

Y sobrevino la anécdota, otra más en una vida rica en ellas. La portera de Chopin recibió el sobre, lo colocó detrás del reloj que estaba encima de una repisa del salón y luego se olvidó de dónde lo había dejado. Ante la falta de noticias, las Sterling hicieron discretas gestiones para saber si el dinero había sido recibido, pero nadie sabía nada. Chopin, cansado de buscarlo, aceptó contactar con un vidente famoso en París, llamado Alexis, quien pidió, como contacto mágico, un mechón del cabello de la olvidadiza portera. El pelo fue enviado y la respuesta llegó al día siguiente: «Hay que mirar detrás del reloj de péndulo que está en el salón.»

Y allí estaban, efectivamente, los veinticinco mil francos, lo que alegró y molestó al mismo tiempo al músico. Él, les dijo a las Sterling, no podía aceptar esa clase de regalos, aunque agradecía su intención.

Sus amigas le aseguraron que no volverían a hacerlo… pero siguieron ayudándole de forma más disimulada, porque sabían el pobre estado de sus finanzas. Era algo que hubiera resuelto la aceptación, imposible dada su salud, de las cien ofertas que desde cualquier rincón de Francia y el extranjero le llegaban pidiéndole conciertos.

Al sentirse peor quiso volver a ver a los suyos.

La ternura del espíritu y la debilidad del cuerpo se unen en la bella carta que un solitario y enfermo Chopin envía a su hermana Louise rogándole que se reúna con él mientras todavía estén los dos «sin pe-

luca y con dientes». Emocionante es el intento de convencer a su cuñada de que la acompañe con ingenuas ofertas de diversión.

París, lunes 25 de junio de 1849.

Alma mía:

Si podéis, venid. Me siento débil y ningún médico me hará tanto bien como vosotros. Si os hace falta dinero, pedidlo prestado; si me pongo mejor lo ganaré fácilmente y se lo devolveré a quien os lo preste; pero ahora estoy demasiado exhausto para enviároslo. Mi piso en Chaillon es suficientemente grande para alojaros incluso con los niños. La pequeña Louise [hija de su hermana] saldrá ganando con su estancia aquí en muchos aspectos. Kalaasante, el padre, correría durante todo el día —hay una exposición agrícola al lado—; en una palabra, tendría más tiempo libre para él que la última vez, pues estoy más débil y me quedaré más tiempo con Louise en la casa.

Mis amigos y todos los que me quieren bien estiman que el mejor remedio para mí sería la llegada de Louise, como ella lo sabrá sin duda por la carta de la señora Ob [Obreskoff]. Como me han dicho hoy dos personas —una de ellas es del Norte y otra del Mediodía—, esto sería excelente no sólo para mí, sino también para mi hermana. Así, pues, traeros, Louise madre y Louise hija, un dedal y agujas de hacer ganchillo; os daré pañuelos para marcar, medias para zurcir y pasaréis al aire libre algunos meses con vuestro viejo hermano y tío. E incluso, si resulta que es demasiado lejos para Kalaasante, para venir hasta aquí desde los Campos Elíseos, él podrá habitar mi cuarto del Square de Orléans. Los ómnibus vienen del Square mismo y pasan por delante de mi casa.

Yo mismo no sé por qué tengo tantas ganas de ver a Louise a mi lado, como si estuviese en estado interesante. Me digo que eso será también beneficioso para ella. Espero que el consejo de familia me la envíe; quién sabe si no la acompañaré yo mismo a su regreso, si me curo. Entonces nos abrazaremos todos, como ya os he dicho; pero aún sin pelucas y con todos nuestros dientes. La mujer debe siempre obediencia al marido; de modo que tengo que pedir al marido que traiga a su mujer. Yo se lo ruego encarecidamente, y si lo decide así no podría darnos una alegría mayor a mí y a ella, incluso a los niños, ni hacernos mayor servicio que traer a uno de ellos (en cuanto a mi sobrina no quiero ni dudarlo). Se habrá gastado bastante dinero, es cierto, pero no se sabría emplear mejor ni viajar más económicamente. Una vez aquí, encontraréis un techo donde abrigaros. Escribidme pronto una palabra.

La señora Ob, que ha sido bastante amable para encargarse de escribiros (le he dado la dirección de Louise) os convencerá tal vez mejor. La señorita de Rozières añadirá unas palabras, y Cochet lo haría también, pues sin duda no me ha encontrado bien a punto. Su esculapio [el médico] no ha vuelto desde hace diez días; por fin se ha dado cuenta de que lo mío está por encima de su saber. A pesar de todo, haced muchos elogios de él a vuestro inquilino y a todos los que le conocen y decidles que me ha hecho mucho bien, pero que soy de esta manera, que en cuanto me encuentro mejor, ya estoy contento; que todo el mundo estima que ha curado a muchas personas del cólera.

El cólera ha disminuido mucho; ya casi no existe. Hoy hace bueno; estoy en el salón y admiro la vista que tengo sobre todo París; la torre, las Tullerías, la Chambre, St. Ger [Germain], l'Aux

[Auxerrois], St.-Étienne-du-Mont, Notre-Dame, el Panthéon, St.-Sulpice, Val-de-Grâce, Invalides, a través de cinco ventanas; entre nosotros nada más que jardines. Ya lo veréis cuando vengáis. Ahora daos prisa con el dinero y el pasaporte, y hacedlo con gana. Escribidme enseguida una palabra. También los cipreses tienen sus caprichos; el mío, hoy, es teneros aquí. Dios permitirá seguramente que todo marche bien; si no, haced como si Dios lo permitiese. Tengo muchas esperanzas, y me habría abstenido si no hubiera estado impelido por todos los que me quieren bien. Ponte en camino, señor Kalaasante, y te daré en pago un excelente y gran cigarro; conozco a uno que los fuma formidables (n.b. en el jardín). Espero que mi carta haya llegado por el santo de mamá, de ese modo no he faltado. No quiero pensar en todo eso, pues es para que me dé fiebre; ahora bien, gracias a Dios, no tengo fiebre, lo que despista e irrita a los médicos.

Vuestro hermano muy devoto, pero muy débil. Ch. 26 de junio.

Por fin llegan sus hermanos, y Chopin se apresura a comunicar su alegría a una antigua amiga.

A la señorita de Rozières [París, 14 de agosto de 1849].

Mi hermana y Jedrz [Jedrzejewicz] y mi sobrina están conmigo desde hace cinco días. Me encuentro fatigado. Ellos también. Le deseo a usted tanta felicidad como tengo yo en este momento, con un poco más de salud, pues estoy más débil que nunca.

Su sincero amigo. Ch.

Chopin ve que el tiempo se le acaba inexorablemente y después de su hermana quiere abrazar de nuevo y charlar con Tito, el gran amigo de toda su vida, cercano en el mapa (Bélgica) pero separado por la autoridad política; con la exquisita cortesía que no perderá nunca, le advierte sin embargo que, dado su estado de salud, puede aburrirse con él.

A Titus Woyciechowski, Ostende. París, 12 de septiembre de 1849.

No he tenido bastante tiempo, hasta ahora, para obtener que se autorizase tu llegada aquí; no podía hacer yo mismo las gestiones necesarias por tener que permanecer acostado la mitad de la jornada; por esta causa, he rogado a un amigo, que dispone de ciertas influencias, que me sustituya. Hasta el sábado no sabré nada seguro. Hubiera querido lanzarme ya en ferrocarril hasta Valenciennes para abrazarte, pero ni siquiera he podido, hace unos días, llegar hasta Ville d'Avray, cerca de Versalles, a casa de mi ahijada; los médicos me prohíben abandonar París. Por eso no me dejan ir, ni aun durante el invierno, a un clima más cálido. Es culpa mía, puesto que estoy enfermo; si no, habría ido a tu encuentro hasta algún punto de Bélgica.

Quizá encuentre el medio de venir aquí. No soy tan egoísta que desee tenerte aquí, exclusivamente para mí; enfermo como estoy, tendrías algunas horas de aburrimiento y decepción, mezcladas con algunas horas de alegría y de buenos recuerdos; preferiría, sin embargo, que el tiempo que pasemos juntos fuese de una felicidad completa.

Cuando llegó Louise, sola, se encontró tan débil que apenas podía hablar y tenía que ayudarse con

gestos. Así logró pedirle que quemara en su presencia las partituras que tenía inacabadas. «El público merece mi mayor respeto —balbuceó—; no quiero dejarle nada que sea imperfecto.»

No se sabe si fue a petición propia o, algo más probable, por la insistencia de su católica hermana, que recibió la extremaunción. A su cortés manera no debía de costarle complacer a una persona a la que tanto quería, y con ello no contradecía ninguna convicción anterior, porque, como vimos, estaba alejado de la Iglesia pero nunca había sido su enemigo.

Poco después de la ceremonia recibió una visita grata, la de una de sus amigas y protectoras, que acudía a visitarle recién llegada a París. Era la condesa Delphine Patocka (en Polonia el apellido de las mujeres se feminiza. Por ello la esposa del conde Potocki se llamaba Patocka).

El anuncio de esa visita hizo sonreír al enfermo. «Ahora comprendo —susurró— porque Dios tardaba en llevarme a su seno. Quería permitirme una vez más el placer de verla y escucharla cantar.»

Los deseos de un moribundo son sagrados, sobre todo si se llama Chopin, aunque lo que pida no sea fácil de realizar dadas las circunstancias. Con un nudo en la garganta, la condesa entonó dos canciones que el enfermo escuchó con una sonrisa complacida en los labios.

La música era su vida, y con música quería despedirse de ella. Al día siguiente convocó junto a la cama a los familiares y amigos, entre los que se encontraba Solange, y les ordenó más que les pidió: «Quiero escucharos a todos juntos interpretando a

Mozart.» Volvía a su ídolo, al maestro por excelencia.

Empezó el concierto. Al ver su cara desencajada por el dolor, el médico se acercó y le cogió la mano.

—¿Sufre mucho?

Chopin hizo un intento de sonreír.

—Más —contestó.

Fue su última palabra. Con la muerte su rostro relajó el rictus de dolor recobrando la dulce expresión que desde niño le había granjeado, por parte de quienes le querían, el calificativo de ángel.

El solemne funeral se celebró en la iglesia de la Madeleine, en pleno centro de París. Había pedido que Mozart estuviese presente también en el acto fúnebre a través de su *Misa de réquiem*, pero, sus allegados no le obedecieron; querían que no faltara en aquel acto una de las maravillosas melodías compuestas por él, y bajo la bóveda de la iglesia resonó, majestuosa y solemne, su propia *Marcha fúnebre*.

Después, en el cementerio, alguien vertió sobre el féretro la tierra que tantos años antes se había llevado de Polonia, la tierra a la que había sido siempre fiel y de la que fue extraordinario representante y símbolo.

Hubo otra última voluntad de Chopin que no sabemos si fue o no acatada. En su cuaderno de notas, y con fecha del 17 de octubre de 1849, encontraron estas líneas, reflejo de un terror que debió de acompañarle durante años: «Como esta tierra me ahogará, suplico que, después de mi muerte, hagan abrir el ataúd a fin de no ser enterrado vivo.»

El final de su aventura con Chopin dejará un gusto amargo en George Sand, quien tiene la impresión (justificada) de que la gente considera al músico su víctima, y ese temor se hizo más fuerte tras la muerte de éste. Dos años después, Alejandro Dumas, hijo, autor de *La dama de las camelias*, encuentra en un pueblo de la frontera polaco-rusa la colección de cartas que George había escrito a Chopin. Éste se las había entregado a su hermana Louise, quien las llevó a Varsovia, de donde habían desaparecido hasta su hallazgo por parte del escritor francés.

Como es natural, éste se apresura a dar la que considera gran noticia a George Sand, que reaccionará en un tono glacial: «Ya que habéis tenido la paciencia de leer esa colección, bastante insignificante por lo repetida y que no creo tenga interés más que para mi pobre corazón, sabréis ahora cuánta ternura maternal ha llenado nueve años de mi vida. La verdad es que no hay en ellas ningún secreto, y antes debería envanecerme que avergonzarme de haber cuidado y consolado como a un hijo a ese noble e incurable corazón.»

Después de esto ordena a Alejandro Dumas... que queme aquellas cartas; algo que él hace y que le honra como caballero, pero que resulta imperdonable para quienes, después, hemos querido conocer mejor de la relación entre la escritora y el músico.

... Aunque con ese acto inquisitorial George nos da una pista sobre el contenido de unas misivas en las que no había sólo muestras de su «ternura maternal» (¿para qué quemarlas entonces?), sino también de los muchos «alfilerazos» de los que acusaba a Chopin, pero que también ella sabía asestar como nadie.

EL LARGO OCASO DE ELLA

La noticia de la muerte de Chopin la recibió George de su hija Solange. Su obituario fue colocar un mechón de cabellos que el músico le había dado en un sobre en el cual escribió, curiosamente en inglés (quizá para sentirse más lejana de alguien que había dejado de ser todo en su vida), estas dos palabras: «Poor Chopin» y la fecha «17 de octubre de 1849».

La otra pareja, la de la inquieta Solange y el escultor Clésinger, seguía yendo de la felicidad al desengaño. Nació una niña, Jeanne, él ganó la primera medalla en el Salón de 1848, pero los gastos desmedidos de ambos, él bebiendo y ella recibiendo a todo lujo, les llevaban una y otra vez al desastre económico. Su casa de Narbona tuvo que salir a la venta vencida por las sucesivas hipotecas y George volvió a comprometerse a pasarles una pensión anual, muy alta para sus ingresos.

Por su parte, Maurice, brillante en cosas pequeñas —dibujaba, recitaba, esculpía, todo bien pero sin profundidad—, quería fundar su propio hogar y no sabía cómo. Para ello su madre le aconsejaba —sus enemigos dirían que cínicamente— basándose en su experiencia.

> El matrimonio sin amor es igual a la condena perpetua en la cárcel [...] te oí decir hace mucho que no te creías capaz de amar siempre y que no respondías de ser fiel en el matrimonio. No te cases, serías cornudo y merecerías tener a tu lado a una víctima embrutecida, a una furia celosa o a una engañada a quien despreciarías [...] Cuando uno ama está persuadido de que será para siempre fiel.

¿Cómo compagina George esa teoría con su historial? Vean el matiz que añade.

> Puede uno equivocarse pero cree y hace el juramento con sinceridad y es feliz mientras persiste. Si el amor exclusivo no es posible durante toda la vida (lo cual no se ha demostrado), que haya, por lo menos, una serie de hermosos años durante los cuales se crea posible.

Comparemos estas palabras con su biografía. Es cierto que el historial amoroso de George es una larga hilera de hombres, pero también es verdad que, con la excepción de algunos casos en los que el antiguo amante se negaba a aceptar la sustitución (caso de Mallefille con Chopin, por ejemplo), en general George tuvo a sus favoritos en línea y nunca simultáneamente. Es curioso que una persona a la que tan poco le duraron los amores se niegue a aceptar que no pueda existir un amor eterno.

De ilusión también se vive. Pero si algo no había cambiado en ella era su egoísmo desenfrenado, apoyado en su soberbia. Creía que todos debían posponer intereses y aficiones a su hechizo. A su pesar lo supo el pintor Eugène Lambert, amigo de Maurice,

uno de los jóvenes acogidos en el «imperio» de Nohant y a quien George tachó de su lista de protegidos cuando reivindicó el derecho de dejar el lugar para poder trabajar y triunfar en París. Como el pobre confiaba a otro de los pupilos, el abogado Aucante:

> 30 de mayo de 1852. Madame Sand termina su carta con una palabra cruel [...] He llorado mucho, amigo mío, al recibir este inmerecido reproche. Si abandono a madame Sand durante dos o tres meses, es porque mi porvenir lo exige. Así, en mi respuesta le he dicho: «Tengo que trabajar, de vez en cuando en París... o estoy perdido.» Puse todo mi corazón en esta carta y no me ha contestado nada. Todo ha terminado, pues. He aquí diez años arrojados al viento porque estuve demasiado tiempo ausente. No sé si me equivoco, pero creo que a las gentes debería querérselas un poco más por ellas y un poco menos por uno mismo [...] Ten cuidado con que no se te haga el vacío un día en torno a ella. Nadie sabe amar mejor, pero nadie quiebra más pronto lo que ha amado.

... El siguiente favorito se llamaba Manceau y era grabador. Cuando George iba a París se alojaba en su casa. Aunque Maurice estuviese curado de espantos desde sus tiempos de colegial, todavía le preocupaban los chismes que se pudieran contar sobre su madre, y le rogó que lo hiciera en la suya. Respuesta de George:

> George Sand a Maurice, 24 de diciembre 1850.
> Me alojaré donde quiera. Estaré mejor en casa de Manceau que en la tuya [...] No habría chisme alguno si pudieses estar conmigo y dormir en su taller.

> Aunque no durmieses en él tampoco los habría. Piensa que nadie más que el portero sabrá que estoy allá. Es muy corriente que un muchacho ofrezca alojamiento a una dama de provincias, sobre todo cuando ésta tiene cuarenta y seis años. El día de mañana, tú mismo podrías prestarle el tuyo a Titine, aunque estuvieses en París. No habría nada que decir, desde el momento en que vas a dormir bajo otro techo...

«Titine» era Augustine, que como vimos, también había dado que hablar.

Año 1850. Luis Napoleón Bonaparte es elegido presidente de la República. George Sand, que le había escrito cuando estaba preso en Ham, recibe su ascenso de forma ambivalente, entre el recuerdo del joven carbonario y liberal y los rumores que le señalan como futuro dictador de Francia.

2 de diciembre de 1851. Los pesimistas tenían razón; Luis Napoleón ha disuelto la Asamblea republicana y ha empezado la cacería de la izquierda. Varios de los amigos de George están en la cárcel o en el destierro, y ella se presenta valientemente al jefe del Estado para pedir clemencia para ellos. Sus gestiones tienen cierto éxito, porque Napoleón la admiraba como escritora y no ha olvidado su adhesión en los momentos difíciles, pero los republicanos se distancian de ella al verla tan cómoda en las antesalas del poder.

La proclamación del emperador con el título de Napoleón III (se reservaba así el II para la malograda figura del hijo de Napoléon I el Aguilucho, que no pudo reinar) acabó con las esperanzas democráticas de George en el nuevo régimen, por lo que se refugia, abandonando la política (jamás la novela y

el teatro), en su adorado Nohant, que está siempre lleno de huéspedes cultos y divertidos y donde se montan obras dramáticas (ha hecho construir dos salas en el castillo, una a escala humana y otra para marionetas, como la que ya tenía con Chopin), además de lecturas de cuentos y novelas.

De sus ideas izquierdistas ha conservado la amable fórmula de trato con los numerosos sirvientes, a los que siempre les pide «¿Querríais hacer esto?», en lugar de ordenarles. El sistema sigue siendo el mismo: unos están arriba y los otros abajo; en la comida, unos son servidos y los otros sirven, pero al menos la apariencia de igualdad se mantiene.

De vez en cuando Solange llega a Nohant, se pelea con su madre y vuelve a marchar hasta que la curiosidad y la falta de dinero le haga regresar de nuevo al hogar materno, donde George la recibe siempre, pero, eso sí, sola, ya que desde la amenaza del martillo no puede aguantar a su yerno. Una carta a Augustine, la hija adoptiva que le da menos disgustos que la biológica, da idea de la relación amor-odio entre madre e hija.

> George Sand a Augustine de Berthold. 24 de febrero de 1851.
>
> Hablando de cosas serias, te diré que Solange ha venido, la víspera de la llegada de Maurice, y pasó cuatro días aquí con su pequeña, que es muy mona pero que incomoda bastante. Solange ha venido con la resolución de ser amable, y lo ha sido con mucho aplomo, como una gran dama que no tiene nada en el fondo de su corazón. Esto es todo lo que puedo decirte, porque el motivo de esta visita y las verdaderas intenciones de Solange jamás

puede saberlos nadie. Habla de venir a pasar algunos meses de verano por aquí y busca alquilar algo, pero no lo encontrará, por la sencilla razón de que no hay nada. No sé si es una manera de hacerse invitar a venir aquí. Le he dicho formalmente que no quería recibir a su marido, ni a su servidumbre, ni a sus amigos, ni sus caballos, ni sus perros; que no la recibiría más que a ella y a su hija; y aun con precaución y poniéndome en guardia contra las tormentas; a lo cual me ha respondido que no había tenido intención de vivir aquí, dado que ella llevaba un tren de vida que mi casa no podría sostener. Dijo que su marido ganaba mucho dinero. Lo creo. Falta saber si pagan sus deudas. Ella le defiende siempre, diciendo que tiene mal carácter pero buen corazón. Si está contenta, tanto mejor. Me parece que hace consistir la felicidad en ser una mujer mundana, pero en cuanto al mundo que frecuenta, no hace más que censurarlo y burlarse cruelmente de él. No tiene buena salud, esto es lo malo de la cosa, pero me parece que es culpa suya. Tiene un aborto; al día siguiente monta a caballo y durante algunos meses no puede ponerse bien. Me escribe cartas presuntuosamente tiernas. Yo he tomado mi decisión sobre todo esto y no estoy enojada, ni desolada, ni me dejo engañar. Veo tranquilamente lo que ocurre y no puede cambiar…

Buena muestra del vacío espiritual de Solange es la carta que le manda a su madre en abril de 1852.

Solange Clésinger a George Sand, 23 de abril 1852.

¿Es que van a transcurrir así los años más bellos de mi vida? Sin padres, sin amigos, sin hija, sin un perro, siquiera para romper el vacío […] El aisla-

> miento en medio del movimiento y del ruido, al lado de gente que se divierte, de caballos que galopan, de mujeres que cantan, de chiquillos que juegan al sol, de seres que se aman y son felices, no es ya aburrimiento, es desesperación. ¡Y se asombran de que pobres muchachas sin espíritu y sin educación se dejen arrastrar por el placer y por el vacío! ¿Acaso las mujeres de juicio saben preservarse siempre de él?

Y ésta es la respuesta, por una vez sensata (George siempre veía mejor los problemas ajenos que los propios), de su madre.

> Para consolarte necesitarías dinero, mucho dinero. En el lujo, en la pereza, en el aturdimiento, olvidarías el vacío de tu corazón. Pero para darte lo que necesitarías tendría yo que trabajar el doble, es decir, morirme dentro de seis meses, porque el trabajo que hago excede ya a mis fuerzas. No serías rica por mucho tiempo, por consiguiente no te serviría de nada, porque mi herencia no os hará en absoluto ricos ni a tu hermano ni a ti. Por otra parte, aunque pudiese trabajar el doble y vivir todavía algunos años, ¿está acaso probado que mi deber sea crearme esta vida de galeote por ti, convirtiéndome en un caballo de carga para procurarte lujo y placer?

El constante altercado de la pareja Clésinger abocó a la solución más lógica para la hija de ambos; la pequeña Niní, fue enviada a Nohant como seguridad para ella y alegría de George, que transfirió a la abuela su gran vocación de madre. El juez del divorcio de los padres se la confió luego de forma legal, pero, poco después, la pequeña murió de una escarlatina.

Pasa el tiempo. George Sand se presenta a un premio estatal, el Gobert, que se lo dan finalmente al historiador Thiers. La emperatriz Eugenia, compadecida, sugiere que se le compense de ese fracaso eligiéndola como primer miembro femenino de la Academia Francesa. Polémica a favor y en contra de la innovación, a la que pone fin George renunciando al honor, igual que hizo años antes ante el posible puesto de diputada, pero esta vez por considerar a la primera instancia cultural de Francia como anticuada y envejecida. La perla final que pone a su negativa es graciosa porque imagina que la gente dirá de su renuncia: «Es que están verdes», y ella corrige: «No, es que están demasiado maduras.»

Año 1861. Por fin se casa el eterno dubitativo, su hijo Maurice. Su esposa Lina, una italiana, hace buenas migas con la suegra y mucho más cuando le da un nieto: Cocotón, para la familia, que desgraciadamente morirá muy pronto.

Mientras tanto, los poderes fácticos —la alta burguesía, el ejército— van recobrando el auge que les había quitado la revolución. Incluso intentan procesarla por sus proclamas «rojas». Desilusionada, George se vuelve a su tierra que, como al héroe mitológico, le devuelve las fuerzas cuando las esperanzas se derrumban: «Agradezco a Dios tener un Nohant para olvidar todo», suspira.

Su disgusto por la política le hace criticar también a aquel Bonaparte cuyos primeros pasos había elogiado. Louis-Napoléon ha sido elegido presidente de la república el 10 de diciembre de 1848. «Hermosa locura, hermosa tontería», es la reacción de Geor-

ge ante ese nombramiento, y por una vez hace una profecía que resultará cierta: «Ese hombre tendrá un fin miserable.»

(Así ocurrirá en Sedán, en 1870, donde Napoleón III muere políticamente, y en Inglaterra, tres años después, donde fallece.)

Mientras tanto, su desengaño político hace que George vuelva a acordarse del amoroso, y pide a Pauline Viardot que le dé noticias del estado de salud de Chopin. La respuesta de la cantante no es optimista. El músico tose cada día más y continúa con sus hemoptisis cada vez más frecuentes. En lo sentimental, Pauline comunica a George que el enfermo habla de ella con gran respeto en todas partes, intentando así disipar las sospechas de George sobre la colaboración del músico en las calumnias acerca de ella propaladas por Solange.

Maurice, el mimado, el preferido Maurice, se enfrenta ahora con su madre. No puede soportar la presencia de Manceau como señor de la casa...; que George elija entre él y su hijo.

Asombrosamente, y por vez primera, la mujer le puede a la madre. Maurice está casado y ya tiene quien le cuide. Ella, en cambio, no dejará Nohant y se irá con Manceau... Como anota en su agenda el 24 de noviembre de 1863:

> Yo no estoy triste. ¿Por qué? Lo sabíamos todos: la cosa iba mal. Yo también recupero mi libertad [...] Y puesto que no nos separamos y estamos contentos de que la cosa cambie [...] y ya que yo

> aspiraba a un cambio en esta vida de amargura y de injusticia [...] Vámonos, amigo mío. Vámonos sin rencor y no nos separemos jamás [...] Todo suyo, todo para ellos, pero no nuestra dignidad, no nuestro sacrificio. ¡JAMÁS!

Energía y fuerza de espíritu que necesitará George, quien ahora tiene a otro tuberculoso en sus brazos. Éstas son las últimas horas de Manceau según la agenda de su amiga:

> 18 de agosto de 1865: Tose sin interrupción día y noche. ¡Cuarenta y ocho horas! Es desgarrador y, sin embargo, está infinitamente más calmado que los días precedentes. Parece que reposa; en todo caso, se sorprende cuando se le dice la hora y no se da cuenta del tiempo transcurrido...
>
> 19 de agosto de 1865: ¡Ay de mí! Todo lo que precede lo *leía* [...] Tan pronto temía irritarle aminorando su mal, como temía que se diese cuenta de su gravedad sin recurso. Hace más de un mes que la conozco; ¡qué lucha he sostenido para ocultársela! Está gravísimo. Duerme, abatido por la fiebre, ahogándose. Ya no tose siquiera. ¿Es su último sueño?
>
> Lunes, 21 de agosto: *Muerto* esta mañana a las seis, después de una noche absolutamente calmada, en apariencia. Al despertar ha hablado un poco, con una voz ya muerta, diciendo palabras vagas, como en un sueño; después ha hecho algunos esfuerzos de respiración, después la palidez, después... nada. No se ha dado cuenta, espero. A medianoche me había hablado con voluntad y lucidez. ¡Ha hablado de ir a Nohant! Le he cambiado y arreglado la cama. Ha cerrado sus ojos. Le he puesto flores. Está her-

moso y parece más joven. ¡Ah. Dios mío, no le velaré más!

22 de agosto de 1865: He pasado la noche sola, al lado de este sueño [...] Está sobre su cama tranquilo ya para siempre. Ni está feo ni impone. Ningún mal olor. Le he puesto rosas frescas. Estoy sola [...] ahora, y él, a mi lado. Ya no tengo que escuchar su respiración, y la próxima noche, nada, todavía más sola..., y ahora, para siempre...

Cocotón ha muerto, pero la ilusión de la abuela George renace con la hija de Maurice y Lina, Aurore, *Lolo* en la intimidad. En literatura George tiene ahora un gran amigo, Gustave Flaubert, con quien se escribe y discute acerca de la forma de trabajar. Lenta y minuciosa en el autor de *Madame Bovary;* ligera y fluida en la autora de *Lélia.*

George Sand a Gustave Flaubert, 29 de noviembre de 1866.

Siempre me sorprendéis con vuestro penoso trabajo. ¿Es coquetería? ¡Se ve tan poco! En cuanto al estilo, le doy menos importancia que vos. El viento hace vibrar mi vieja arpa como se le antoja. Tiene sus altos y sus bajos, sus notas graves y sus desfallecimientos; en el fondo, me da igual, con tal que surja la emoción, pero no puedo encontrar nada en mí. Es el *otro* quien canta a su antojo, bien o mal, y, cuando trato de pensar en ello, me asusto y me digo que no sé nada, nada absolutamente [...] Dejad, pues, que el viento corra un poco por vuestras cuerdas. Yo creo que os tomáis más trabajo del necesario, y que deberíais dejar obrar al *otro* más a menudo. Todo iría igual y sin fatiga...

También se dedica a dar consejos a jóvenes escritores como Juliette Lambert, a veces reivindicando su vida pasada.

> Si George Sand ha perdido el derecho de ser juzgada como mujer, ha conservado el de ser juzgada como hombre, y en amor ha sido el más leal de todos. No ha engañado a nadie ni ha tenido jamás, a la vez, dos aventuras. Su única culpa ha sido elegir, en una existencia en la que el arte ocupaba la mayor parte, la sociedad de los artistas, y haber preferido la moral masculina a la moral femenina. Y me apresuro a confesaros, Juliette mía, que para una mujer es una inferioridad desfeminizarse. Retened bien eso, vos que vivís rodeada de hombres como viví yo, que sois amada y sin duda adorada por muchos de ellos, entre los primeros de vuestro tiempo; retened bien esto: cuando el hombre es superior, para la mujer excepcional es un amigo envidiable; es el mismo amante para todas las mujeres y, a menudo, el más perfecto para la mujer más vil y más estúpida. Tengo en amor, en amores, ¡ay de mí!, una experiencia muy completa. Si tuviese que volver a empezar mi vida, sería casta.

Año 1870. Su desconfianza inicial hacia Napoleón tiene motivos para confirmarse. Ha declarado imprudentemente la guerra a Prusia y la pierde..., igual que el trono. Las convulsiones sociales que acompañan a la proclamación de la República no asustan demasiado a George, que todavía tiene amigos entre los «rojos», pero la aparición de la *Commune* con las masas tomando el poder y sus desafueros —asesinatos y robos— la colocan firmemente en el lado de la moderación.

Jueves, 23 de marzo de 1871: La horrible aventura continúa. Requisan, amenazan, detienen, juzgan. Impiden a los tribunales ejercer. Han exigido del banco un millón, de Rotchild [*sic*], quinientos mil francos. Hay miedo, se cede. Empiezan a batirse por las calles, en la plaza Vendôme han hecho fuego matando a varias personas de una manifestación enemiga. Han ocupado todas las alcaldías, todos los establecimientos públicos. Saquean las municiones, los víveres. Su *officiel* es innoble. Son ridículos y groseros y dan la sensación de que no saben ya qué hacer con su levantamiento.

Pero tampoco está de acuerdo con la dura represión que siguió a la revuelta…

Diario de George Sand, 1.° de junio de 1871: En París todo ha terminado. Se derriban las barricadas; son enterrados los cadáveres; se hacen otros, porque se fusila mucho y se detiene en masa. Muchos inocentes, o todo lo más medio culpables, pagarán por los verdaderos culpables que escaparán. Alexandre [Dumas, hijo] dice que hace liberar a muchos, gracias a las afirmaciones de su ciencia fisiognómica enseñada por el doctor Favre. Su carta es extraña y no sé cómo se las arregla para hacer escuchar sus afirmaciones por los tribunales militares. Hugo [Víctor] está completamente chiflado. Publica cosas insensatas, y en Bruselas se organizan manifestaciones contra él.

7 de junio de 1871: Detalles sobre los daños de París. Son enormes y el plan era quemarlo todo. Es el reino de Tamango. No se sabe lo que pasa. El cobarde burgués, que lo ha soportado todo, querría ahora matarlo todo. ¿Se fusila todavía en masa? Es de temer.

Llega la paz política y con ella la hogareña para George, de nuevo en su Nohant, ahora amenizado con los juegos de sus tres nietecitos. Y a seguir publicando novelas, dos o tres al año, porque escribir seguía siendo su vida. Para muchos críticos y lectores había pasado de moda; otros, en cambio, como Anatole France, la descubrían y apreciaban ahora...

A pesar de los mil problemas que había tenido en su hogar, George seguía creyendo en la familia y aconsejaba al soltero empedernido que era Flaubert (¿temía que le saliese otra «Madame Bovary»?) a que se casara y tuviera niños: «¿Qué importa tener cien mil enemigos si se es querido por tres o cuatro seres buenos?»

Pero la realidad a veces le trastocaba aquel dulce programa presentándose, como en los viejos tiempos, en la figura de Solange, quien, tras innumerables aventuras amorosas, había logrado atraer a un príncipe italiano que le había cedido toda su fortuna. Con ella, Solange —siempre con el deseo de igualar a su madre— había comprado el castillo de Montgivray, a corta distancia de Nohant, donde se presentaba a menudo, para el desagrado de George y susto de los pequeños ante aquella difícil «tía Solange».

A los setenta y dos años, la salud de George empezó a resentirse una vez más del hígado y de los intestinos, que le habían molestado durante toda su existencia. Su última anotación en la agenda muestra todavía un cierto optimismo.

> 29 de mayo de 1876: Tiempo delicioso. No sufro mucho. Me paseo mucho rato por el jardín. Doy

> la lección a Lolo. Releo una obra de Maurice. Juego al *bésig* con Sagnier. Dibujo. Lina regresa a medianoche.

Unos días después le sobrevino una oclusión intestinal; un médico de su confianza equivocó el diagnóstico; el segundo, convocado de urgencia, no pudo hacer ya nada... Avisaron a la también ausente Solange, quien la velaba a las seis de la mañana junto a su cuñada Lina. Juntas la oyeron decir: «Adiós, adiós, voy a morir», y después, precisando la despedida: «Adiós, Lina adiós Maurice; adiós, Lolo ad...» No pudo terminar la frase, que se supone iría dirigida a Solange... quien a las doce de aquel mismo día ya ocupaba en la mesa el sitio de su madre fallecida, dando órdenes al servicio, mientras su hermano Maurice lloraba desconsolado.

El entierro en el jardín de Nohant fue católico, como en el caso de Chopin; hubo quien insistió en ello: Solange; cedió Maurice, y el párroco, previa consulta con su obispo, lo celebró.

En el sepelio se leyeron unas líneas de Víctor Hugo, pero el mejor epitafio lo escribió unos días después Flaubert a su amigo Iván Turgueniev, que también lo había sido de George:

> 25 de junio de 1876: La muerte de la pobre Sand me ha causado una enorme pena. En su entierro lloré como un chiquillo, y dos veces; la primera, al besar a su nieta Aurore (cuyos ojos tanto se parecían aquel día a los de la muerta que semejaba una resurrección), y la segunda al ver pasar el féretro por delante de mí [...] ¡Pobre mujer, grande y querida! [...] Era necesario conocerla como yo

la conocí para saber todo lo que había de femenino en aquel gran hombre, la inmensa ternura que había en aquel genio [...] Será una de las figuras de Francia, y una gloria única.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abraham, patriarca bíblico 158
Agoult, Marie d' 56, 152, 168
Alberto, príncipe 227
Albrecht 223
Alexis, vidente 239
Allart, Hortense 189
Amalia, camarera 142
Amelia, criada 138
Arago, Emmanuel 216
Argyl, duquesa de 229
Arpentigny, d' 237
Aucante, abogado 251
Aulnoy, condesa de 17, 27
Ayaman, señora 155

Bach, Johann Sebastian 140, 158
Baillot, músico 98, 102
Balzac, Honoré de 41, 42, 57
Bayer 90
Beauharnais, los 178
Beethoven, Ludwig van 78, 91, 158, 165, 176
Belhacen, lady 229
Berg 99
Berlioz, músico 109, 182, 184
Berthold 238
Bianchi, socialista 183
Bielawski, músico 89
Bignat 237
Birnbach, violinista 72
Blaketa, músico 79
Blanc, Louis 179, 183
Bocage, Pierre-François 59, 152, 153
Boiste 205
Bon 235
Borbón, familia 38, 41, 94
Borie 223
Bouscinat, señor 236
Brault, sastre 237
Brault, Adèle 184, 185
Brault, Augustine, véase Berthold, Augustine
Berthold, Augustine, llamada Titine, 184-186, 191, 213-215, 223, 237, 238, 252, 253
Brodt, músico 102
Brodzinsky, estudiante 79
Buloz, editor 141, 159, 164

Canut, banquero 133, 151, 155, 156
Cardona, señora 133
Carlos IV de España 15-17, 20
Carlos X de Francia 38

Cervantes Saavedra, Miguel de 109
Chalon, Jean 44
Chateaubriand, Françoise-René, vizconde de 47
Cherubini, Luigi 98
Chopin, Emilia 67, 68, 95
Chopin, Isabel 64, 67
Chopin, Luisa 64, 67, 207, 208, 223, 239, 240, 241, 243, 246
Chopin, Nicolás 70, 101, 207
Choussat, Elena 133, 155
Clark, sir J. 232
Clary, príncipe 81
Clémenzer, Jean-Baptiste 214
Clésinger, Jean-Baptiste 186, 192-195, 211-214, 223, 249, 255
Clésinger, Jeanne, llamada Niní 223, 249, 255
Clésinger, Solange 37-39, 41, 42, 49, 52, 117, 129, 138, 139, 142, 146, 169, 170, 179, 180, 186, 187, 189, 191-198, 200, 202, 209-216, 218, 219, 223-225, 230, 231, 233, 235, 244, 249, 253, 254, 257, 262, 263
Cochet 241
Colette, seud. de Gabrielle-Sidonie Colette Goudeket 185
Constantino, gran duque 66
Cremieux, los 236
Creny, músico 99
Cristo de Nazaret 13
Czapski 91
Daniel 229
Delaborde, abuelo 11
Delaborde, Lucie 13
Delacroix, Eugène 54, 116, 157, 170, 176, 177, 188, 189, 213, 237
Delatouche 204
Demar, barón 85
Denoyers, los 151
Deschartes, preceptor 23, 28
Diakov, general 88
Didier, Charles 56-59
Doribeaux, madame 205
Dorval, Marie 43-45, 59, 117, 157, 163, 168
Dudevant, baronesa 202
Dudevant, Casimir 33, 35-39, 41, 43, 53, 54, 55, 57, 180, 213, 224
Dudevant, madame 203
Dudevant, Caroline 22, 26, 29, 32
Dudevant, Jean-François 33
Dudevant, Solange, véase Clésinger, Solange
Dudevant, Sophie-Victoire, nacida Delaborde 11, 12, 15, 17, 21-30, 33, 40, 42, 59
Dumas, Alejandro (hijo) 44, 45, 246, 261
Dupin, los 12
Dupin, Aurore, llamada Lolon 259, 263
Dupin, Cocotón 256, 259
Dupin, Hipolite 21, 28, 34
Dupin, Lina 256, 259
Dupin, Louise, llamado príncipe Farinet, 19, 20
Dupin, Maurice 11, 12, 14,

18-23, 25, 35, 39, 41, 49, 52, 55, 57, 117, 127, 129, 138, 139, 145, 146, 153, 154, 157, 169, 171, 177, 178, 189-191, 203, 206, 207, 210-212, 214, 225, 237, 238, 249-251, 253, 256, 257, 259, 263
Dupin de Francueil, Marie-Aurore 12, 21, 24-27, 29, 30, 32, 42
Durand, M. 204
Duvernet, los 22

Eisner, José 67, 68
Elsner, maestro 77, 84, 87-89, 101
Ernemann 88
Espronceda, José de 96
Est-Ange, Chaix d' 237

Favre, doctor 261
Federico Augusto de Sajonia 11
Ferdinand 211
Fernando VII de España 15, 17, 20
Field, musico 99
Flaubert, Gustave 259, 262, 263
Fleury, cónsul 133, 155
Fontana, Julien 135, 136, 145, 147-152, 159, 168, 169
Fontanier, madame 15
Fortuny, Leonor 133
France, Anatole 262
Franchomme 204
Frédéric, rey de Prusia 93
Friesen, barón de 82, 83
Frietsch, administrador 81
Fuchs 91

Gainsborough, Thomas 230
Gallewnberg, conde de 78, 84
García, Manuel 103, 162, 186, 203, 228
García, Malibrán 102, 162, 228
García, Pauline, véase Viardot, Pauline
Gaubert, doctor 128
Girardiu, madame de 58
Gladkousk, Constanza 75, 76, 92, 106, 107
Godoy, Manuel 16, 17
Goethe, Johann Wolfgang von 83
Gómez, casero 135, 136
Gradolí, señora 155
Grandsagne, Stephane Ajasson de 37
Grzymala, (Grzym) Albert 89, 118, 120, 122, 126, 152, 161, 171, 203, 205, 206
Grzymala, Woyciech 228
Guillermo 95
Gyrowtz, maestro 86
Gytz 150

Haertel 150
Hallé 227
Hanka, estudiante 79
Hasslinger, editor 84, 86
Heine, poeta 159, 184
Herz, músico 85, 99
Hiller, Ferdinand 99, 102, 115
Hugo, Víctor 178, 210, 261, 263

Humboldt, Alexander 71, 72
Hummel, músico 85, 88

Jaime el Conquistador, conde de Barcelona y rey de Aragón 132
Jane, alumna 230
Jarocki, señor 71, 72, 74
Jaworski 228
Jean 205
Jeannot 117
Jedrzejewicz (Jedrz) 242
José I Bonaparte, rey de España 20
Juan Nepomuceno, san 79
Juanito 94
Julie, doncella 28

Kalaasante 240
Kalaasante, Luisa 240, 242
Kalkbrenner, músico 98-102
Kennedy, Jacqueline 182
Kisling, Lutier 73
Klengel 79, 80
Kot 98
Kryzanowska, Justina 63
Kumelski 91
Kurpinski 87-89

Labencki, los 82
Lablache 227
Lachner, maestro 86
Lambert, Eugène 223, 250
Lambert, Juliette 260
Lamennais, monsieur 59, 153, 183
Latouche, director de Le Figaro 39, 43
Lawrence, Thomas 230
Legouve, crítico 121, 166, 35
Lehmann, señor 74
Leiser, general 81, 82
León, editor 149, 150, 223
Lempicki, los 182
Lempicki, señor 81, 82
Lerroux y García, Alejandro 183, 203
Lewinski 82
Lèze, Aurélien 36, 37
Lichtestein 71, 72
Lidnpainter 99
Lind, señorita 228
Liszt, Franz 14, 56, 98, 99, 109, 110, 115, 116, 121, 163-168, 173, 183, 184
Louis, Mr. 234
Luis XVIII, rey de Francia 94
Luis Felipe de Orléans 38, 94, 121, 174, 178
Luis Napoleón Bonaparte, proclamado Maciejowski, estudiante 79
Malfatti 90, 98
Mallefille, Félicien 59, 123, 127, 153, 250
Manceau, grabador 251, 257, 258
Manozourow, señorita 227
Marcelo 95
María Antonia, casera 140, 142
María Antonieta, reina de Francia 11
Maríe-Aurore de Sajonia 11
María Luisa de Parma 16
Marliani, los 203
Marliani, Carlotte, condesa 115, 152, 153, 159, 203, 205, 220

Martins, monsieur 203
Marylaski, señor 74
Mario 227
Marília 7, 8
Maurice de Sajonia, llamado mariscal de Sajonia , rey de Polonia 11
Mayer, cantante 89
Mendizábal, ministro 127, 136, 145
Mérimée, Prosper 44, 45
Meyerbeer, compositor 104, 116, 184
Michel, Louis 54-56, 58-60
Miguel Ángel, Michelangelo Buonarroti conocido como 193
Mochnacki, periodista 88
Molin 234
Montijo, Eugenia de 256
Montpellier, duque de 223
Morawski, estudiante 79
Morlachi 83
Moscheles, músico 85, 116, 174, 175
Moscova, princesa de 109
Mozart, Wolfgang Amadeus 65, 101, 176, 245
Murat, Joachim 14, 16-20
Musset, Alfred de 14, 44, 45, 48-53, 56, 57, 152, 174, 211

Napoleón Bonaparte 12-14, 16, 17, 19, 20, 26, 66, 178
Napoleón III 178, 252, 256, 257, 260
Niemcewicz, poeta 109
Noailles, condesa de 182
Nourrit, tenor 159
Nowajowski 89

Obresk, madame 233
Obreskoff, llamada Ob, madame 234, 235, 240, 241
Orléans, los 40
Orléans, princesa de 223
Orpiszewski 108
Ors, Eugeni d' 24
Osborn, músico 102

Paderewski, músico 183
Paer 90, 98
Paganini, Niccolò 72, 99, 102, 121
Pagello, Pietro 50-53
Patocka, Delfine 244
Paszkiwicz 95
Pechwell, pianista 80, 83
Pepita, sirvienta 38
Perthuis 223
Pixis, músico 79, 80, 103, 104
Planche, Gustav 43
Pleyel, señorita 151
Pleyel, Camilo 150, 155, 156, 203, 223
Poncy, poeta 170, 172
Potocky, los 182
Potocki, conde 244
Pozzo di Borgo, embajador 120
Preaulx, Fernand de 180
Probst 150, 151

Radziwill, los 182
Radziwill, Valentín, príncipe 69, 109

Radziwill, Eloísa 70
Radziwill, Wanda 70
Remisa, Gaspar 132
Ricardo Corazón de León 91
Rollinet, abogado 45
Rommey, George 230
Rose, doncella 28, 29
Rossini, Gioacchino 75, 81, 98
Roth, doctor 234
Rothschild, los 182
Rotschild, James de, barón de 110, 261
Rousseau, Theodore 213, 214
Rozières, Marie de 179, 205, 213, 225, 235, 241, 242

Sagnier 263
Saint-Beuve, crítico 44, 45, 184, 189
Sandeau, Jules 38, 39, 41-44
Schlesing 150
Schlesinger, editor 104
Schumann, Robert 109
Sèze, Aurélien de 42, 43
Shunk 99
Simon, Mr. 234
Skarbek, Josef, conde 108, 207
Skarbek, condesa 63, 64
Skarjek, señor 79
Solange, véase Clésinger, Solange
Soliwa, compositor 87, 88
Sophie-Victoire, véase Dudevant, Sophie-Victoire
Sowinski, músico 95, 102
Spohr 83
Spontini, compositor 72
Stäel, Anne-Louise Necker, conocida como madame de 43
Stamati, músico 102
Stendhal, seudónimo de Henri Beyle 49
Sterling, las 239
Stirling, Jane 226
Stuntz 99
Sué, Eugène 116
Sutherland, duquesa de 227

Tamburini 227
Thiers, Adolphe 256
Torres Villarroel, escritor 135
Turgueniev, Iván 263

Úrsula, compañera de juegos 27

Velthein, cantante 78
Viardot, Louis 168, 178, 197, 198
Viardot, Pauline 162, 168-170, 177, 178, 185, 186, 197, 228, 257
Victoria I de Inglaterra 227
Villeneuve, tutor 32
Voltaire, seudónimo de François-Marie Arouet 171

Weber, compositor 158, 165
Wellington, Arthur Colley Wellesley, duque de 227
Weltheim, cantante 86
Wenceslao, san 79

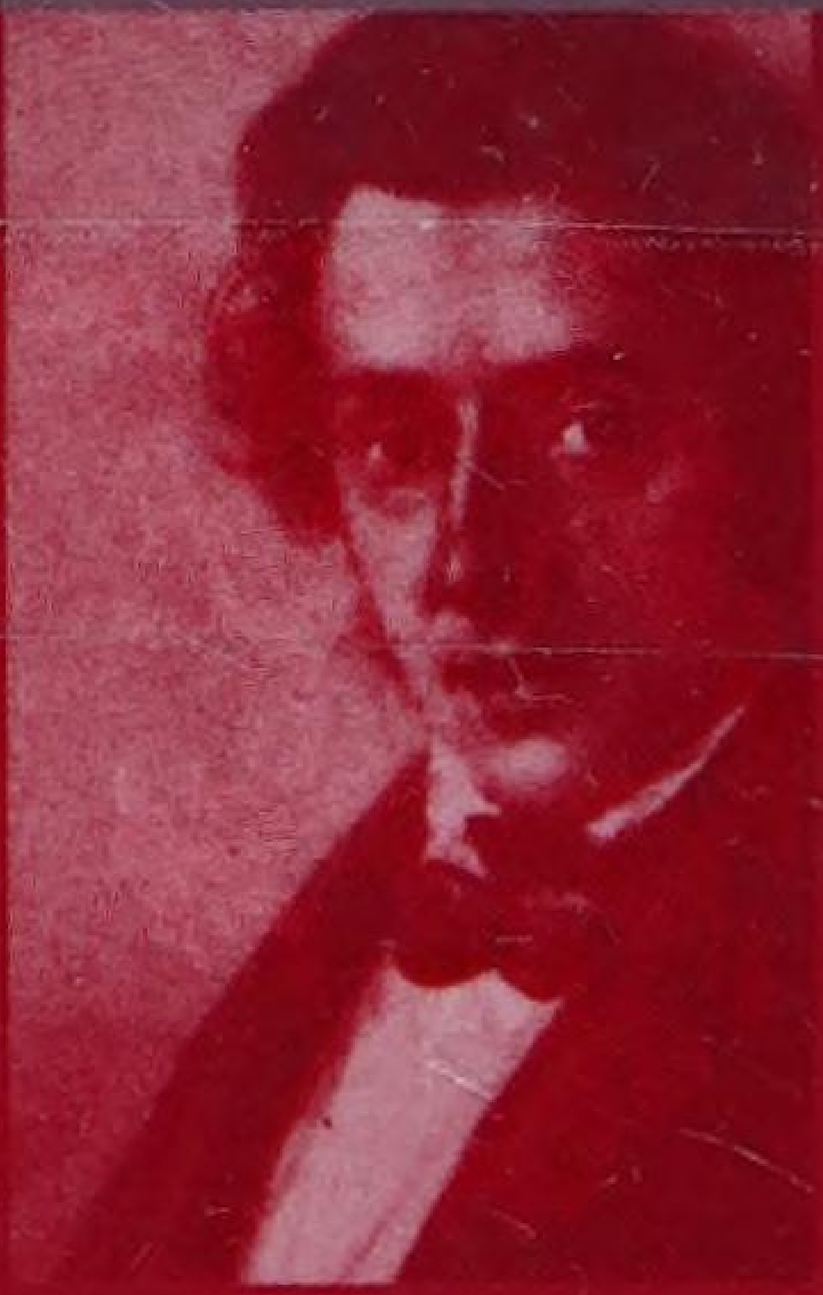
Wessel 150
Wiman 88
Winter, compositor 72
Wodzinska, María 70, 74, 106-108, 122, 207
Wolicki, los 182
Woyciechowski, Tito 70, 75, 83, 87, 97, 243
Wurfel, músico 79, 84, 85

Zabka, señor 74
Zywny, Adalbert 207

FREEPORT MEMORIAL LIBRARY
3 1489 00458 7877
DISCARDED BY FREEPORT MEMORIAL LIBRARY
10.95 7-17-01
FREEPORT MEMORIAL LIBRARY
FREEPORT, NEW YORK
PHONE: 379-3274
GAYLORD M
FREEPORT MEMORIAL LIBRARY

George Sand y Frédéric Chopin

Con esta apasionada historia entre una escritora progresista y un músico romántico de frágil salud, la brillante pluma de Fernando Díaz-Plaja nos invita a sumergirnos en una relación tempestuosa, libre de prejuicios, que escandalizó a la sociedad de su tiempo. Ambientado en diversos escenarios de la Europa decimonónica –entre ellos la bella isla de Mallorca de moral intolerante y provinciana–, el hilo de este libro nos muestra la relación personal y la creación literaria y musical de dos personalidades fascinantes.



P.V.P. A (incluido IVA)
ISBN 84-01-54079-8
9 788401 540790